

# 1ª, 2ª, 3ª Juan (6ª parte)

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

## LA VERDAD PARA HOY UNA ESCUELA DE PREDICACIÓN IMPRESA

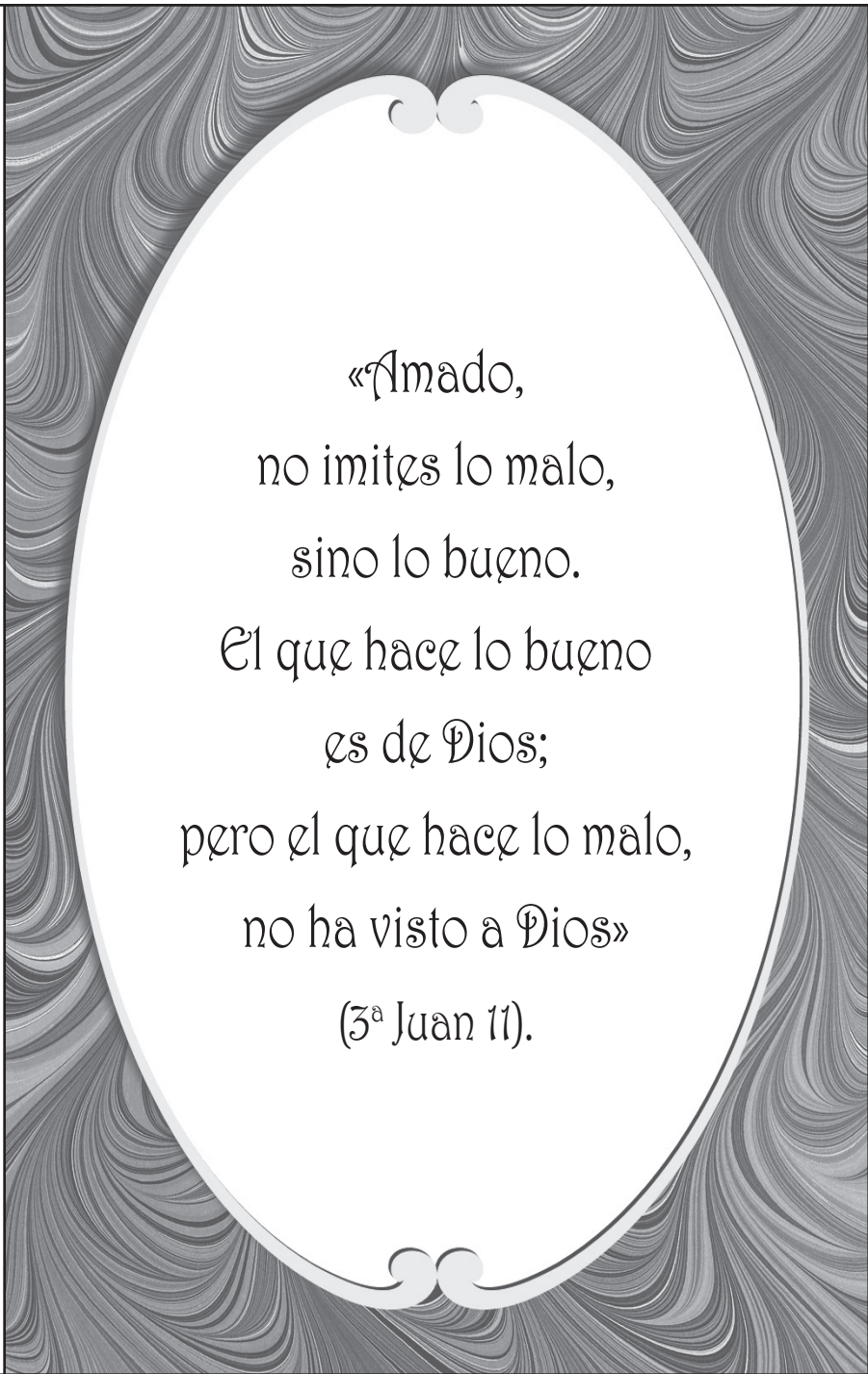
*Tomo 26, N.º 8*

**1ª, 2ª, 3ª JUAN  
(6ª PARTE)**

**Autor:  
Duane Warden**

Cómo vencer al mundo, 2ª parte (1ª Juan 5)	3
Lecciones para hoy de 1ª Juan 5	9
Introducción a 2ª Juan	25
Ande en amor y verdad (2ª Juan 1-6)	27
Permanecer en las enseñanzas de Cristo (2ª Juan 7-11)	30
Conclusión (2ª Juan 12, 13)	34
Lecciones para hoy de 2ª Juan	35
Introducción a 3ª Juan	41
Cómo sostener a los fieles (3ª Juan 1-8)	43
Los peligros de buscar la preeminencia (3ª Juan 9, 10)	47
El testimonio de la verdad (3ª Juan 11, 12)	48
Conclusión (3ª Juan 13-15)	50

**EDDIE CLOER, editor**  
**2209 Benton Street**  
**Searcy, AR 72143 - EE.UU.**



«Amado,  
no imites lo malo,  
sino lo bueno.  
El que hace lo bueno  
es de Dios;  
pero el que hace lo malo,  
no ha visto a Dios»  
(3ª Juan 11).

# Lecciones para hoy de 3ª Juan

## Tres estilos de vida (v. 1)

Las dos primeras cartas de Juan tienen mucho que decir sobre los maestros que se habían infiltrado en las iglesias. Juan los llamó «anticristos» y «falsos profetas». La tercera carta de Juan tiene poco que decir sobre los falsos maestros. Su tema es la hospitalidad.

El apóstol dirigió la carta a Gayo, una persona desconocida en el Nuevo Testamento. Gayo había sido un hombre extraordinariamente hospitalario. Había llevado a misioneros o evangelistas viajeros a su hogar y les había dado todo el aliento posible. En el transcurso de la carta, Juan mencionó a otro hombre desconocido llamado Diótrefes. Diótrefes había amado la preeminencia para sí mismo. Había rechazado la hospitalidad de los misioneros viajeros y había llegado al extremo de prohibir que cualquier otra persona en la iglesia los recibiera. Finalmente, Juan mencionó a un hombre llamado Demetrio, quien aparentemente era uno de los misioneros viajeros. El apóstol elogió a Demetrio. Dijo que la verdad daba testimonio de él, y Juan añadió su testimonio personal a la bondad del mismo hombre. Gayo era digno de elogio por la recepción que le dio a Demetrio y a otros como él. Juan censuró a Diótrefes por no mostrar hospitalidad.

En 3ª Juan, el autor le dijo a Gayo que si aceptaba a los falsos profetas en su hogar, si les brindaba apoyo y los encaminaba, estaba participando en todo el daño que estaban haciendo los falsos maestros. Por otro lado, le dijo a Gayo que cuando ayudaba a un hombre que predicaba la verdad, estaba participando en la buena obra que hacía el evangelista. Quien ayuda y anima, sea que la persona ayudada esté haciendo el bien o el mal, el que le ayuda participa en lo que hace.

Duane Warden

## La verdadera comunión (v. 5)

Si bien la palabra «comunión» no aparece en

3ª Juan, es un tema importante en la carta. En su primera carta, Juan había escrito: «lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo» (1ª Jn 1.3). La preocupación de Juan en su tercera carta era que su amigo Gayo fuera partícipe de la comunión que los siervos de Dios tienen con el Padre y el Hijo. La comunión fue el tema cuando Juan le escribió a Gayo: «Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos» (3ª Jn 5).

Los «desconocidos» a los que se refería Juan eran maestros que llegaron sin previo aviso a la ciudad donde Gayo era un líder en la iglesia. Ellos adoraban con la iglesia, proclamaban el mensaje de Cristo y trabajaban para edificar iglesias novatas. Juan le recordó a Gayo que el mortero que une a los cristianos entre sí es muy fuerte. Los creyentes son parte unos de otros porque son parte de Cristo. Los cristianos aman universalmente como Cristo ama universalmente. Desean que todos conozcan al Señor, sin embargo, tienen un vínculo especial unos con otros. El vínculo entre los creyentes es la comunión que gozan. (Vea Ga 6.10.)

El autor de Hebreos escribió: «Permanezca el amor fraternal» (He 13.1). Siguió elaborando el mandamiento: «No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles» (13.2). El autor parece haber anticipado las palabras de Juan a Gayo: «Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos» (3ª Jn 5). Por supuesto, puede que los hebreos hayan tenido en mente «desconocidos» en el sentido genérico, y 3ª Juan podría estar refiriéndose especialmente a maestros que venían a una iglesia sin previo

(Continúa en la página 51)

---

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, [www.americanbible.org](http://www.americanbible.org). LA VERDAD PARA HOY © 2022 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. [www.biblecourses.com](http://www.biblecourses.com)

# Cómo vencer al mundo, 2ª parte

## EL PECADO QUE LLEVA A LA MUERTE (5.13–17)

Tan abruptamente como Juan había comenzado su carta, la condujo hasta el final. El apóstol comenzó sin un saludo formal y terminó sin una conclusión formal. A medida que termina la carta, Juan resumió lo que había escrito. Su temor parece haber sido que había cerrado la puerta con demasiada firmeza a los que «salieron de nosotros» (2.19). Algunos de los anticristos estaban completamente comprometidos con sus posiciones; sin embargo, otros, quizás pensando poco en las implicaciones, eran meros seguidores. Entre otras cosas, el apóstol había querido fortalecer la fe de aquellos que se mostraban escépticos sobre lo que habían dicho los anticristos. Su objetivo al predicar y escribir había sido alentar a los creyentes a vivir de manera que la vida eterna fuera el resultado de las pruebas en esta era. Las venganzas personales estaban fuera del ámbito de lo que Juan esperaba que lograra su carta.

El apóstol quería que tanto los que habían rechazado la postura de los anticristos como los que habían dado cierto nivel de credibilidad al mensaje de ellos supieran que Jesús de Nazaret en la carne seguía siendo el Cristo de Dios. Había llevado Su humanidad de regreso al cielo donde reina a la diestra de Dios (Fil 3.20, 21). Siendo partícipe de la Deidad eterna, Jesús escucha y contesta la oración. Él conoce la difícil situación de Su pueblo. Es uno de nosotros, pues leemos: «ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en Él vivimos, y nos movemos, y somos» (Hch 17.27, 28). Dios no es una fuerza abstracta; Jesús no es un ser efímero y sin sangre. De persona a persona, los salvos llevan sus esperanzas y temores a Dios el Padre y a Cristo el Hijo. El apóstol trató con gentileza a los que habían caído

bajo el dominio de los anticristos, sin embargo, no descartó la cristología de ellos a la ligera. Lo que los creyentes confiesan acerca del Señor que los ha salvado es importante. El punto de partida de la confesión lo constituye el conocimiento.

**<sup>13</sup>Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna, y para que creáis en el nombre del Hijo de Dios. <sup>14</sup>Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. <sup>15</sup>Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho. <sup>16</sup>Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida; esto es para los que cometen pecado que no sea de muerte. Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida. <sup>17</sup>Toda injusticia es pecado; pero hay pecado no de muerte.**

**Versículo 13.** Después de 2.14, Juan usó constantemente el aoristo (*egrapsa*) para referirse a la presente carta que estaba escribiendo. Es el llamado «aoristo epistolar», donde el autor se une a sus lectores para recordarles el momento en que realmente escribió la carta. Había estado escribiendo para fortalecer y tranquilizar a quienes se aferraban inquebrantablemente a la doctrina apostólica de que ellos continuaban siendo partícipes de la vida eterna, la redención y la salvación. El cristiano no necesita vivir con el temor de ser desechado por Dios en el mundo venidero. El testimonio de Dios es claro. Cuando la persona responde con fe, creyendo en el testimonio de Dios, tiene toda la seguridad que puede dar Dios de que la vida eterna será suya en la era venidera. El apóstol tranquilizó a los fieles, los cuales son aquellos **que creéis en el**

**nombre del Hijo de Dios.** Son ellos los que saben que [tienen] vida eterna. Vivir en Cristo es ser partícipes de Sus bendiciones en esta vida. Estar en Cristo es haberse aferrado ya a la vida eterna en un sentido, sin embargo, la vida eterna en su plenitud aguarda el regreso del Señor. Viene la hora en que «todos los que están en los sepulcros oirán su voz» (Jn 5.28).

Normalmente, los autores del Nuevo Testamento usaron el orden de las palabras «vida eterna». Debido a que el griego es un idioma con muchas inflexiones, es decir, porque se basa más en las terminaciones de mayúsculas y minúsculas para sustantivos y adjetivos que en el orden de las palabras (como en nuestro idioma), el orden de las palabras en griego a menudo sirve para enfatizar. Teniendo esto en cuenta, el orden de las palabras de Juan es «para que sepan que la vida que tienen es eterna». Brooke Foss Westcott señaló que el orden de las palabras en este caso sirve para subrayar la idea, «que tenéis la vida, sí, la vida eterna».<sup>1</sup> El apóstol enfatizó que esta vida eterna es para aquellos que creen en el nombre del Hijo de Dios. Creer en el nombre del Hijo equivale a creer en el Hijo de Dios mismo. Tomar el nombre de Dios en vano equivale a invocar a Dios para que testifique de la mentira que se dice (Ex 20.7).

**Versículo 14.** La presente es la cuarta y última vez que el apóstol usó la palabra **confianza** (*parrhēsia*, 2.28; 3.21; 4.17). La confianza en que Cristo escucha las oraciones de Su pueblo viene con la seguridad de que Él ha sido partícipe de la carne y sangre de ellos. Las bases para confesar que Dios en Su gracia ha recordado y salvado a un pueblo son las mismas bases que encuentran confianza en la oración. Las personas han creído y siguen creyendo en dioses de muchas formas. Universalmente, las personas creen que lo divino opera en la esfera humana. Ser religioso es creer que las oraciones marcan la diferencia. Dudar de la importancia de la oración es abandonar toda la empresa religiosa.<sup>2</sup> No había ninguna duda en el mensaje de Juan: **si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, dijo el apóstol, él nos oye.**

El hecho de que la oración tiene que ir acom-

---

<sup>1</sup> Brooke Foss Westcott, *The Epistles of St John: The Greek Text with Notes and Essays (Las epístolas de San Juan: el texto griego con notas y ensayos)*, 3ª ed. (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1892), 189.

<sup>2</sup> Aquellos que sostienen que el ateísmo es una religión definen el término de maneras que van más allá de la presente consideración.

pañada de fe para que marque la diferencia en los asuntos humanos constituye un tema repetido en el Nuevo Testamento (Mt 7.7; Mr 11.24; Jn 14.13; Stg 1.6). Sin embargo, solo Juan agregó a la confianza de que Dios responderá a la oración la advertencia que pide que sea «conforme a su voluntad». Orar con fe quiere decir que se confía en que Dios conocerá nuestras circunstancias y las circunstancias del mundo mejor de lo que las conocemos. Por lo tanto, los creyentes han de hacer sus peticiones con humildad. El que ora dice: «Dios, desde mi perspectiva limitada, esto es lo que deseo. Sin embargo, Tu ves cosas que yo no veo. Confío en ti. Hágase Tu voluntad». La confianza de que Dios se preocupa y escucha al peticionario es una con el deseo de que la voluntad de Dios reine de manera suprema.

Juan dio a entender que los eventos podrían tener varios resultados, más de uno que podría estar dentro del ámbito de la voluntad de Dios. Los eventos podrían estar moviéndose en una dirección hasta que toman un giro porque un creyente oró. Un corolario del poder de la oración es que las peticiones de Sus hijos pueden influir en la voluntad de Dios. Dado que la oración marca la diferencia, una serie determinada de eventos podría terminar diferente porque alguien oró. Esto supone, por supuesto, que el ejercicio de la soberanía de Dios sobre los asuntos de esta tierra no está escrito en piedra. La voluntad de Dios puede verse influenciada por las oraciones del creyente. Cuando Juan escribió acerca de Dios, «él nos oye», la implicación era que Él actúa de acuerdo con lo que oye.

**Versículo 15.** La Biblia registra ejemplos de hombres y mujeres piadosos que oraron por determinados resultados de eventos que nunca sucedieron. Pablo le suplicó al Señor tres veces que le quitara cierto «aguijón en [su] carne». Dios respondió: «No». Dios le dijo al apóstol: «Bástate mi gracia» (2ª Co 12.7–9). David suplicó por la vida de su hijo (2º S 12.16). Moisés oró para poder entrar en la tierra prometida (Dt 3.25). Ninguno de ellos recibió su solicitud. Juan dijo: ... **sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos.** Si por «oye» quiere decirse que Dios siempre concede las peticiones de Su pueblo, eso claramente no sucede. ¿Qué quiso decir Juan entonces cuando escribió, **sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho?**

La respuesta a la pregunta gira en torno a la frase «si pedimos alguna cosa conforme a su vo-

luntad» (5.14). Implícito en cada oración es que Dios buscará a lo largo de la gama de posibles resultados una situación dada y dará lo mejor. Puede que más de un resultado este de acuerdo con Su voluntad. El peticionario le ruega a Dios que Él, en Su voluntad soberana, intervenga en los asuntos terrenales y haga que las cosas sucedan de manera diferente a como hubieran sucedido de otra manera. Sin embargo, la apelación de fe es que la apreciación omnisciente de Dios de los eventos anula la visión limitada de la perspectiva humana. Cada petición tiene la advertencia, hablada o tácita, de «Hágase tu voluntad». Sería insensato e imprudente que un cristiano ore para que Dios satisfaga el deseo humano dejando a un lado Su prerrogativa divina.

Dentro del ámbito de la voluntad de Dios llegando a cumplirse, el peticionario cristiano ora con al menos estas tres convicciones: 1) Dios sabe más sobre los asuntos terrenales que él. El creyente podría vivir para ver el momento en que está agradecido de que en un caso dado Dios no respondió a su súplica. 2) Dentro del ámbito de la voluntad de Dios podría caer más de un resultado de una serie dada de eventos. El creyente desea un resultado diferente al que parece venir. Le ruega a Dios que elija un resultado que crea más deseable. 3) El peticionario tiene plena confianza en que Dios lo escucha y que, dentro del ámbito de la realización de Su voluntad, Dios actuará.

No invocar a Dios en oración es abandonar Su amistad y asociación. Juan dijo que la confianza del cristiano es que ya tiene las cosas por las que pide. El creyente tiene la suficiente confianza como para pedir, sabiendo que Dios escucha. Dentro de la esfera de Su voluntad, Dios actúa según las peticiones. El autor de Hebreos usó la misma palabra que Juan: «confianza», y escribió: «Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro» (He 4.16). Las solicitudes de cosas físicas, posesiones, larga vida y demás son una pequeña parte de las solicitudes hechas por los creyentes. Se puede orar para que los pecados propios sean perdonados o para que los pecados de otra persona sean perdonados. Todo lo que sea lo suficientemente correcto y decente en lo cual pensar constituye un tema apropiado para la oración.

**Versículo 16.** Las palabras de Juan en 5.16 se encuentran entre las más difíciles de la carta. El tema difícilmente podría ser de mayor importancia.

**Si alguno viere a su hermano cometer pecado que no sea de muerte, pedirá, y Dios le dará vida.** Al orar, pidiendo que los pecados de un hermano o hermana sean perdonados, se puede literalmente dar vida. El objeto del verbo «pedirá» y el sujeto del verbo «dará» probablemente sean el mismo. Uno pide a Dios en nombre de un hermano; Dios da vida. La mayoría de las traducciones lo consignan así, sin embargo, existe otra posibilidad. Puede que Juan haya dicho que el que pide a Dios por el hermano descarriado es el que da vida al hermano pecador. La palabra «Dios» está en cursiva en la NASB, queriendo decir que los traductores la han proporcionado para darle sentido. Los traductores no han dañado el pasaje. Dios es, en última instancia, el dador de vida; y por medio de la oración, un creyente puede interceder ante Dios y hacerle llegar vida al hermano.

El apóstol parecía estar diciendo que la oración es una invitación para que el cristiano proporcione información para el consejo de Dios. El peticionario ha de evaluar por sí mismo a aquellos por quienes desea orar. Podría decidir que algunos han adoptado una postura tan diametralmente opuesta a Dios que orar por ellos constituye una afrenta a Dios. El peticionario, dijo Juan, tiene que dar su mejor estimación de los motivos del pecador en rechazar a Dios. Si su evaluación es que el pecado cometido por un ofensor destruye todo lo que es santo y bueno, no debe acercarse a Dios en nombre del que hace tales cosas.

La pregunta crucial para el lector de la Biblia, por supuesto, se centra en la diferencia entre un **pecado que no sea de muerte** y un **pecado de muerte**. No todo el mundo acepta la conclusión de que un pecado que lleva a la muerte es una elección deliberada de alguien que se opone a Dios en todo momento. La NASB consigna «pecado que no conduzca a la muerte», donde la palabra «conduzca», como la palabra «Dios», está en cursiva. Ninguna de las palabras está en griego. Sin embargo, algunas de esas palabras parecen ser necesarias. La NIV y la ESV consignan de manera similar a la NASB, sin embargo, la NRSV reemplaza la frase preposicional «hasta la muerte» con un adjetivo. Consigna, «Si ves a tu hermano o hermana cometiendo algo que no es un pecado mortal». La REB consigna «que no es un pecado mortal». La NAB, una traducción católica romana, consigna la frase «si el pecado no es mortal». La idea en todas las traducciones no es muy diferente. Un pecado que lleva a la muerte es un pecado mortal y un pecado mortal es uno que

produce muerte.

Lo que Juan quiso decir con un pecado que lleva a la muerte o un pecado mortal, particularmente cuando lo contrasta con uno que no es de muerte, es difícil de identificar. ¿Cuál es ese pecado? Algunos han supuesto que un pecado que conduce a la muerte es uno que figura en el Antiguo Testamento para el que la muerte era la pena. Sin embargo, es difícil creer que Juan de repente introdujera en su carta tal definición antiguotestamentaria. Incluso después de que se ha tenido en cuenta el pecado de Ananías y Safira (Hch 5.5, 10), o el hombre a quien Pablo dijo que debía ser entregado a Satanás «para destrucción de la carne» (1ª Co 5.5), una pena de muerte del Antiguo Testamento parece muy alejado del mundo al que se dirige Juan. ¿Les habría prohibido el apóstol a los creyentes orar por un no levita que quizás se había acercado demasiado mientras se erigía el tabernáculo (Nm 1.51)?

Otros han encontrado el «pecado de muerte» en la distinción que hace el Antiguo Testamento entre los pecados cometidos «por yerro» y los pecados cometidos «con soberbia» (Nm 15.27–30). La desobediencia deliberada y sostenida podría ser de lo que tratan los pecados «con soberbia». Tal modo de pensar podría ser similar a pecar de una manera que conduce a la muerte. Jesús habló de la «blasfemia contra el Espíritu» como un pecado que no sería perdonado ni «en este siglo ni en el venidero» (Mt 12.31, 32). Los estudiantes de la Biblia han pasado horas interminables tratando de decidir qué quiso decir el Señor con un pecado contra el Espíritu Santo. Es al menos tan difícil de definir como el «pecado de muerte» de 1ª Juan 5.16. El contexto en 1ª Juan sugiere que el pecado de muerte al que se hace referencia es el pecado que cometieron aquellos que «salieron de nosotros» (2.19). En otras palabras, refleja a los cristianos que se habían apartado de la enseñanza apostólica. (Compare con He 10.26.) Aquellos cuyo pecado llevaba a la muerte eran aparentemente aquellos creyentes que habían hecho de Dios un mentiroso al rechazar Su testimonio. Los anticristos no prestaban atención al testimonio de Dios. Se negaban a escuchar. Juan declaró que era inútil orar por su perdón mientras rechazaban la aparición de Cristo en la carne.

Cuando el apóstol comentó, **por el cual yo no digo que se pida**, no parecía querer decir nada más que: «No les estoy ordenando que oren por una persona así, sin embargo, pueden hacerlo si

quieren». Sin embargo, sus palabras podrían ser más fuertes. Juan indicó que es inútil orar por alguien así. El que ha pecado hasta la muerte está tan alejado de Dios que la oración no tiene sentido.

**Versículo 17.** Todo lo que una persona hace que desagrada o desobedece a Dios es pecado. Pablo presentó una gran cantidad de evidencia antes de concluir: «Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios» (Ro 3.23). No queriendo tomar a la ligera el pecado en ninguno de sus aspectos, Juan escribió: **Toda injusticia [adikia] es pecado.** Anteriormente había dicho: «Todo aquel que comete pecado, infringe la ley; pues el pecado es infracción de la ley [anomia]» (3.4). Para Juan, el pecado no era una abstracción, un estado mental. Era el acto de elegir un comportamiento injusto o sin ley. Sin embargo, no todos los pecados son iguales. Algunos tipos de injusticia son más destructivos para el prójimo que otros. Algunos actos deshonran públicamente a Dios de manera más notable. El apóstol hizo la distinción una vez más: **pero hay pecado no de muerte.** No descarte rápidamente al que se ve atrapado en la injusticia o en doctrinas heréticas. Ore por el que demuestra estar dispuesto a cambiar. Cuando un creyente manifiesta cualquier sugerencia de que duda del mensaje de los anticristos, aunque en algún nivel se haya unido a ellos, ore por él.

### **SABEMOS QUE SOMOS DE DIOS (5.18–21)**

El apóstol cerró su carta ofreciéndoles garantías a sus lectores. Les recordó que estar en Cristo no era un pequeño cambio en sus vidas. Habían nacido de Dios; habían aprendido de Su gracia. Habían experimentado nada menos que la comunión con Dios. La vida de la persona mundana era un modo de existencia completamente diferente al de ellos. El Hijo de Dios había venido para darles entendimiento. Vendría nuevamente para dar vida eterna.

Tres de los últimos cuatro versículos de 1ª Juan comienzan con «sabemos», no «sentimos», ni «podríamos ser». «Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado», escribió Juan (5.18). «Sabemos que somos de Dios», dijo (5.19). «Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido», afirmó (5.20). Los anticristos habían sembrado la confusión en las iglesias. Sus concepciones del conocimiento y de la carne y la sangre habían comprometido la predicación de los apóstoles. Juan había comenzado su carta señalando lo que él y otros habían oído, visto y palpado. Terminó apelando al conocimiento.

<sup>18</sup>Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca.

<sup>19</sup>Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.

<sup>20</sup>Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna. <sup>21</sup>Hijitos, guardaos de los ídolos. Amén.

**Versículo 18.** Los traductores de la Reina-Valera, la NASB, la NRSV y la NIV consignaron la segunda parte de 5.18 después de que ya habían concluido que Cristo, y no el creyente, era el **nacido de Dios**. En esta forma de entenderlo, es Cristo quien guarda al creyente. La Reina-Valera traduce el pronombre «Aquel» con una letra mayúscula: **pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda**. Los traductores han entendido que el segundo pronombre «le» se refiere al cristiano.

La anterior traducción encuentra un apoyo significativo entre los manuscritos antiguos. Sin embargo, el pronombre personal αὐτόν (*auton*, «le») en griego a veces funciona como un pronombre reflexivo, «a sí mismo». Además, algunas copias antiguas respetadas de 1ª Juan en realidad tienen el pronombre reflexivo ἑαυτόν (*heauton*, «él mismo») en el texto.<sup>3</sup> Usando un pronombre reflexivo, la traducción del versículo se lee de manera diferente. Interpretado tan literalmente como sea posible, dice: «Sin embargo, el que nació de Dios se guarda a sí mismo». Si se toma esa lectura, «aquel que nació de Dios» se refiere al cristiano, y no a Jesús.

La pregunta es si el creyente se guarda del pecado, o si Cristo le guarda del pecado. Es una pregunta importante. ¿Ayuda Cristo al creyente, que es responsable de guardarse del pecado, o la responsabilidad le pertenece completamente a Cristo? En 1ª Juan 3.6, 9 el apóstol ya había afirmado que el discípulo de Cristo no continúa en pecado. Juan había escrito: «Todo aquel que permanece en él, no peca» (3.6). La responsabilidad de vivir piadosamente en 3.6 parece residir en el cristiano.

<sup>3</sup> Los críticos textuales tienen un axioma: «En igualdad de condiciones, se prefiere la lectura más difícil». El razonamiento es que es más probable, en el proceso de copia, que una lectura más fácil desplace una más difícil que lo contrario. La lectura más difícil de este versículo es para el pronombre reflexivo.

En vista de que ha nacido de Dios, el creyente no continúa la práctica del pecado.

El otro pasaje, «Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él» (3.9) es más complejo. Si lo hemos entendido correctamente, 3.9 reafirma la idea de 3.6. La responsabilidad de vivir piadosamente reside en el nacido de Dios. Cuando peca, ningún cristiano tiene derecho a responder: «Cristo falló en impedir que yo hiciera injusticia». El nacido de Dios ha de guardarse a sí mismo; no ha de echarle la culpa del pecado al Señor. El creyente falla en guardarse del pecado cuando niega la presencia del mal. «Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso», había escrito Juan antes (1.10). Negar que se peca es el primer paso en la rebelión habitual contra Dios. El apóstol instó a otro curso de acción. Los creyentes han de confesar sus pecados, confiar en Cristo para su limpieza y rechazar la práctica habitual.

Lo que Juan dijo en 3.6, 9 y 5.18 no está en conflicto con sus declaraciones de 1.8, 10. Nacer de Dios no es garantía de que nunca se pecará, sin embargo, es garantía de que el creyente nunca tratará el pecado a la ligera. El cristiano no continúa en la práctica del pecado. El apóstol se refirió al «diablo» explícitamente cuatro veces en 3.8–10. En otros lugares, se refirió al diablo como el abogado del pecado, el enemigo de Dios y de los hombres, «el maligno» (2.13, 14; 3.12; 5.18, 19). La responsabilidad del cristiano es mantenerse libre del pecado, sin embargo, Dios ha vencido el poder demoníaco que mantiene al cristiano bajo el dominio del pecado. El **maligno** no podrá tocar al que ha nacido de Dios gracias a lo hecho por Dios. Dios le ha dado poder al creyente enviándole un Salvador a morir por el pecado. Lo que no ha hecho es quitarle al pecador mismo la responsabilidad de apartarse del pecado.

**Versículo 19.** Los versículos 18, 19 y 20 comienzan con **Sabemos**. Primero, sabemos que somos «nacidos de Dios» (5.18). La evidencia de que el cristiano nace de Dios es más que intuitiva. El nacido de Dios no peca, dijo Juan. Dios le guarda. Cristo lo limpia del pecado. En segundo lugar, como había hecho en otros lugares de la carta, Juan se puso a sí mismo y a sus lectores en un modo de existencia en desacuerdo con el mundo. Por un lado, Juan y sus lectores **[son] de Dios**. La palabra «confianza» (5.14) no se encuentra en 5.18–20, sin embargo, la idea es clara. Por otro lado, **el mundo entero está bajo el maligno**. No hay una tercera

opción, y el cristiano puede estar seguro de ello. Los anticristos querían agregar una tercera opción, sin embargo, sus alegatos eran falsos.

Finalmente, «sabemos que el Hijo de Dios ha venido» (5.20). El apóstol Juan alegó que el conocimiento era su aliado. Su afirmación se basaba en que él era un testigo ocular del Señor, que le había oído y palpado con sus manos (1.1). J. W. Roberts señaló que, a lo largo de la epístola, Juan había estado estableciendo el estatus del discípulo. Roberts escribió:

Él puede conocer verdaderamente a Dios: saber que está en él (2.5), saber que le conoce (2.3), saber que ha nacido de él (2.29), saber que es su hijo (3.1ss.), saber que él es de la verdad (3.19), y saber que él permanece en él (4.13). Sabemos tales cosas guardando sus mandamientos (2.3) o su palabra (2.5), andando en luz (2.6), haciendo justicia (2.29; 3.10), amando a los hermanos (3.10), el testimonio del Espíritu (3.24; 4.13), escuchando a los maestros de Dios (4.6), nuestra confesión de fe (4.15), nuestro Dios amoroso (5.2).<sup>4</sup>

Al comienzo de Su ministerio, cuando Jesús fue tentado en el desierto, el maligno lo llevó a un monte alto y «le mostró todos los reinos del mundo». Satanás dijo: «Todo esto te daré, si postrado me adorares» (Mt 4.8, 9). El maligno probablemente no tenía poder para cumplir con su ofrecimiento, sin embargo, hay un sentido en el que el mundo está a disposición del maligno. Pablo reconoció que Satanás ejercía poder en este mundo cuando le llamó «el príncipe de la potestad del aire» (Ef 2.2). Satanás aparentemente se ofreció a convertirse en un aliado de Jesús, para ayudarlo a convertirse en rey. «Déjame mostrarte la manera fácil de convertirme en gobernante», parecía decir el diablo.

Satanás apeló a Jesús de la misma manera que lo haría con cualquier hombre mortal. Desde el punto de vista humano de Jesús, el ofrecimiento de Satanás tuvo que haber tenido algún atractivo. Sin embargo, incluso después de que el diablo había contado con la humanidad del Señor, Cristo le dio la espalda a ese tipo de gobierno, ese tipo de reino. Por su parte, Juan instó a sus lectores a ser como Jesús. Les pidió que rechazaran el poder que el mal ejerce sobre los asuntos de este mundo negándose a participar en él, negándose incluso cuando el mal ofrece una vía más fácil.

**Versículo 20.** En la revelación de Juan, ser

<sup>4</sup>J. W. Roberts, *The Letters of John (Las cartas de Juan)*, The Living Word Commentary (Austin, Tex.: R. B. Sweet Co., 1968), 144.

cristiano involucraba dos asuntos: 1) incluía hacer una afirmación histórica, una confesión. Todos los que están en Cristo creen **que el Hijo de Dios ha venido**. 2) incluía llevar una vida de bondad, una vida consecuente con la que vivió Jesús. Una vida así demuestra que los cristianos [**conocen**] **al que es verdadero**. El apóstol podría haber dicho el asunto de otra manera, sin embargo, vale la pena hacer notar que Juan no dijo que ser cristiano requiere que uno conozca la verdad. Más bien, dijo que estar en Cristo quiere decir «conocer al que es verdadero». Conocer la verdad depende de conocerle a Él. Me vienen a la mente las palabras de Pablo: «yo sé a quién he creído» (2ª Ti 1.12), no «yo sé qué he creído».

Jesús es el verdadero, sin embargo, Juan fue más allá. De sí mismo y de sus lectores, el apóstol dijo: **y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo**. Las Escrituras enseñan un habitar mutuo. El creyente está en Cristo y Cristo está en el creyente (Ef 3.17). Esta morada mutua no ha de ser equiparada con sentimientos o experiencias extáticas. Cuando un creyente habita en Cristo y Cristo habita en él, la adoración proviene del corazón; sin embargo, no produce ninguna revelación individual de Cristo que se opongá a la confesión y comportamiento de los creyentes del pasado. La morada mutua es el resultado del conocimiento que produce fe. La fe, a su vez, se manifiesta mediante la bondad y la caridad de la vida propia. El Hijo de Dios, en palabras de Juan, **nos ha dado entendimiento**. Del entendimiento fluye tanto la confesión de fe como su forma de vida.

Cuando Juan escribió sobre Jesús, **Este es el verdadero Dios, y la vida eterna**, el apóstol hizo una de las afirmaciones más fuertes del Nuevo Testamento sobre la deidad de Jesús de Nazaret. Tomás estuvo en lo correcto cuando dijo de Jesús: «¡Señor mío, y Dios mío!» (Jn 20.28). En 1ª Juan 5.20, hay pocas dudas de que el antecedente de «Este» es la frase anterior «Su Hijo Jesucristo». De Este, Juan dijo que realmente es Dios. Ha adoptado carne y sangre humana para limpiarnos del pecado (1.7). A pesar de todas las consideraciones doctrinales que lo acompañan (y hay varias), el Nuevo Testamento enseña que Jesús fue tanto humano como divino. Además, ha llevado Su experiencia humana con Él al cielo mientras reina a la diestra de Dios (Fil 3.20, 21).

No se puede repetir lo suficiente que «Trinidad» no es una palabra del Nuevo Testamento. (Continúa en la página 33)



## Lecciones para hoy de 1ª Juan 5

### Una confianza cuádruple (5.14)

Históricamente, la frase «la seguridad del creyente» ha sido importante en círculos denominacionales. Para algunos, «la seguridad del creyente» quiere decir «una vez salvo, siempre salvo», o «la perseverancia de los santos», o algo por el estilo.

La seguridad del creyente también se ha relacionado con los elegidos de Dios. Estos son aquellos, se dice, que han sido elegidos por la gracia de Dios, independientemente de sus propias elecciones, y por lo tanto tienen la seguridad de ser salvos eternamente. El comienzo de esta idea es que Dios gobierna como soberano sobre el mundo y el universo. Si las decisiones de un individuo tuvieran algo que ver con su propia salvación, sería una usurpación de la soberanía de Dios. El libre albedrío, de acuerdo con esta forma de pensar, se explica o se descarta como inexistente.

¿Qué dice realmente la Biblia acerca de la seguridad del creyente? Enseña que Dios, por Su gracia, ha abierto la puerta de la salvación a todas las personas. Dios le ha dado la responsabilidad de obedecer a cada persona. Pedro llamó a los que le oyeron: «Sed salvos de esta perversa generación» (Hch 2.40). Aquellos que estaban perdidos habían de decidir si servirían o no al Señor. Al mismo tiempo, la Biblia les enseña a los cristianos que pueden estar seguros de su salvación. Los creyentes tienen todas las razones para vivir con seguridad porque son socios de Dios.

Cuatro veces en su primera carta, Juan usó la palabra que se traduce como «confianza» o «audacia». 1) *Confianza en el regreso de Cristo*. En 2.28, escribió que cuando el Señor regrese, los cristianos podrían «[tener] confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados». 2) *Confianza delante de Dios*. En 3.21, agregó: «Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en

Dios». 3) *Confianza en el juicio*. En 4.17, el apóstol volvió al tema del juicio. Escribió que los cristianos pueden «[tener] confianza» en ese día. 4) *Confianza en la oración*. Finalmente, en 5.14, les aseguró a los cristianos que pueden estar seguros de que Dios escuchará sus oraciones.

Ser salvos en Cristo no es un asunto por el que los cristianos deban preocuparse día tras día. Necesitan confiar en que Cristo los limpia del pecado. La seguridad viene cuando viven de tal manera que dan testimonio de haber nacido de Él.

Juan usó la frase «sabemos» cuatro veces en 1ª Juan 5.18–20. Todas tienen que ver con la confianza que tienen los cristianos, la seguridad de la cual son partícipes, con respecto al regreso del Señor al final del presente siglo.

Duane Warden

### ¿Qué marca la diferencia? (5.18)

La seguridad de la vida, la confianza de que el cielo es nuestro hogar en el siglo venidero, escribió Juan, es la diferencia que Cristo ha marcado en la vida del cristiano. En el Nuevo Testamento, los análisis sobre el fin de los tiempos son incentivos para una vida piadosa. La Biblia dedica poco tiempo a brindar detalles sobre lo que sucederá cuando el Señor regrese. La seguridad de que regresará es suficiente. La importancia práctica de enseñar sobre el fin de los tiempos es que la piedad es la regla para el tiempo presente (2ª P 3.11). La piedad nos asegura la vida en el siglo venidero.

*Confianza que viene de la conversión*. Debido a que conoce a Cristo, el creyente se aparta del pecado. El apóstol escribió: «Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca» (5.18). A primera vista, esta seguridad no parece muy segura. «Todo aquel que

ha nacido de Dios, no practica el pecado», escribió el apóstol. La mayoría de los creyentes son conscientes de sus pecados. Juan dijo cosas similares a esto en otra parte de su carta: «Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido» (3.6).

*Confianza por medio de la confesión.* Para complicar más las cosas, Juan exigió en otros lugares que los creyentes fueran conscientes del pecado en sus vidas. Estaba escribiendo sobre los cristianos cuando dijo:

Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros (1ª Jn 1.8–10).

Por un lado, los creyentes pecan; por otro lado, no lo hacen. Parece que hemos vuelto a donde comenzamos. La seguridad para el creyente es que, al morir, va al reino de los bienaventurados y obtiene la vida eterna. La vida en la siglo venidero tiene sus raíces en una vida piadosa en este mundo, sin embargo, todos los creyentes pecan. ¿Cómo es eso una seguridad?

*Confianza en la conducta.* Como en otros asuntos de la vida cristiana, la verdad yace en medio del camino, no en las zanjas a ambos lados. Es cierto que los cristianos pecan, sin embargo, también es cierto que conocer al Señor marca la diferencia en sus vidas. Vivir como cristiano es estar consciente de los necesitados que yacen revolcándose en el pecado (Lc 10.30). Es arriesgarse para ayudar a los menos afortunados. El cristiano se niega a mentir o robar; no maldecirá el nombre de Dios ni blasfemaré la bondad de los hermanos y hermanas. El ejemplo y las palabras del Señor y Sus apóstoles empujan al cristiano a transformar su forma de vida, sin embargo, hay un ideal de bondad que nunca alcanza. En otras palabras, el pecado está profundamente arraigado. Cristo marca la diferencia; sin embargo, en este mundo, atado por esta carne, la impecabilidad es una meta que jamás se alcanza.

La seguridad que Cristo le da al creyente de que está entre los salvos es el resultado de cambios positivos realizados por Cristo. El creyente es consciente tanto de que peca como de que, en Cristo, le ha dado la espalda al pecado. Estar en Cristo es llevar una vida de bondad. Es negarse a justificar el comportamiento pecaminoso en sí mis-

mo con excusas poco convincentes. La lucha contra el pecado, procurar la justicia, es la seguridad del creyente de que está en Cristo. Por la misma razón, el creyente sabe que «el Hijo de Dios ha venido», que ha sido «nacido de Dios» y que pertenece al Hijo de Dios (5.18–20). La adoración y la oración culminan en vidas que requieren abnegación y bondad. En palabras del apóstol: «Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?» (4.20).  
Duane Warden

### **Audacia en Cristo (5.19, 20)**

Juan quería que sus lectores fueran audaces en Cristo.

*Nacidos de Dios.* En palabras en positivo, les dijo que podían saber que estaban en Él porque habían nacido de Dios. Vieron evidencia de su nuevo nacimiento en su comportamiento. Otra fuente más de seguridad era de naturaleza comparativa. Podrían dar sus propias vidas al lado de la forma en que vivían las personas en el mundo y ver la diferencia. Su rechazo de la mundanalidad era su seguridad de salvación. El mundo tenía metas e ideales que eran contrarios al comportamiento cristiano. El apóstol lo dijo así: «Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno» (5.19).

*Un nuevo comportamiento.* A los cristianos a veces se les acusa de tener una actitud de que son mejores que otras personas. Una persona podría reconocer que es diferente a la gran mayoría de personas en el mundo. Afirma la santidad como su ideal porque le da la espalda a una forma de vida que deshonra a Dios. Reconoce que «el mundo entero está bajo el maligno» (5.19). En cuanto a sí mismo, elige ser de Dios. La diferencia entre la vida que lleva y la vida elegida por un gran número de personas en el mundo es su seguridad de salvación. Cuando el Señor aparezca al final de los tiempos, será contado entre los que han tratado de honrar a Dios en este mundo.

Los joyeros han utilizado un truco para vender sus productos que ha funcionado durante siglos. Si tienen una gema a la venta, se la mostrarán a un cliente con una pieza de terciopelo negro azabache como telón de fondo. Muchos clientes han llegado a casa y se han preguntado por qué la joya nunca lució tan brillante como en la joyería. Los pecados del mundo se ven más negros cuando se ven en el contexto de aquellos que viven para Cristo. Además, la bondad de la vida cristiana luce

aún más brillante cuando se aprecia en el contexto del mundo y sus pecados. Cristo hace un llamado al mundo invitando a las personas del mundo a comparar los frutos producidos en la vida cristiana con los que produce el mundo.

Quizás hemos conocido a personas que aborrecen a los cristianos, pero no porque los cristianos hayan hablado mal de ellos o les hayan reprochado sus pecados. Aborrecen porque los cristianos no aprobarán ni respaldarán lo que están haciendo. Al principio de esta carta, Juan presentó una visión profunda de por qué las personas del mundo tienden a resentir y despreciar a los que hacen lo correcto.

Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros. No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas (3.11, 12).

*Confianza en la venida de Cristo.* Además de la seguridad gracias a que el creyente ha nacido de Dios y la seguridad debido a que su vida contrasta con el mundo, Juan coronó la seguridad del creyente declarando: «Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido» (5.20). Dios ha aparecido en la carne en la persona de Jesús de Nazaret. Dios ya no es una abstracción. No es solo un Ser celestial que sobrepasa toda experiencia humana.

En un punto de su vida, el patriarca Job se quejó de que Dios no podía juzgarlo con justicia porque Dios estaba distante. En Sus cielos, no podía apreciar la vida en la carne. Job cuestionó diciendo:

¿Te parece bien que oprimas,  
Que deseches la obra de tus manos,  
Y que favorezcas los designios de los impíos?  
¿Tienes tú acaso ojos de carne?  
¿Ves tú como ve el hombre?  
¿Son tus días como los días del hombre,  
O tus años como los tiempos humanos,  
Para que inquietas mi iniquidad,  
Y busques mi pecado? (Job 10.3–6).

La queja de Job difícilmente tiene el mismo peso después de la venida del Hijo de Dios. Éste le ha dado entendimiento a Su pueblo. De Jesús, Juan escribió: «Este es el verdadero Dios, y la vida eterna» (5.20).  
Duane Warden

### **La seguridad de la vida eterna (5.13)**

Una persona puede sentirse frustrada en asuntos religiosos si no sabe con certeza cuál es la verdad. Juan escribió 1ª Juan a cristianos que

dudaban, que no sabían con certeza si las cosas que les habían enseñado eran verdaderas. Su mensaje fue, en efecto, «¡Ustedes pueden saber! ¡Pueden saber que Jesucristo es el Hijo de Dios! ¡Pueden saber que pueden tener la victoria sobre el pecado!».

Leemos en el último capítulo del libro: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, *para que sepáis* que tenéis vida eterna» (1ª Jn 5.13; énfasis agregado). Juan comparó a Jesús con «la vida eterna» (1.2), y dijo que «el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre» (2.17). También declaró que la promesa de Dios para nosotros es «vida eterna» (2.25) y advirtió que «ningún homicida tiene vida eterna permanente en él» (3.15). Proclamó que «Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo» (5.11). Finalmente, habló de «Su Hijo Jesucristo» como «el verdadero Dios y la vida eterna» (5.20). ¡La «seguridad de la vida eterna» era una certeza! Los lectores de Juan necesitaban ese mensaje, y nosotros también.

*El problema.* Aquellos a quienes Juan escribió necesitaban estar seguros de su recompensa en el cielo porque habían sido perturbados por falsos maestros que aparentemente creían lo que los gnósticos creerían más adelante. Estos herejes decían ser los «sabios», cristianos con conocimientos especiales. Hoy podríamos llamarlos «sabelotodos». Su conocimiento especial, según ellos, incluía el mensaje de que Jesucristo en realidad no había venido en la carne y, aparentemente, que el hecho de continuarse en el pecado no afectaría la relación con Dios.

La actitud superior y la pretensión de un conocimiento especial tiene que haber hecho que los cristianos a quienes Juan estaba escribiendo esta epístola se sintieran inferiores. Se preguntaban: «¿Es verdad lo que nos han enseñado?»; «¿Cómo podemos saber qué es lo correcto?»; «¿Es posible estar seguro de algo?». Necesitaban saber cómo determinar si los maestros eran o no de Dios y si lo que estaban enseñando acerca de Jesús era cierto. Anhelaban tener la seguridad de que irían al cielo. Estas fueron las preocupaciones que Juan escribió para responder.

Así como los cristianos entonces tenían un problema porque los falsos maestros les hacían dudar de su fe, los cristianos hoy podrían tener problemas similares. Vivimos en un mundo incrédulo que adora la ciencia y la razón. A veces parece que todos los que son inteligentes y educados nos están diciendo que no podemos creer

en Dios o en Jesús y seguir siendo considerados como individuos inteligentes y modernos. Por lo tanto, podríamos preguntarnos: «¿Cómo podemos estar seguros de lo que hemos creído?».

Sin embargo, quizás más pertinente para nosotros lo constituye la pregunta «¿Cómo podemos estar seguros de la vida eterna?». Hemos predicado, con razón, que es posible que un cristiano caiga de la gracia y se pierda eternamente.<sup>1</sup> Es posible que hayamos predicado ese mensaje con tanta eficacia que muchos de nuestros miembros se sienten constantemente incómodos acerca de su salvación eterna. Juan dijo: «para que *sepáis* que tenéis vida eterna» (5.13b; énfasis agregado). Es probable que respondamos: «¿Está usted seguro?».

*La solución ilustrada.* ¿Cuál era entonces la solución al problema de la incertidumbre? Esa misma solución resolverá nuestro problema hoy.

La solución de Juan al problema de la incertidumbre fue enfatizar que sus lectores podían saber algunas cosas, no solo conjeturar o desear que sean ciertas, sino realmente *saber* que eran ciertas. Entre esas certezas religiosas, esas cosas que podemos saber, están las siguientes: Podemos saber que conocemos a Dios (2.3; vea 2.13, 14; 4.7, 8); podemos saber que estamos en Dios (2.5); podemos conocer la verdad y distinguir la verdad del error (2.21; 4.2, 6); podemos saber que somos hijos de Dios (3.1); podemos saber que, cuando Él aparezca, «seremos semejantes a él» (3.2); podemos saber que «apareció para quitar nuestros pecados» (3.5); podemos saber que «hemos pasado de muerte a vida» (3.14); podemos saber que «él puso su vida por nosotros» (3.16); podemos saber que hemos recibido el Espíritu (3.24; vea también 4.13); podemos saber que permanecemos en Dios y tenemos comunión con el Padre (4.13; vea también 5.19); podemos conocer el amor «que Dios tiene para con nosotros», es decir, que Dios nos ama (4.16); podemos saber que tenemos vida eterna (5.13); podemos saber que nuestras oraciones son escuchadas (5.14, 15); podemos saber «que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero» (5.20).

Juan enfatizó que los falsos maestros, los «engañadores», los «anticristos», no podían aumentar el conocimiento de sus lectores. Estos hermanos ya conocían la verdad; no tenían «necesidad de que nadie [les] enseñe» (2.20, 27). Por lo tanto, no era los primeros gnósticos los «conocedores»; eran los

cristianos a los que se dirigía Juan. ¡Conocían más que los que pretendían conocer tanto! Conocían la verdad; por lo tanto, podían decirles a los falsos maestros: «Conocemos lo que creemos y sabemos que es verdad, por lo que no tenemos necesidad de escucharlos. ¡Váyanse!».

Puede que no enfrentemos exactamente el mismo problema que enfrentaron los lectores de Juan. Probablemente nadie que dude de que Jesucristo realmente vino en la carne vaya a hablar en nuestras asambleas. Sin embargo, puede que necesitemos el mismo tipo de amonestación que necesitaron los lectores de Juan. A veces, los predicadores llegan con lo que casi suena como una nueva revelación, afirmando haber aprendido algunas verdades más profundas que nadie había descubierto antes. Cuando suceda, y si sucede, ¡es necesario que recordemos lo que sabemos! ¡Aquellas verdades que han sido claramente reveladas en la Palabra de Dios siguen siendo verdaderas! Probemos a cada maestro para ver si su predicación es fiel a la verdad revelada hace casi dos mil años, y no permitamos que maestros que afirman tener un conocimiento especial nos alejen de esa verdad.

El conocimiento que probablemente cause más problemas a los cristianos hoy es el conocimiento del que habló Juan en 5.13: «Estas cosas os he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna». ¿Podemos realmente saber que tenemos vida eterna?

El pasaje que nos ocupa ha sido mal utilizado por aquellos que creen en la imposibilidad de la apostasía. Dicen que Juan estaba hablando de que tenemos, ahora, en el presente, vida eterna. Si tenemos esa vida y es eterna, preguntan, ¿cómo podríamos perderla?

Algunos responden negando, en efecto, la enseñanza del pasaje. Afirman que no podemos saber realmente que tenemos vida eterna ahora. De acuerdo con esa forma de pensar, dado que podemos perder nuestra salvación, nuestro hogar en el cielo siempre está en peligro y podemos saber que tenemos un lugar en el cielo solo cuando escuchamos las palabras «Bien, buen siervo y fiel». Para estas personas, la incertidumbre sobre nuestro destino eterno es una realidad. Ven esa incertidumbre como una motivación que ayuda a los cristianos a permanecer fieles porque sabemos que, si pecamos, iremos rumbo al infierno hasta que nos arrepintamos y confesemos nuestro pecado. Ninguna de estas interpretaciones es correcta.

<sup>1</sup> Vea 1<sup>a</sup> Co 10.12; Ga 5.4; He 6.4–6; Stg 5.19, 20.

Por un lado, el Nuevo Testamento enseña que podemos perder nuestra salvación; por tanto, podemos perder la vida eterna. La «vida eterna» de la que se habla en este pasaje es una calidad de vida relacionada con Cristo, que compartimos con Él mientras vivimos y que, cuando dejamos atrás esta vida, se convierte en vida sin fin. Si nos apartamos de Cristo, dejamos de afianzarnos a esa vida eterna y no tenemos esperanza de recibirla eternamente.

Por otro lado, como cristianos, tenemos que tener la seguridad de que tenemos un tipo de vida con Cristo, incluso mientras vivimos, que es diferente de la vida que otros experimentan. Además, podemos estar seguros de que continuaremos experimentando esa vida eterna después de habernos apartado de esta tierra. No tenemos que irnos a dormir por la noche preguntándonos si todavía somos salvos por la gracia de Dios. No tenemos que despertarnos por la mañana preguntándonos si iremos al cielo si muriéramos hoy. ¡Podemos saber que hemos sido salvos, que estamos siendo salvos y que seremos salvos! La verdad de 5.13 debe estar grabada en nuestra mente: «Estas cosas les he escrito a vosotros que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que sepáis que tenéis vida eterna». ¡Podemos saber que tenemos vida eterna!

*Las personas descritas.* Sin embargo, es necesario decir algo más. Hemos leído, «... para que sepáis que tenéis vida eterna». ¿A quién va dirigida la declaración? ¿Quién puede saber que tiene vida eterna? En gran medida, esa pregunta es de lo que trata 1ª Juan. Juan quería que sus lectores supieran todas las bendiciones que tenían en Cristo, sin embargo, también enfatizó que quería que vivieran en conformidad a esa realidad. En el capítulo 5, Juan identificó a los que tienen la seguridad de la vida eterna.

Parte del capítulo (5.6–11) fue escrito para recordarles a los lectores de Juan los testigos de la deidad de Jesús. Parte del capítulo (5.14–17) proporciona una promesa de respuesta a la oración. Los últimos versículos (5.18–21) parecen servir como una especie de declaración resumida del libro.<sup>2</sup> Sin embargo, en el capítulo en su totalidad, des-

---

<sup>2</sup> Si se piensa en 1ª Juan 1.1–4 como un «prólogo» del libro, 5.18–21 podría ser considerado un epílogo. El pasaje sirve como un resumen de toda la epístola, ya que establece que los cristianos pueden saber 1) que los hijos de Dios no continúan pecando (5.18), 2) que tienen comunión con Dios (son «de Dios»; 5.19), y 3) que Jesús es el Hijo de Dios (5.20).

cubrimos quién tiene la seguridad de vida eterna.

En primer lugar, aquellos que tienen la seguridad de la vida eterna son aquellos que son «nacidos de Dios» (5.1, 4). Primera de Juan fue escrita a cristianos, a personas que se habían hecho cristianos, que habían nacido de nuevo. Los que no son cristianos, que no han nacido de nuevo, no tienen seguridad de la vida eterna.

En segundo lugar, los que tienen seguridad de la vida eterna son los que creen «que Jesús es el Cristo» (5.1), «el Hijo de Dios» (5.5; vea 5.9–13, 20). Para aquellos que vivieron en los días de Juan, tal doctrina quería decir que los que aceptaran la posición de los falsos maestros no tendrían vida eterna. Hoy, aquellos que rechazan a Jesús y no creen en Él, no tienen seguridad de la vida eterna.

En tercer lugar, los que tienen seguridad de la vida eterna son los que aman a Dios (5.2, 3). Los cristianos han de amar a Dios, amar a los hijos de Dios y guardar los mandamientos de Dios. Aquellos que no aman a Dios no obedecerán a Dios ni amarán al pueblo de Dios; por lo tanto, no se les asegura la vida eterna.

En cuarto lugar, los que tienen seguridad de la vida eterna son los que aman a los hijos de Dios (5.1). No podemos decir que amamos a Dios, a quien no hemos visto, si no amamos a Sus hijos, a quienes podemos ver (4.20). De hecho, Juan dijo que si amamos a los hermanos «de hecho y en verdad», podemos saber que somos «de la verdad» y aseguraremos nuestros corazones (3.18, 19). Sin embargo, «si nuestro corazón nos reprende», incluso si nos desanimamos y comenzamos a pensar en nuestra salvación, «mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas» (3.20). Los sentimientos de abatimiento y rechazo no prueban que hayamos perdido la seguridad de la vida eterna. Si verdaderamente nos esforzamos por hacer Su voluntad, ¡Dios sabe que somos salvos incluso cuando lo dudamos!

En quinto lugar, los que tienen seguridad de la vida eterna son los que guardan los mandamientos de Dios (5.2, 3). No podemos afirmar correctamente que amamos a Dios y al mismo tiempo negarnos a guardar Sus mandamientos (vea Jn 14.15). Juan agregó el siguiente reconfortante pensamiento: «sus mandamientos no son gravosos» (5.3b). Dios no nos pide que hagamos nada que sea malo para nosotros, ni tampoco que hagamos nada que sea demasiado difícil para nosotros. Si nos entregamos plenamente a Él, descubriremos que «sus mandamientos no son gravosos». En cambio, Su voluntad

para con nosotros es un deleite.

¿Qué mandamientos tenemos que guardar? No somos salvos por «fe solamente»; más bien, somos salvos cuando la fe nos lleva a hacer la voluntad de Dios. Por lo tanto, haremos todo lo posible por obedecer todos los mandamientos que apliquen a nosotros.

En sexto lugar, los que tienen la seguridad de la vida eterna son los que no siguen pecando (5.18). Juan no dijo que los cristianos no pecan (1.7–10), sin embargo, sí dijo que los cristianos no pecan habitualmente; los que aman a Dios no siguen pecando. La vida del cristiano fiel se caracteriza por la justicia. Puede que él o ella tropiece con poca frecuencia, sin embargo, no hará una práctica de vivir de manera pecaminosa. Lo que eso quiere decir es que el cristiano que vive abierta y rebelde en el pecado no puede recibir consuelo de 5.13; no está entre los que tienen seguridad de la vida eterna.

En séptimo lugar, aquellos que tienen seguridad de la vida eterna son aquellos cuyas oraciones son escuchadas. Este hecho es diferente de las características mencionadas anteriormente, sin embargo, Juan consideró apropiado incluirlo en 1ª Juan 5.

Necesitamos creer que Dios escuchará y contestará nuestras oraciones.<sup>3</sup> Al mismo tiempo, tenemos que tener en cuenta que Dios nos escucha «si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad» (5.14b). Siempre debemos orar como lo hizo Jesús, diciendo: «hágase tu voluntad» (Mt 26.42b; vea 6.10).

En relación con la promesa de la oración contestada, Juan habló de orar por los que pecan. Tenemos seguridad de que nuestras oraciones son efectivas para nuestros hermanos que pecan (1ª Jn 5.16a). En otra parte, a los cristianos se les instruye: «Confesaos vuestras ofensas unos a otros, y orad unos por otros» (Stg 5.16a).

Sin embargo, Juan dijo que no es necesario que oremos por aquellos que cometen un «pecado de muerte», es decir, un pecado del cual un hermano o hermana no se arrepiente debido a un corazón endurecido. No nos mandó que no oremos por alguien así; simplemente indicó que tal oración no servirá de nada.

En octavo lugar, los que tienen seguridad de la vida eterna son los que se guardan de los ídolos. El último versículo de 1ª Juan (aparentemente sin

contexto, ya que Juan no había dicho nada sobre los ídolos anteriormente en la epístola) les advierte a los lectores contra la idolatría: «Hijitos, guardaos de los ídolos» (1ª Jn 5.21). Quizás Juan mencionó el tema de la idolatría porque estaba hablando del «verdadero Dios». Escribió: «Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna» (5.20).

Juan había advertido contra aceptar falsas enseñanzas acerca de Jesús. Quizás ahora estaba equiparando esa visión herética de Jesús con la adoración de otro dios. Dado que la idolatría —el rechazo del único Dios verdadero— es el pecado último, Juan concluyó su epístola con una advertencia contra ella.

Es apropiado que hoy se nos advierta contra la idolatría. Podemos ser culpables de idolatría. Si tenemos un punto de vista inferior de Jesús, de modo que no le demos la alabanza debida a Dios, entonces somos culpables de idolatría. Si antepo- nemos cualquier otra cosa a Dios, la convertiremos en un ídolo; nuevamente, eso nos hace culpables de idolatría. Una persona puede, sin darse cuenta, poner su familia antes que Dios, poner su negocio o trabajo antes que Dios, o poner un pasatiempo antes que Dios. La persona podría adorar el éxito, el placer, el dinero o la educación. Incluso podría abandonar a Dios para pasar su vida en pecado, adorando, en efecto, a Satanás y al pecado. Es necesario que nos demos cuenta de que los culpables de idolatría no se encuentran entre los que tienen seguridad de la vida eterna.

*Conclusión.* Anteriormente, notamos lo frustrante que es no conocer. Gracias a Dios que los cristianos, según 1ª Juan, no tienen ese problema. ¡Hay mucho que podemos conocer, incluido el hecho de que tenemos y gozaremos para siempre de la vida eterna!

Sin embargo, tenemos que elegir estar entre aquellos que tienen seguridad de la vida eterna. Un titular de un diario, en referencia a uno de los últimos escándalos en Washington, DC, planteó la pregunta «¿Quién sabía qué y cuándo?». El punto del artículo era que los legisladores que supieron primero sobre las fechorías de un colega debían haber hablado al respecto; al no decir nada, insinuaba el periódico, compartían la culpa de la indiscreción de su colega.

«¿Quién sabía qué y cuándo?» es una buena pregunta sobre la esperanza de la vida eterna. En

<sup>3</sup> Compare con Mt 7.7–11.

los días de Juan, ¿quién sabía que tenía vida eterna y cuándo podía saberlo?

¡Solo el hijo fiel de Dios sabe que tiene vida eterna! La persona puede tener esa seguridad solo después de hacerse cristiano creyendo en Cristo, arrepintiéndose de sus pecados, confesando su fe y siendo bautizado en Cristo. Si usted no ha dado estos pasos, ¿no sabe que tiene vida eterna! De hecho, ¿puede saber que no la tiene! Además, el cristiano puede continuar teniendo ese conocimiento solo cuando esté poniendo de su parte, esforzándose diligentemente por vivir la vida cristiana.

Coy Roper

### **Cuando somos derrotados por el pecado (5.16, 17)**

Junto con las buenas noticias de que los cristianos pueden vencer el pecado, Juan sugirió que hay algunas malas noticias con respecto al pecado. ¡Si no somos diligentes, podemos ser derrotados por el pecado! Juan dio a entender que es posible perder la batalla contra el pecado y Satanás. Habló de un «pecado de muerte» en 1ª Juan 5.16, 17.

*Una definición: ¿Qué es un «pecado de muerte»?* ¿Qué es «un pecado de muerte»? Juan ya dijo que «si andamos en luz... la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de *todo* pecado» (1.7; énfasis agregado) y que «si confesamos nuestros pecados, [Dios] es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de *toda* maldad» (1.9; énfasis agregado). En consecuencia, un «pecado de muerte» (5.16b) no puede ser algún pecado del que uno esté dispuesto a arrepentirse y confesar.

¿Entonces qué es? No puede ser un pecado específico (como el homicidio, el adulterio o la mentira), sino un estado de corazón o mente que impide que una persona esté dispuesta o ser capaz de arrepentirse y confesar sus pecados.<sup>4</sup> Probablemente, por lo tanto, se puede equiparar con lo que se describe en otras partes del Nuevo Testamento como un corazón endurecido (He 3.12, 13) o una conciencia cauterizada (1ª Ti 4.2). Una condición apóstata podría volver imposible que una persona sea «otra vez» renovada «para arrepentimiento»

<sup>4</sup> Entre los comentaristas que llegaron a esta conclusión o a una similar se encuentran Tom L. Bright, «Difficult Passages in 1, 2, 3 John, No. III» («Pasajes difíciles en 1ª, 2ª, 3ª de Juan, No. III»), en *Studies in 1, 2, 3 John (Estudios en 1ª, 2ª, 3ª de Juan)*, ed. Dub McClish (Denton, Tex.: Valid Publications, 1987), 402–06; y Guy N. Woods, *A commentary on the New Testament Epistles of Peter, John, and Jude (Comentario sobre las epístolas neotestamentarias de Pedro, Juan y Judas)* (Nashville: Gospel Advocate Co., 1966), 319–22.

(He 6.4–6). Cuando un cristiano se aparta hasta ese punto, ha pecado de muerte, es decir, está condenado a la muerte eterna en el infierno (a menos que cambie de actitud y se arrepienta).

*La aplicación: ¿Puede un cristiano cometer este pecado?* Debemos darnos cuenta de que un cristiano realmente puede alcanzar tal estado. Puede encontrarse en la condición de tener un corazón endurecido y una conciencia cauterizada. Cuando lo hace, no ha vencido al pecado, ¡sino que ha permitido que el pecado lo venza a él!

Para el cristiano, por tanto, la victoria sobre el pecado no es inevitable. A menos que sea diligente en aferrarse a la verdad, obedecer los mandamientos de Dios, andar en luz y mostrarles amor a sus hermanos, podría apartarse y encontrarse en la posición de alguien que ha cometido un «pecado de muerte».

Quizás podríamos comparar el proceso por el que una persona llega a tal punto con alguien que decide montar en bicicleta cuesta abajo. Al principio, la pendiente descendente es suave; no sería ningún problema volver atrás en cualquier momento. Luego, gradualmente, la pendiente se vuelve más empinada. En consecuencia, su velocidad acelera cada vez más a medida que va cuesta abajo. Puede que se dé cuenta de que se trata de un descenso peligroso y decida dar la vuelta y volver a subir la colina para ponerse a salvo. Sin embargo, cuando intenta darse la vuelta, descubre que va demasiado rápido para detenerse y que le es imposible dar la vuelta. Incluso en contra de su voluntad, continúa bajando cuesta abajo con mayor velocidad hasta que cae a su perdición.

De manera similar, cuando comenzamos a pecar de manera habitual, al principio puede parecer que sería fácil dejar de hacerlo. A veces escuchamos a las personas decir: «Puedo dejarlo cuando quiera». Sin embargo, el pecado es adictivo: cuanto más se peca, más se desea pecar. Se encuentra pecando con más frecuencia, viajando cuesta abajo a un ritmo más acelerado. Quizás en algún momento dirá: «Esto es demasiado peligroso; tengo que dar la vuelta». Sin embargo, cuando lo intenta, descubre que no puede. ¡Su conciencia está cauterizada, su corazón endurecido y le resulta imposible arrepentirse! Ha cometido un «pecado de muerte». No ha vencido el pecado; ¡el pecado lo ha vencido a él!

*Conclusión.* ¿Le preocupa haber cometido un «pecado de muerte»? Escúcheme: si está preocupado, ¡no ha cometido tal pecado! Aún así, ¡necesita arrepentirse y dar la vuelta mientras pueda!

El camino al infierno se vuelve más empinado; cuanto más se demore, más difícil será arrepentirse. ¡Realice los cambios que necesite hacer hoy!

Cristo hace posible la victoria sobre el pecado. La elección es suya: ¿vencerá al pecado o permitirá que el pecado lo venza y lo envíe al infierno?

Coy Roper

### Los vencedores (5.1–12)

Nos encanta escuchar historias de personas que se superan. Un aspecto de los deportes que las personas a menudo disfrutan es ver un equipo que parece ser el perdedor regresar y vencer al otro equipo para ganar.

Muchas de las grandes historias de la Biblia son acerca de superar una gran dificultad que parecía abrumadora. Sin embargo, el hombre de Dios vence mediante el poder y la fuerza del Señor. Podemos pensar en 1º Reyes 18, donde el profeta Elías en el monte Carmelo desafió a los 450 profetas de Baal y a los 400 profetas de Asera a un duelo para ver quién podía poner su sacrificio de un animal en el altar e invocar a su dios para que respondiera con fuego. Los profetas de Baal y Asera fueron los primeros y pasaron la mayor parte del día clamando a su dios que enviara fuego. Gritaron, se cortaron, bailaron y saltaron; sin embargo, nada pasó.

Elías estaba solo; sin embargo, arregló el altar, colocó el animal sobre él y luego hizo que el pueblo vertiera agua por todo el altar y en las trincheras a su alrededor, de modo que todo se empapó. Luego comenzó a orar y pedirle a Dios que enviara fuego para consumir al animal. Dios envió fuego para lamer el agua y quemar el sacrificio. Elías le respondió al pueblo: «¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él» (18.21). Hizo que el pueblo diera muerte a los 950 profetas de Baal y Asera para vencer a estos falsos profetas en un intento por llevar a Israel de regreso a Dios.

*Podemos ser discípulos obedientes (5.1–5).* «Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios; y todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él» (1ª Jn 5.1). Juan se había centrado en cómo los anticristos enseñaban que Jesús no vino en la carne. Luego pasó al punto primordial de que es creyendo que Jesús es el Cristo —el Mesías que Dios había prometido que vendría al mundo como el Emanuel, Dios con nosotros— que se es nacido de Dios. Juan nunca se apartó mucho del punto de que ser nacido de Dios incluye amor. Si uno ama al Padre, también

ama a Su Hijo. Aquí, podríamos concluir que estaba hablando de que amamos a Jesús como el hijo del Padre que está en el cielo. Sin embargo, el siguiente versículo parece llevar el pasaje en otra dirección: «En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos» (5.2). Si amamos a Dios y hacemos todo lo posible por vivir de acuerdo con Sus enseñanzas, ¿cómo se traducirá eso en cómo nos tratamos los unos a los otros? Jesús no solo vino a mostrarnos el amor del Padre; vino a mostrarnos cómo amarnos unos a otros. Juan 13.1, escrito después de que los apóstoles habían experimentado muchos fracasos, dice lo siguiente: «Jesús... como había amado a los suyos... los amó hasta el fin». Fue este amor el que llevó a Jesús a lavar los pies de los apóstoles.

El amor a Dios siempre nos llevará a guardar Sus mandamientos, lo que podría parecer difícil o incluso imposible. Juan agregó:

... y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? (1ª Jn 5.3b–5).

Deberíamos enfocarnos en dos cosas en el presente pasaje. Primero, normalmente pensaríamos que vivir bajo las órdenes de alguien constituye una gran carga. ¿Cómo nos sentiríamos si fuéramos a un salón de clases y el maestro dijera: «Exijo obediencia total en esta clase. Si no pueden seguir todas las instrucciones y hacer lo que le dicen, no sobrevivirán a esta clase»? Si fuera una clase que tuviéramos que tomar, probablemente pensaríamos: «Va a ser una carga muy pesada de llevar». Dios desea que sepamos que si bien quiere que vivamos según Sus mandamientos, Sus mandamientos no son gravosos; son cosas que se nos han dado para nuestro propio bien. No está tratando de evitar que nos divirtamos en la vida. Más bien, está tratando de guiarnos a una vida plena y abundante que proviene de Jesús. Cuando Dios exige de nosotros que tengamos pureza sexual, que permanezcamos vírgenes hasta que nos casemos y seamos fieles en nuestros matrimonios, Su mandamiento no debe entenderse como una carga. Su intención es traer plenitud, gozo y confianza a nuestras vidas.

En segundo lugar, dijo que el nacido de Dios vence al mundo. «Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el



Hijo de Dios?» (5.4b, 5). Vivimos en un mundo que nos presenta idea tras idea imaginable sobre cómo vencer al mundo. El mundo grita que, para vencer, tenemos que pasarles por encima a los demás en lugar de ponerlos por encima de nosotros. Nos dice que hagamos todo lo posible para ganar más dinero, incluso si eso quiere decir destruir nuestras familias en el proceso. Grita el mensaje de que «soy el número uno» y «tengo que ver por mí mismo o nadie más lo hará». Son mentiras del diablo. Conducen a corazones rotos, vidas rotas y familias rotas. La verdadera forma de vencer al mundo no es por la fuerza, sino por la fe. Es creer que Jesús es el Hijo de Dios. Cuando ponemos nuestra confianza en Él, nos convertimos en los vencedores del mundo.

*Podemos ser fuertes creyentes en Jesucristo* (5.7, 8). Jesús vino mediante agua y sangre. El Espíritu testifica porque el Espíritu es la verdad. «Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan» (5.7, 8).

Parece que Juan estaba hablando de la realidad de que Jesús comenzó Su ministerio siendo bautizado por Juan el Bautista para cumplir toda justicia. Cuando fue bautizado, el Espíritu de Dios descendió del cielo en forma de paloma para posarse sobre Él, y Dios Padre habló desde el cielo para decir: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia» (Mt 3.13–17). En muchos sentidos, parece que la escena vuelve a ser representada cada vez que una persona es bautizada. Cada vez que nos volvemos a Dios por fe y somos bautizados, Él declara que somos Sus hijos amados y que el Espíritu desciende para morar en nosotros como hijos de Dios. La sangre se refiere a Su muerte en la cruz donde Su sangre fue derramada, por medio de la cual se convirtió en el Salvador del mundo. Sin el derramamiento de Su sangre, no hay perdón de nuestros pecados (vea He 9.22).

Los cristianos pueden depender del testimonio del agua del bautismo de Jesús, el testimonio del Espíritu que obró por medio de Su bautismo y durante todo Su ministerio, y del testimonio de la muerte de Jesús, en la que Su sangre fue derramada por nosotros para que podamos ser salvos de nuestros pecados.

*Podemos estar seguros de que tenemos vida eterna* (5.9, 10). Primera de Juan 5.11 es una de las declaraciones más importantes del libro: «Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo». Se debe confiar en el testimonio de Dios por encima de todos los demás.

Hay muchas personas honestas que intentan dar testimonio de lo que es verdad, sin embargo, las personas suelen equivocarse. Siéntese en cualquier tribunal y escuche mientras dos o tres testigos cuentan lo que vieron en la escena del crimen. Por lo general, dicen la verdad tal como la recuerdan. Sin embargo, difícilmente hay un momento en el que todos ven lo mismo. En lugar de poner nuestra fe en cualquier testimonio humano o en la ciencia del momento sobre un tema, solo es seguro confiar en el testimonio de Dios. Éste es el único que lo ha visto todo y lo sabe todo sobre cualquier tema.

El testimonio de Dios es que Él nos da vida eterna y que la vida está en Su Hijo. ¿Qué quiere decir tener vida eterna? ¿Es simplemente la vida que no tiene fin? Si es todo lo que quiere decir, entonces puede que no sea una bendición. Hay muchas ocasiones en las que la calidad de vida que se tiene es tan deficiente que no se desea que continúe. La peor noticia que se podría recibir en este escenario sería que esta vida no tiene fin. No, la vida eterna es más que eso. Jesús vino a darnos una vida plena. El cielo no es simplemente interminable; es vida desbordante. Es la vida en su máxima expresión, sin ninguno de sus sufrimientos y obstáculos.

Esta vida está en el Hijo de Dios. Juan bien podría haber agregado la frase «y en ningún otro lugar». Jesús dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí». Pedro dijo: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en el que podamos ser salvos» (Hch 4.12). Estar en Cristo es estar en Su cuerpo, que es la iglesia (vea Col 1.18a). Entonces, si la vida eterna está en Su Hijo y en Su cuerpo, la iglesia, ¿cómo llega una persona a Cristo? Dos Escrituras son vitales para responder a la pregunta. En Gálatas 3.26, 27, Pablo escribió: «pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos». Primera de Corintios 12.13a dice: «Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo». Cuando nuestra fe nos lleva a ser bautizados, entramos en Su Hijo y en Su cuerpo, la iglesia.

Alguien podría preguntarse: «¿Acaso no hay muchas personas buenas, honestas y maravillosas que nunca han sido bautizadas en Jesús?». Sí, las hay. ¿Acaso hay personas que tienen otras religiones y creen con tanta fuerza como nosotros y se esfuerzan tanto por vivir por su propia fe? Sí, las hay. No debemos juzgar a nadie; sin embargo,

Dios dijo que nos había dado vida eterna y que la vida está en Su Hijo.

*Conclusión.* La conclusión de Juan sobre el tema que nos ocupa dice: «El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (1ª Jn 5.12). La verdad es que Dios anhela que todas las personas sean salvas. Incluso dijo que la razón por la que espera tanto tiempo como lo hace para juzgar al mundo no es porque sea negligente con respecto a ninguna de Sus promesas, sino porque es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos tengan vida eterna. Tenemos que recordar que Dios no solo es el Dios más misericordioso, amoroso y generoso que podamos imaginar; También es un Dios recto y justo. Pagó el precio de la sangre de Jesús para que fuéramos salvos. Rechazar el ofrecimiento en Jesús y negarse a obedecerle es la esencia del rechazo de Dios, Jesús y Su Espíritu.

Leon Barnes

### **Cómo vivir en la paz de Dios (5.13–21)**

Alguien puede estar bien con Dios cuando tiene dudas sobre su fe, y alguien puede estar equivocado con Dios cuando está seguro de que todo está bien. El anhelo de Dios es que ambos *seamos salvos* y *tengamos* seguridad de la realidad de nuestra salvación. Muchos de los creyentes a los que Juan estaba escribiendo tenían dudas sobre su relación con Dios y su vida eterna. Juan, guiado por el Espíritu Santo, no los reprendió por sus dudas, sin embargo, hizo todo lo posible para convencerlos de que no deberían tener tales dudas.

*La confianza va acompañada de mi conocimiento de que tengo vida eterna (5.13–15).* Juan dijo que ellos podían saber con certeza que tenían vida eterna y que debían vivir con esa confianza (5.13, 14). ¡Qué diferencia veríamos en nuestras vidas si viviéramos con tanta confianza todo el tiempo! Si nos acercamos a Dios pidiendo algo que esté de acuerdo con Su voluntad, Él nos escucha. Jamás debemos preocuparnos de que Dios esté demasiado ocupado para nosotros. Él siempre ha vuelto Su atención hacia nosotros. Si sabemos que Dios está escuchando, toda nuestra actitud sobre la vida debería cambiar. Juan dijo que si sabemos que Él escucha todo lo que le pedimos, sabemos que tenemos lo que le pedimos. Esta es una declaración poderosa. Nuestra petición debe ser sobre lo que sabemos que Dios desea. Cuando hacemos nuestras peticiones, no debe haber ninguna duda en nuestra mente de que Dios las concederá. Debemos vivir

como si ya hubieran sido concedidas (5.15).

*Hemos de velar por nuestros hermanos y hermanas (5.16, 17).* Juan ha hablado de los actos de pecado que cometemos cuando intentamos andar en la luz de Dios y de cómo la sangre nos limpia en tales situaciones. Hemos hablado de confesar nuestros pecados a Dios cuando los conocemos para que Dios, quien es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, pueda quitarlos. Hemos hablado de no ser personas que continúan viviendo en pecado una vez que hemos nacido de Dios, porque Su semilla permanece en nosotros para que no podamos seguir pecando.

En contraste, Juan habló de un «pecado de muerte» por el que no deberíamos pedir el perdón de Dios en 5.16, 17. Estos versículos han sido interpretados de diferentes maneras. Hay quienes piensan que ningún pecado conduce a la muerte excepto el pecado de blasfemar contra el Espíritu Santo, que es imperdonable.

Dado que Juan no ha hablado del pecado de la blasfemia en ninguna parte de este libro ni en sus otros libros, esa conclusión parece dudosa. Podría ser que, dado que dijo: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1.9), que el pecado de muerte es el pecado que una persona no confesará incluso cuando se le confronte por el pecado y se le anime a arrepentirse de él.

Juan enfatizó que los actos de pecado son limpiados por la sangre. También enfatizó que si continuamos en el pecado después de haber nacido de Dios y no cambiamos nuestras vidas después de hacernos cristianos, entonces realmente no hemos nacido de Dios ni han sido expiados nuestros pecados. El pecador tiene que arrepentirse.

*Hemos de permanecer bajo el cuidado de Dios (5.18–20).* Cuando Juan llegó al final del libro, nos recordó varias verdades importantes: «Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado, pues Aquel que fue engendrado por Dios le guarda, y el maligno no le toca» (5.18). Habló primero de los seguidores de Cristo que no continúan viviendo de la misma manera que antes de nacer de Dios. Tenemos que crecer siempre para ser más como Jesús y alejarnos de la influencia del maligno. Al mismo tiempo, Juan deseaba que supiéramos que Aquel que nació de Dios nos mantiene salvos y que el maligno no puede hacernos daño. ¿Quién es el que fue *engendrado* por Dios? Ese es Jesús, que nació de Dios cuando el Espíritu Santo vino sobre María para embarazarla y darle a luz.

Él es Aquel que nos mantiene salvos del maligno cuando llevamos una vida de fe en Dios y nos esforzamos por ser como Él en todo lo que hacemos.

Juan dijo: «Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno» (5.19). Puso una gran división entre los que viven para Dios y los que viven para el diablo. Si somos hijos de Dios, Él es nuestro Padre; y siempre nos esforzamos por vivir de manera que le agrade. Queremos obedecer Sus enseñanzas e imitar la vida de Jesús. Si somos del maligno, podemos ir de muchas maneras. Podemos ver cuán malvados podemos convertirnos en el mundo. Por otro lado, podemos esforzarnos por ser la mejor persona que sabemos ser; sin embargo, sin la ayuda o la limpieza de Jesús, fracasaremos.

La verdadera pregunta es «¿Quién nos está guiando en la vida?». Nuestra respuesta no puede basarse en lo bien que vivimos moralmente. Satanás podría estar convenciéndonos de que lo estamos haciendo tan bien en nuestra forma de vivir que no necesitamos de Dios, del perdón ni de una sumisión a la voluntad de Dios para ser limpios de nuestros pecados.

A veces, los que están en el mundo están llevando una vida moral mejor que los que dicen seguir a Jesús. Sin embargo, nadie lleva una vida lo suficientemente buena como para merecer el cielo o las bendiciones de Dios. Solo seremos partícipes de las maravillas y bendiciones del amor y el perdón de Dios entregando nuestras vidas a Él en obediencia a Su voluntad. Juan escribió: «Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna» (5.20). Juan resumió todo el libro declarando lo que sabemos de Jesús como el Hijo de Dios. Él ha venido y nos ha dado entendimiento para que conozcamos al que es verdadero.

Hay una gran diferencia entre saber que Jesús vivió en la tierra hace casi dos mil años y caminó entre personas que le palparon, comieron con Él, fueron sanados por Él, escucharon Sus sermones y, a menudo, se quedaron asombrados por todo lo que hizo. Le vieron hacer que los ciegos vieran, los cojos caminaran y los sordos oyeran. Cuando expulsó demonios que otros no podían y provocó que la tormenta cesara a Sus pies, demostró quién era. Los que estaban alrededor decían cosas como «Nunca antes habíamos visto algo así. ¿Podría ser este el Hijo de Dios?». Los líderes religiosos trata-

ron de convencer al pueblo que Él estaba echando fuera demonios por el poder de Satanás (Mt 12.24), sin embargo, Jesús señaló cuán insensata era esa declaración cuando dijo: «Y si Satanás echa fuera a Satanás, contra sí mismo está dividido; ¿cómo, pues, permanecerá su reino?» (12.26).

Las vidas de las personas eran transformadas cuando finalmente comenzaban a reconocer que Él era más que un gran profeta. Cuando resucitó de entre los muertos y caminó entre ellos, impartíéndoles el Espíritu Santo, todo el ser de ellos fue transformado. Los apóstoles fueron transformados de un grupo de hombres temerosos a un grupo de hombres que predicaban un evangelio salvador para transformar el mundo.

La maravilla es que nosotros, como Sus seguidores, ahora podemos estar en Aquel que es verdadero. Dios nos ha dado vida eterna y esa vida está en Su hijo. Sin embargo, la Biblia revela solo una forma para que cualquiera pueda entrar en Cristo, y es siendo bautizado en Él (Ga 3.27). Podemos estar en Aquel que es el Dios verdadero y la vida eterna, lo que quiere decir que podemos vivir en plena seguridad de la eternidad.

*Tenemos que guardarnos de los ídolos (5.21).* Las últimas palabras de Juan fueron para que nos mantuviéramos alejados de los ídolos. Los ídolos pueden ser en forma de cosas, dinero, comida, gente, popularidad y cualquier cosa que nos aleje del Dios verdadero. Si hoy viéramos a alguien inclinándose ante un ídolo que había confeccionado de un trozo de madera, podríamos burlarnos de lo insensato que es adorar un trozo de madera. Sin embargo, ¿qué diferencia hay entre adorar un trozo de madera y adorar cualquier otra cosa que no perdurará más allá de este mundo?

*Conclusión.* ¿Sabe usted que tiene vida eterna porque está en Cristo, como alguien que, por fe, fue bautizado en Él? ¿Está usted llevando la vida que implica que sabe que tiene vida eterna en Su Hijo? La oportunidad está ahí para todos nosotros, sin embargo, la elección es suya. Leon Barnes

### **¿Puede usted confiar en su Biblia? (5.7, 8)**

En 1ª Juan 5.7, 8 se encuentra uno de los problemas espinosos textuales del Nuevo Testamento. El problema es que la primera parte del versículo 7 es omitida en la mayoría de las traducciones. La Reina-Valera dice: «Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno».

Este versículo tiene una historia interesante.

Cuando los traductores comenzaron a traducir la Biblia del latín a nuestro idioma, había pocos manuscritos griegos disponibles. Debido a esto, la primera parte del versículo fue incluida en varias traducciones a nuestro idioma a pesar de no estar presente en los primeros manuscritos griegos de 1ª Juan.

¿Por qué deberíamos tomarnos la molestia de analizar este problema? Este texto es una interpolación obvia. Los estudiosos confían en que se trata de una inserción. ¿Plantea esto un problema con respecto a nuestra fe? El pasaje, en sí mismo, es irrelevante porque lo que se enseña en el versículo acerca de la trinidad se enseña claramente en otras partes de la Biblia. No afecta profundamente nuestra fe.

Una revista publicó un artículo hace varios años sobre los «errores» en nuestra Biblia. El autor trató de mostrar en el artículo que había al menos veinte mil variantes textuales en nuestro Nuevo Testamento. La afirmación es cierta. Sin embargo, no es cierto decir que hay veinte mil errores en la Biblia. De hecho, la gran mayoría de estas variantes textuales son variantes de menor importancia. A veces, un escriba, al copiar, cambiaría un verbo para que coincidiera con el sujeto de la oración. Muchas veces, al copiar un evangelio, el escriba insertaba una palabra o dos de Mateo o Juan. A veces, al transcribir los Evangelios, dos textos eran combinados.

La imprenta no existía y había dos formas de transcribir un texto. En las primeras etapas de la transcripción, un hombre copiaba un texto en un pergamino en blanco. Al copiarse a mano el material, incluso si se hacía con cuidado, dos letras a menudo se parecían, y ambas letras tenían sentido. Por lo tanto, el escriba no sabría cuál letra era la correcta. En las primeras etapas de la transcripción, a menudo se cometían errores de esta naturaleza.

A medida que la iglesia crecía, se necesitaban más y más copias. Para hacer más manuscritos, diez o quince escribas se sentaban en una habitación mientras una persona leía el manuscrito original. Este procedimiento producía un problema de audición porque a veces dos palabras sonaban iguales. A veces, un hombre usaba su memoria y cometía errores. Además, las palabras no siempre eran escritas de la misma manera por diferentes personas.

La gran mayoría de estas variantes en la Biblia tienen este tipo de origen. Cuando se descartan estas variantes particulares, no hay veinte mil

errores en la Biblia.

Sin embargo, existen algunos problemas textuales. ¿Cómo los abordamos? Las personas los han abordado de diferentes formas. A veces, las personas levantan la mano y dicen: «No se puede saber lo que dice el texto original. Así que no se preocupe por eso». Otras personas se irán al otro extremo y aceptarán una versión como criterio para todas, creyendo que cualquier cosa que difiera de esa versión es incorrecta, lo cual no puede ser la respuesta.

Algunos se sienten tentados a aceptar la traducción que es más fácil de explicar o la que más concuerda con lo que desean creer. Sin embargo, una de las reglas principales de la crítica textual es que, cuando todo lo demás es igual, se debe aceptar el texto más difícil, no el más fácil. La razón de esta regla es que un escriba que cambia un texto es más probable que cambie una lectura difícil a una lectura más fácil que una lectura fácil a una más difícil.

Muchas personas estudian un poco de griego, un poco de hebreo y un poco de crítica textual y piensan que están calificados para emitir un juicio sobre cuál es el mejor texto. Sin embargo, con la excepción de algunos pasajes en Apocalipsis, solo hay cuatro pasajes en todo el Nuevo Testamento que tienen problemas textuales muy serios. Ninguno de esos cuatro involucra nuestra fe. Son Marcos 16.9–20; Juan 7.53—8.11; la gran confesión en Hechos 8.37; y 1ª Juan 5.7. Todos los demás problemas textuales involucran una palabra o una frase que no involucra ninguna doctrina o fe.

Por ejemplo, Hechos 20.28 es un problema textual muy serio en lo que respecta a la gramática, sin embargo, no presenta ningún problema en lo que respecta al significado. Donde algunas versiones dicen, «La iglesia del Señor», otras dicen, «La iglesia de Dios». La variación ocurre porque algunos textos tienen el equivalente griego de la palabra «señor», y algunos tienen el equivalente de la palabra «Dios». Ese tipo de problema no constituye una gran dificultad.

El problema con la crítica textual del Nuevo Testamento no es la falta de información. La crítica textual es un arte literario que aplica a toda la literatura, no solo a la Biblia. El problema de la crítica textual suele ser la falta de información. Sin embargo, ese no es el caso del texto bíblico. Hay más de 5,800 manuscritos del Nuevo Testamento. Estos son solo los manuscritos griegos. Además de estos, hay más de cinco mil copias de versio-

nes que fueron traducidas unos cientos de años después de que se escribió el Nuevo Testamento. Estos son más importantes para la crítica textual que algunos manuscritos griegos modernos que se remontan al siglo XV o XVI.

Con todo este material y todas estas variantes textuales, ninguna variante en nuestro Nuevo Testamento que involucre nuestra fe depende de la crítica textual. Algunas traducciones son malas e incluso podrían desviarnos; sin embargo, el problema no está en el texto, sino en la traducción.

*Una pregunta importante.* Lo anterior plantea una pregunta: «¿Por qué no dejamos la Biblia en paz y dejamos de intentar cambiarla?». Ningún erudito serio está tratando de cambiar la Biblia. Los académicos están tratando de determinar qué palabras en nuestro idioma transmiten más fielmente lo que el escritor original tenía en mente. El problema no es que la Biblia siga cambiando; el problema es que nuestro idioma sigue cambiando.

Un escritor dijo que solo 1 de cada 1,000 palabras en nuestra Biblia está en duda. Y ninguna de esas palabras afectará nuestra fe. Siempre que nos quedemos con una de las traducciones confiables, sabremos lo que Dios desea que sepamos. El gran problema que tenemos en nuestros días no es la variedad y proliferación de traducciones que existen; nuestro problema es la falta de conocimiento de la Palabra misma. Dios habla a nuestro corazón mediante las palabras de nuestra Biblia. Nos dio la Biblia para que pudiéramos conocer Su voluntad con respecto a Su Hijo Jesús. Hoy no sabríamos nada acerca de Dios, el cielo, el infierno, la salvación o la eternidad sin la Biblia. Estudiemos nuestras Biblias con confianza. Es el único libro en el que siempre podemos confiar.

*Conclusión.* La Biblia siempre tiene razón. Es posible que no la entendamos correctamente; es posible que tengamos que estudiarla profundamente; puede que tengamos que lidiar con ella. Sin embargo, podemos confiar en ella. Podemos tener la confianza de que revela la voluntad de Dios. Cuando la Biblia habla de creer en Jesús, arrepentirse del pecado, confesar la fe y ser bautizados en Jesús, podemos saber que es lo correcto. Cuando la Biblia nos habla de fidelidad, compromiso y servicio en nuestra vida cristiana, podemos cumplir esos mandamientos sabiendo que es lo correcto.

Richard Pectol

### **El triple testigo (5.1–11)**

¿Se puede probar la deidad de Jesucristo?

Esta pregunta ha plagado la iglesia durante muchos años. De hecho, una de las controversias en la iglesia primitiva se centró en la naturaleza de Cristo. Aunque la controversia doctrinal sobre la naturaleza de Cristo comenzó en el siglo primero, alcanzó proporciones masivas a fines del siglo tercero. El Concilio de Nicea, celebrado en el año 325 d.C., se centró en la naturaleza de Cristo.

La pregunta sobre Su naturaleza sigue viva hoy. Algunos de los pensadores filósofos-teológicos de nuestros días atribuyen una naturaleza mítica a Jesús. Otros dicen que fue simplemente un hombre, mientras que otros creen verdaderamente que era el Hijo de Dios y el Hijo del hombre al mismo tiempo. Muchos grupos e individuos dicen que es el mensaje, no la persona de Jesús, lo que nos tiene que importar.

Al apóstol le preocupaba el testimonio de la divinidad de Jesús. Nos aseguró que Dios nos ha dado vida eterna por medio de Jesucristo. Juan construyó toda su epístola sobre la verdad de la divinidad de Su Hijo. Afirmó que Jesús fue tanto humano como divino y que cualquiera que lo niegue es del anticristo. Al final de esta gran epístola, Juan llamó a tres grandes testigos para apoyar su testimonio.

Cada uno de estos tres testigos de Juan da testimonio de la vida terrenal de Jesús, así como de Su divinidad. Juan usó la declaración «Porque tres son los que dan testimonio». La construcción en el idioma original es un verbo indicativo en presente activo seguido de un participio en presente activo, indicando con ello que el testimonio es continuo. No era un testigo de un solo momento; los tres testigos continúan dando testimonio. Podemos estar seguros de la verdad de la divinidad de Jesús gracias a la naturaleza de los testigos.

Hay pluralidad de testigos, lo que ciertamente concuerda con la exigencia del Antiguo Testamento sobre los testigos. Moisés le dijo a Israel: «No se tomará en cuenta a un solo testigo contra ninguno en cualquier delito ni en cualquier pecado, en relación con cualquiera ofensa cometida. Sólo por el testimonio de dos o tres testigos se mantendrá la acusación» (Dt 19.15). Por tanto, Juan demostró que hay un amplio testimonio de la divinidad del Señor. Él escribió: «Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan» (5.8).

Los tres testigos proporcionan credenciales suficientes para Jesús. Juan nos dijo que este testimonio es mucho mayor que el testimonio de un

hombre; este es «el testimonio de Dios» (5.9). Por tanto, miremos estos tres testigos de Jesús.

*El Espíritu.* El primer testigo mencionado es el Espíritu. El Espíritu dio testimonio de Jesús muchas veces mientras estuvo en la tierra. Primero dio testimonio en el bautismo de Jesús (Mt 3.14–17). Jesús les dijo a Sus discípulos que cuando el Espíritu viniera, testificaría de Él: «Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho» (Jn 14.26).

¿Cómo testifica el Espíritu de Jesús? Primero, testifica habitando en el cristiano. Juan escribió: «El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo» (1ª Jn 5.10a). En el nacimiento de la iglesia, Pedro dijo: «Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hch 2.38). En 1ª Juan 5.10, el apóstol habló de la morada del Espíritu como un hecho consumado, esto es, si creemos.

La segunda forma en que el Espíritu testifica de Jesús es mediante la inspiración. Los autores del Nuevo Testamento fueron inspirados por Dios. Se les prometió este don (Jn 14.26), y los apóstoles declararon que hablaban con el poder provisto por Dios. Hoy, tenemos el testimonio del Espíritu en la Palabra inspirada, la Biblia.

*El agua.* El segundo testigo es el agua. El agua también testificó de Jesús en Su bautismo (Mt 3.14–17). El bautismo en agua que Jesús experimentó no fue para lavar Sus pecados, porque no tenía ninguno; sin embargo, fue para dar testimonio de la verdad de Jesús.

Cada vez que una persona es bautizada en agua, testifica de la muerte, sepultura y resurrección de Jesús. El uso continuo del agua como testimonio de Jesús es un testimonio más de la importancia del bautismo en el plan de la redención. En el bautismo, recreamos la muerte, la sepultura y la resurrección de Cristo. Si no hubiera otra evidencia que esta, el testimonio del agua a Jesús sería suficiente, porque rociar o derramar de ninguna manera da testimonio de la muerte, sepultura y resurrección. Pablo lo expresó de manera tan elocuente en Romanos 6.1–11. El versículo 4 dice: «Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva». Siempre que alguien es sumergido en agua para la remisión de los pecados, está dando testimonio

del Cristo.

*La sangre.* El tercer testigo es la sangre. Por supuesto, todos nos damos cuenta del poder de la sangre de Jesús. Fue derramada para borrar todos los pecados de la humanidad. Todo lo que tenemos que hacer es aprovechar esta sangre. Toda persona puede recibir los beneficios de la sangre de Jesús.

¿Cómo da testimonio la sangre de la humanidad de Jesús? Al comer la Cena del Señor cada Día del Señor, les testificamos a quienes nos observan haciéndolo, que creemos que Jesús murió y resucitó por nuestros pecados. La Cena del Señor es un testimonio maravilloso del Cristo. «Proclamamos» Su muerte hasta que Él regrese.

*Conclusión.* Una hermosa idea acerca de estos tres testigos es que «estos tres concuerdan» (1ª Jn 5.8). Cuando dan testimonio, nadie puede cuestionarlos, ya que provienen de la fuente de la verdad. Juan concluyó su argumento con esta maravillosa declaración: «Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (5.11, 12). Si esperamos la vida eterna, tenemos que encontrarla en Jesucristo, porque no hay otro camino de salvación (Hch 4.11, 12).

Morris Womack

### «Guardaos de los ídolos» (5.21)

Juan concluyó esta majestuosa epístola con las palabras «Hijitos, guardaos de los ídolos» (1ª Jn 5.21). ¡Qué sorprendente conclusión de un tratado tan grandioso! A primera vista, parece ser un final de lo más inapropiado para una epístola tan grandiosa. Sin embargo, veremos que este final es el más apropiado. De hecho, esta conclusión puede ser la respuesta a nuestro compromiso total con Cristo.

Podemos ver la unidad en este gran mensaje de Dios. Juan abrió esta epístola con las palabras «Lo que era desde el principio...» y terminó con las palabras «guardaos de los ídolos». La gloriosa unidad de la Biblia es uno de los mayores testimonios de su origen divino. Dios conoce nuestra tendencia a desviarnos del camino a la victoria y nos ha advertido de manera constante.

En el contexto inmediato de 5.21, Juan defendió la divinidad, la condición de Hijo propia de Jesús. Tenemos, dijo, la seguridad de la vida eterna porque Dios ya ha ganado la victoria total sobre el pecado. Tenemos un Dios, un Padre, que responde a las oraciones. Hemos de decirselo a nuestro Padre y Él responderá a nuestras necesidades. Además,

Juan nos aseguró que tenemos total libertad del pecado. ¡La cruz nos ha proporcionado la vía de escape! Finalmente, Juan dijo que conocemos al Eterno. En este contexto, Juan dijo que el Eterno, que es el Dios verdadero, ha amonestado que los cristianos «[se guarden] de los ídolos». Tiene que haber un significado único en esta declaración para que Juan haya sido tan directo con ella.

*Una explicación del texto.* Para que podamos apreciar plenamente el significado de esta escueta amonestación, necesitamos saber a qué se refiere Juan. Los comentaristas han sugerido al menos cuatro respuestas sobre el significado de la declaración de Juan. Quizás nunca sepamos con certeza a qué se refería Juan aquí, sin embargo, puede que se refiera a alguna o todas las sugerencias que mencionaremos.

Primero, algunos sugieren que Juan estaba siendo muy explícito; simplemente quiso decir que debemos mantenernos alejados de los ídolos. Un ídolo (εἰδώλον, *eidolon*) es simplemente una imagen, una semejanza. Los ídolos aludían a esas realidades invisibles de la eternidad expresadas por las ilusiones del mundo, es decir, imágenes hechas por el hombre. A los griegos les agradaba representar a sus propios dioses mediante alguna imagen o semejanza de fabricación humana.

En segundo lugar, otros sugieren que Juan estaba refiriéndose a las imágenes falsas que habían creado los falsos maestros de sus días. Los gnósticos, según esta teoría, eran objeto de la crítica de Juan. Aquellos que se inclinaban ante las enseñanzas de los gnósticos ciertamente estaban aceptando algo más que Dios o Su Hijo como su ser supremo. Estas «imágenes falsas», por lo tanto, equivaldrían a decir «enseñanza falsa». A Juan le preocupaba que estos cristianos fueran inducidos a creer o practicar enseñanzas falsas.

En tercer lugar, otros sugieren que Juan estaba hablando de las condiciones religiosas que prevalecían en Éfeso. Durante los días de Juan, Éfeso constituía una de las ciudades más importantes de Asia Menor. No solo era un centro de comercio, también era una ciudad muy religiosa. El templo de Diana estaba ubicado allí, y quienes la adoraban hicieron de este el centro de todo tipo de ritos inmorales. La idolatría era desenfrenada en esta ciudad. Sin embargo, además de la actividad religiosa centrada en Diana, Éfeso otorgó el derecho de asilo a los delincuentes. Puede apreciarse cómo esta ciudad sería un lugar destacado para la idolatría. Juan, según algunos, se estaba refiriendo

a esta situación e instando a sus lectores a que se abstuvieran de los ídolos que habían adorado antes de hacerse cristianos.

En cuarto lugar, algunos creen que Juan se estaba refiriendo a cualquier cosa que se interpusiera entre Dios y el hombre. Siguiendo esta explicación, un ídolo sería cualquier cosa que tome el lugar de Dios en nuestras vidas.

Es posible que nunca sepamos con certeza qué quiso decir Juan. Puede ser que Juan tenga las cuatro ideas en mente; sin embargo, la amonestación para nosotros es ciertamente de gran importancia. En el análisis final, no importa mucho a qué ídolo se refería Juan. Lo importante es que pongamos a Dios en primer lugar; entonces, no habrá lugar para los ídolos en nuestras vidas.

*La advertencia de Juan.* Juan nos presentó un contraste: ídolos irreales y sin vida por un lado y un Dios verdadero y eterno por el otro. Cuando uno considera las dos opciones, solo una tiene sentido: un Dios verdadero y eterno. Es un Dios que nos es accesible. Creían que no se podían acercar a Dios; nosotros creemos que Jesús ha abierto el camino de acceso.

«Guardaos de los ídolos», dijo Juan. Esto casi nos presenta una dicotomía. En 5.18, Juan enfatizó que si una persona pertenece a Jesús, Dios le guardará. En el versículo 21, nos instó a guardarnos de los ídolos. Ciertamente no hay disparidad entre estas declaraciones. Si hemos hecho de Jesús parte de nuestras vidas, Él nos guardará y nos dará el poder para guardarnos de los ídolos.

*Cuatro tipos de ídolos.* Francis Bacon, un escritor del siglo XVI, ha ilustrado las experiencias de la humanidad sugiriendo cuatro tipos de ídolos que están presentes entre los seres humanos.<sup>5</sup> Estos nos ayudarán a comprender el peligro de los ídolos en nuestras vidas.

1) El ídolo de la tribu. Bacon quiso decir con este ídolo que todos tendemos a medir las cosas con nuestros propios sentidos. En otras palabras, si no hemos experimentado algo, simplemente no ha sucedido. Necesitamos reconocer que ver no es creer de verdad, como algunos quieren que pensemos. Pablo dijo que «por fe andamos» (2ª Co 5.7). Simplemente no podemos permitir que nuestras vidas sean gobernadas por nuestros propios sentidos.

2) El ídolo de la cueva. Bacon sostuvo que

---

<sup>5</sup> Francis Bacon, *Novum Organum* (New York: P. F. Collier & Son, 1902), 20.

todo el mundo tiene una cueva, que representa las experiencias en las que uno «dibuja» su vida. No hay cuevas idénticas que pertenezcan a dos personas. Nuestras cuevas tienden a mantener nuestras imágenes adentro, sin embargo, mantienen afuera las imágenes de los demás. El resto del mundo está excluido porque simplemente no lo necesitamos. Pablo nos enseñó que tenemos que estar en contacto con el mundo. Jesús dijo que no quería sacarnos de este mundo, sino que debíamos guardarnos del maligno. Nuestro mejor remedio para este aislamiento es «ir al mundo» y enseñar a Cristo (Mr 16.15).

3) El ídolo del mercado. Este ídolo implica volverse más abierto al mundo y aprender a hablar, compartir y comunicarse en «el mercado». El problema que surge del ídolo del mercado es que tendemos a exigir que otros usen nuestro propio método de comunicación. Cuando no lo hacen, los malinterpretamos. Es importante que entremos en el mercado; sin embargo, tenemos que permanecer abiertos a las diferencias de los demás.

4) El ídolo del teatro. Bacon quería que sus lectores se dieran cuenta de que todos usamos máscaras. Es muy importante aprender que tenemos que ser nosotros mismos. Con demasiada frecuencia, estamos dispuestos a seguir a la multitud y jugar en los escenarios de otros. La verdadera vida implica seguir al Dios eterno, porque Él es «vida eterna» (5.20).

¿Cuáles son sus ídolos? «La esencia de la idolatría es dar a otro el amor, la reverencia y la devoción que se deben justamente solo a Dios».<sup>6</sup> Desde este punto de vista, todos estamos amenazados por nuestra idolatría. Fue un problema en los días de Juan; también es un problema en nuestros días. Necesitamos poder identificar a nuestros ídolos.

En lugar de entrar en grandes detalles sobre

---

<sup>6</sup> C. Clemance, «The Epistles of St. John» («Las epístolas de San Juan»), en *Epistles of Peter, John & Jude. The Revelation (Epístolas de Pedro, Juan y Judas. La Apocalipsis)*, The Pulpit Commentary, vol. 22 (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co.), 169.

nuestros ídolos, mencionemos simplemente algunos de los que podemos identificar. El deseo de triunfar es a menudo un ídolo. Muchos a menudo sacrificarán todo para prosperar en la vida. A veces, el placer es un ídolo. Si bien no está mal tener placer, a menudo permitimos que nuestras recreaciones nos hagan poner a Dios en segundo lugar. Aún así, nuestras actividades educativas y académicas pueden convertirse en nuestros dioses. El esnobismo educativo y académico a menudo se interpone en nuestro camino para poner a Dios de primero.

Nuestro dinero y posesiones a menudo se convierten también en nuestros dioses. Pablo se refirió a esto como «toda codicia» (Ro 7.8b), que es idolatría. Incluso nuestros trabajos pueden interponerse en nuestro camino. Ciertamente, no hay nada de malo en tener un trabajo honorable en el que podamos velar por nuestras familias. Sin embargo, si esto se interpone entre nosotros y Dios, es un ídolo. Finalmente, hay algunos que han permitido que sus familias se interpongan entre ellos y Dios. Sucede a menudo cuando nuestros hijos toman tanto de nuestro tiempo y esfuerzo que comenzamos a ignorar a Dios. No debemos permitir que nada ni nadie se interponga entre nosotros y nuestro Dios.

*Conclusión.* «Guardaos de los ídolos». ¿Es esto una advertencia para nosotros hoy? ¡Por supuesto que sí! No podemos sentirnos atraídos por nadie más que por Jesús. Juan ha demostrado que Jesús es creíble; ha pasado todas las pruebas de autenticidad. Los «testigos» han dado evidencia de que Jesús murió por nosotros y Él mismo se convirtió en Aquél que habla en nuestra defensa al Padre. Él nos ama; Él nos redimió; será nuestro hermano mayor. ¿Qué más podemos pedir? La vida que está controlada por un amor urgente ciertamente nos alejará de los ídolos y hará que enfoquemos nuestra existencia total en Aquel que lo dio todo por nosotros. Que siempre alabemos a nuestro Señor y hagamos de Él nuestro enfoque.

Morris Womack



# Introducción a 2ª Juan

Las cartas de 2ª y 3ª Juan son los libros más cortos de la Biblia. Segunda de Juan es un poco más corta que 3ª de Juan. De las llamadas «cartas generales», estas dos son las únicas que parecen ir dirigidas a personas o iglesias específicas. El contexto de las cartas se refiere a la práctica de las iglesias que estaban recibiendo profetas viajeros. Aunque ni la palabra «profeta» ni «profetas» aparece en 2ª o 3ª Juan, la palabra «profetas» entra en la narrativa de 1ª Juan. (Vea 1ª Jn 4.1.) El autor y los lectores de las tres cartas, sin duda, identificaban a los «falsos profetas» de 4.1 con los anticristos de 2.18–22; 4.2–6; y 2ª Juan 7.

En 2ª Juan, el apóstol identificó al «engañador y [al] anticristo» con aquellos que habían «salido por el mundo» y que «no confiesan que Jesucristo ha venido en carne» (v. 7). Las palabras de la segunda carta se acercan notablemente a la descripción que hace Juan de los anticristos en la primera. Eran los que «salieron de nosotros» (1ª Jn 2.19). Como los anticristos de 2ª Juan 7, los falsos profetas o anticristos en 1ª Juan 4.2, 3 no confesaban «que Jesucristo ha venido en carne».

No sería necesario demostrar que los «anticristos» y los «falsos profetas» en las cartas de Juan designan a las mismas personas si no fuera por la identificación generalizada del «anticristo» con algún ser demoníaco que se supone aparecerá al final de los tiempos. Esta identificación es común entre autores tanto populares como académicos. El único lugar donde aparece el «anticristo» en la Biblia es en las cartas de Juan. La palabra no aparece en Apocalipsis, en 2ª Tesalonicenses ni en el llamado «Pequeño Apocalipsis» de Marcos 13.

En las cartas de Juan, a diferencia de 1ª Corintios 14, los profetas parecen ser maestros que viajaban de un lugar a otro. Juan instó a las iglesias a aceptar, alentar y apoyar económicamente

a los profetas que proclamaban la verdad sobre la apariencia carnal de Jesucristo, pero a rechazar a los que enseñaban lo contrario. Estos últimos eran falsos profetas o anticristos. Los lectores de habla griega de las cartas de Juan, al menos los que vivían en grandes centros metropolitanos, habrían estado familiarizados con los profetas o filósofos viajeros que frecuentaban sus mercados.

En el mundo grecorromano de finales del siglo primero era común una variedad de maestros itinerantes. La mayoría de ellos tenían mala reputación. Una autoridad sobre el período escribió:

Los maestros mismos, los más rudos, aparecieron en cada rincón del imperio [...] Identificados por su cabello largo, barbas, pies descalzos y harapos mugrientos [...] parecían desvergonzados, y medio educados, vulgares, bromistas; mendigos de dinero, mendigos de atención [...] agrupados en templos o esquinas [...]. Desde el reinado de Nerón hasta la muerte de Antonino Pío, el siglo de su principal prominencia los vio esparcidos a lo largo y ancho del Mediterráneo oriental.<sup>1</sup>

Algunos de estos filósofos se sintieron atraídos por la comunidad cristiana. Podían enseñar cualquier cosa que les trajera patrocinio, cualquier cosa que les abriera las puertas. Es probable que los anticristos, los falsos profetas enfrentados en las cartas de Juan, tuvieran algún parecido con los maestros a los que se enfrenta habitualmente la población de las áreas metropolitanas grecorromanas. Entre las doctrinas contemporáneas, las enseñanzas gnósticas de origen judío y cristiano probablemente florecieron y se extendieron entre los profetas que eran del tipo secular.

<sup>1</sup> Ramsay MacMullen, *Enemies of the Roman Order: Treason, Unrest, and Alienation in the Empire* (*Enemigos del orden romano: traición, disturbios y alienación en el Imperio*), 2ª ed. (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1966), 59–60.

Algunos de los profetas conocidos por Juan y sus lectores (pero de ninguna manera todos ellos) continuaban predicando a Cristo. A la manera gnóstica, negaban que hubiera venido en la carne. Eran los anticristos. Al negar Su aparición carnal, comprometían el mensaje del evangelio a un grado intolerable. A pesar de que sus doctrinas se apartaban de la enseñanza apostólica, buscaban a los cristianos para alentarlos, alimentarlos y apoyarlos en lo que enseñaban. Contemporáneos de los falsos profetas había profetas genuinos que eran sinceros y honestos. Conducían a los perdidos a Cristo y edificaban el cuerpo. Para continuar su labor, también dependían de la buena voluntad y el apoyo de las iglesias. A veces los cristianos no sabían a quiénes ayudar y quiénes rechazar. Tanto 2ª como 3ª Juan abordan esta situación socio-religiosa.

Un documento que circuló entre las iglesias de Asia Menor poco después de que se escribieran las cartas de Juan abordaba una situación similar. El título más extenso del documento es «La enseñanza de los doce apóstoles», sin embargo, más comúnmente los eruditos se refieren a él como *La Didache*, o «Enseñanza», la primera palabra de su título griego. Durante siglos, los eruditos habían conocido el documento solo por medio de diversas referencias de los primeros autores. No es de extrañar que en 1875 se produjera un gran entusiasmo cuando se encontró una copia misma en la Biblioteca Patriarcal de Jerusalén en Constantinopla.<sup>2</sup> Sus advertencias son similares a las de la segunda y tercera carta de Juan. El documento dice:

Quienquiera, pues, que venga a ustedes y les enseñe todas las cosas que se han dicho antes, recíbanlo. Pero si el mismo maestro, extraviado, les enseña otra doctrina para que ustedes se dividan, no le presten oído; si, en cambio, les enseña para que ustedes aumenten la justicia y el conocimiento del Señor, recíbanlo como al mismo Señor.

---

<sup>2</sup> Introducción a «The Didache, or Teaching of the Twelve Apostles» («La Didaché, o Enseñanza de los Doce Apóstoles»), en *The Apostolic Fathers (Los Padres Apostólicos)*, trad. Kirsopp Lake, Loeb Classical Library (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1952), 1:305.

Con los apóstoles y profetas, obren de la siguiente manera, de acuerdo con la enseñanza evangélica: todo apóstol que venga a ustedes, recíbanlo como al Señor. No se detendrá sino un solo día, y, si fuere necesario, otro más. Si se queda tres días, es un falso profeta. Cuando el apóstol se vaya no tome nada consigo, si no es pan hasta su nuevo alojamiento. Si pide dinero, es un falso profeta.<sup>3</sup>

El documento continúa diciendo:

A todo el que viniere en nombre del Señor, recíbanle. Luego, con el discernimiento que tienen, examínenlo para conocerlo por su derecha y por su izquierda. Al que pasa de camino ayúdenlo en lo que puedan: pero no se quedará con ustedes sino dos o tres días, si fuere necesario. Si quiere quedarse entre ustedes, teniendo un oficio, que trabaje para su sustento. Si no tiene oficio, provean según la prudencia, de modo que no viva entre ustedes cristiano alguno ocioso. Si no quiere aceptar esto, se trata de un traficante de Cristo: tengan cuidado con tales personas.<sup>4</sup>

*La Didache* tiene que ser leída de manera crítica. No refleja en todos los aspectos las enseñanzas del Nuevo Testamento, sin embargo, el documento proporciona una comprensión más profunda de la situación que enfrentaba Juan.

Destacan dos palabras en la segunda y tercera carta de Juan. El apóstol quería que sus lectores vivieran de acuerdo con la verdad, y además quería que se guiaran por el amor en sus relaciones entre ellos y con Dios. La «verdad» y el «amor» son piedras angulares para todo lo que el apóstol tenía que decir.

## EL BOSQUEJO

- I. ANDE EN AMOR Y VERDAD (vv. 1–6)
- II. PERMANEZCER EN LAS ENSEÑANZAS DE CRISTO (vv. 7–11)
- III. CONCLUSIÓN (vv. 12, 13)

---

<sup>3</sup> *Didache* 11.1–6. <https://es.aleteia.org/2016/07/07/texto-completo-de-la-didache/>

<sup>4</sup> *La Didache* 12.1–5. <https://es.aleteia.org/2016/07/07/texto-completo-de-la-didache/>

## Ande en amor y verdad

Juan no contrapuso la obediencia a los mandamientos al vivir por amor. El cristiano no necesita elegir entre ambas cosas. Amar es vivir según los mandamientos de Dios. Los dos, la obediencia y el amor, van de la mano.

**<sup>1</sup>El anciano a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad; y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad, <sup>2</sup>a causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros: <sup>3</sup>Sea con vosotros gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre, en verdad y en amor.**

**<sup>4</sup>Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad, conforme al mandamiento que recibimos del Padre. <sup>5</sup>Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros. <sup>6</sup>Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio.**

**Versículo 1.** No se adjunta el nombre de ningún autor al Evangelio de Juan ni a las cartas. A los dos hijos de Zebedeo (Mt 4.21) no se les menciona en los primeros cuatro libros comúnmente atribuidos a Juan, con la excepción de una referencia indirecta en Juan 21.2. Con la excepción de Juan 21.24, «Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas», ni el Evangelio de Juan ni la primera carta hacen referencia a un autor. Tanto 2ª como 3ª Juan son como ellos en el sentido de que no ofrecen un nombre propio, sin embargo, el autor se refirió a sí mismo como **El anciano** (ὁ πρεσβύτερος, *ho presbuteros*). El término designa más que edad. Supone una posición, similar a Tito 1.5 o 1ª Pedro

5.1. Las iglesias de la provincia romana de Asia en el oeste de Turquía solo habrían conocido a un hombre que esperaba ser reconocido únicamente con el título de «el anciano». El autor asumió el derecho de instruir a sus lectores. El apóstol Juan era uno de esos hombres. Relevante para la autoría es el hecho de que las palabras y la forma de expresión en 2ª y 3ª Juan son similares a 1ª Juan; a su vez, los tres son similares al Evangelio de Juan. Parece ser sólida la tradición de que Juan, el hijo de Zebedeo, en los últimos años de su vida, escribió los dos documentos atribuidos al «anciano».

El anciano dirigió su segunda carta a **la señora elegida y a sus hijos**. El significado de la frase ἐκλεκτῆ κυρία (*eklektē kuria*, «señora elegida» o «señora escogida») se ha interpretado de varias maneras. La referencia podría ser a una mujer específica pero sin nombre, o una mujer cuyo nombre propio era κυρία (*kuria*, «señora»). *Kuria* no era un nombre común en griego, sin embargo, ciertamente era posible. La frase también podría referirse a una mujer cuyo nombre propio era ἐκλεκτή (*eklektē*, «escogida» o «elegida»).

Otro enfoque de la interpretación de «la señora elegida» es menos literal. Quizás Juan personificó una iglesia específica que conocía como una «señora elegida». Por último, es posible que Juan se haya referido a todas las iglesias del oeste de Asia Menor como «la señora elegida». Todas las posibilidades son defendibles, sin embargo, la mención que hizo el apóstol de «sus hijos» en 2ª Juan 4 —seguida de referencias a cristianos que se comportaban correctamente, junto con una referencia a «Los hijos de tu hermana, la elegida» en 2ª Juan 13 — sugiere que la «señora elegida» en 2ª Juan 1 es una personificación de alguna congregación específica por la que Juan tenía una preocupación especial.

Los temas gemelos del **amor** y la **verdad** apare-

cen en el primer renglón de la carta. «El anciano» no tenía la intención de que su carta fuera una exposición abstracta de principios. No era una iglesia institucional lo que deseaba fortalecer; su preocupación eran las personas a las que conocía y amaba. Al mismo tiempo que Juan elevó sus motivos por encima del nivel institucional, **la verdad** abrazada por todos los que pertenecían a Cristo era más que una palabra bonita. La palabra «verdad» abarca doctrina y una confesión común. Dos factores primordiales unían a los hijos de la señora elegida: 1) el amor que le tenían a Él y unos por otros y 2) la confesión común de fe que todos hacían.

**Versículo 2.** Vale la pena hacer notar el énfasis en «verdad» (ἀλήθεια, *alētheia*). La palabra aparece cuatro veces en los versículos 1 al 3. Juan y sus lectores sabían que las iglesias habían sido perturbadas por aquellos que afirmaban componentes de la enseñanza cristiana pero que negaban elementos clave. Juan dejó claro que, por muy importante que sea el amor para la vida cristiana, no puede abrazarse ante el sacrificio de la verdad. Al comentar sobre el concepto de verdad en las tres cartas de Juan, I. Howard Marshall enfatizó que la verdad es un concepto eterno que encuentra expresión en el ser de Dios, sin embargo, en el proceso se negó a sacrificar el componente mundano de la verdad a una realidad divina superior. La verdad abarca el testimonio humano. Refleja la realidad de los hechos presenciados por las personas. Marshall lo resumió de la siguiente manera: «La verdad, entonces, equivale a una expresión de Dios, como realidad última, sin embargo, también de lo que es correcto en contraposición a lo que es falso».<sup>1</sup>

La verdad no es incidental a la profesión cristiana. **La verdad**, dijo Juan, **permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros**. Brooke Foss Westcott hizo notar: «El apóstol se identifica de inmediato con toda la sociedad de los fieles».<sup>2</sup> Mientras es participe de la era presente, el creyente vive en la verdad; sin embargo, además, la verdad tiene una verdad eterna. Jesús había dicho: «Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que

esté con vosotros para siempre» (Jn 14.16). Pablo agregó: «Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros» (Ro 8.11). La morada de la verdad y la morada del Espíritu son interdependientes. Jesús y Sus apóstoles usaron palabras similares para afirmar la morada de cada uno.

**Versículo 3.** La segunda carta de Juan, a diferencia de la primera, comienza con las convenciones estándar asociadas con una carta. Se identificó en las palabras iniciales, no dejándolo para el final como en la práctica moderna. A continuación, especificó a sus lectores: «a la señora elegida y a sus hijos». En tercer lugar, el apóstol extendió sus mejores deseos con el tipo de enfoque cristiano que se espera de un discípulo de Cristo y un anciano en Su iglesia. Así como la verdad permanece en los creyentes y estará con ellos para siempre, **la gracia, misericordia y paz, de Dios Padre y del Señor Jesucristo, Hijo del Padre** estará con nosotros. Pablo comúnmente comenzaba sus cartas, diciendo: «Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo» (vea 2ª Co 1.2). A Timoteo le amplió el saludo agregando una palabra, «Gracia, misericordia y paz» (1ª Ti 1.2). Pedro extendió «gracia y paz»; sin embargo, añadió, «os sean multiplicadas» (2ª P 1.2; vea 1ª P 1.2). El saludo de Juan a la «señora elegida» cae dentro de las convenciones de las cartas que se encuentran en otros lugares.

**Versículo 4.** Cuando Juan escribió, **Mucho me regocijé porque he hallado a algunos de tus hijos andando en la verdad**, la implicación era que algunos de ellos no lo estaban haciendo. La palabra «algunos» no es una adición arbitraria. La gramática de la oración griega lo requiere. El apóstol no abandonó la «verdad» como un ingrediente necesario para una vida piadosa. ¿Qué se requiere de quien anda en la verdad? Juan ampliaría el concepto en el versículo 6. Andar en la verdad es andar según los mandamientos de Dios. El apóstol unió el amor, la verdad y ahora la obediencia.

Juan dejó claro que el mensaje que predicaba no lo había creado él mismo. Había recibido el **mandamiento** del Padre. Cuando el apostolado de Pablo fue desafiado, respondió diciendo: «Con todo, las señales de apóstol han sido hechas entre vosotros en toda paciencia, por señales, prodigios y milagros» (2ª Co 12.12). Juan no usó la palabra «apóstol» de sí mismo ni de cualquiera de los Doce

<sup>1</sup> I. Howard Marshall, *New Testament Theology: Many Witnesses, One Gospel (Teología del Nuevo Testamento: Muchos testigos, un solo evangelio)* (Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2004), 537.

<sup>2</sup> Brooke Foss Westcott, *The Epistles of St John: The Greek Text with Notes and Essays (Las epístolas de San Juan: el texto griego con notas y ensayos)*, 3ª ed. (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1892), 225.

en su Evangelio y sus cartas. Sin embargo, no dudó en afirmar que lo que hacía y decía entre las iglesias era el resultado de los mandamientos **del Padre**. Como Pablo (1ª Co 2.13), Juan estaba consciente de su misión apostólica. Los mandamientos que transmitió «a la señora elegida y a sus hijos» tenían la autoridad de Dios detrás de ellos.

**Versículo 5.** Habiendo afirmado que lo que enseñaba era el «mandamiento» de Dios, Juan se detuvo en la palabra. El término «mandamiento» aparece en el versículo 5 y dos veces más en el versículo 6. En 1ª Juan 2.7, 8, el apóstol explicó que no les estaba **[escribiendo] un nuevo mandamiento**. Era el mismo mandamiento antiguo que había guiado al pueblo de Dios en días pasados: «amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová» (Lv 19.18). Sin embargo, el antiguo mandamiento había cobrado vida cuando Jesús de Nazaret reveló el valor de los seres humanos y el amor que Dios tenía por ellos en Marcos 12.31, a saber «Y el segundo [mandamiento] es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que estos». Solo cuando era definido correctamente, el apóstol tenía un nuevo mandamiento para proclamar.

En su segunda carta, Juan no dio más detalles sobre el nuevo mandamiento como lo había hecho en la primera; sin embargo, fue claro. El nuevo mandamiento de Dios emanaba de un mandamiento antiguo. Era, dijo Juan, **el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros**. En su primera carta, el apóstol escribió: «Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad» (3.18). En su segunda carta, el amor y la verdad se presentan como componentes inseparables de una vida piadosa. El amor mutuo jamás debe ser relegado a una emoción del corazón que va y viene. Es una disposición firme, una respuesta a los mandamientos de Dios. Debido a que se le manda al cristiano que lo haga, éste puede mirar con favor a alguien que está perdido, solo y doliéndose. Puede proporcionarle pan para que coma o un camastro donde pueda dormir. Aprender a hablar de amor no es lo mismo que aprender a amar.

**Versículo 6.** Ya el apóstol había expresado su agradecimiento y admiración por «los hijos» de «la señora elegida» (v. 1) porque encontró a algunos de ellos «andando en la verdad» (v. 4). Es importante hacer notar dos asuntos: 1) La verdad es un camino dentro de cuyos límites el cristiano ha de pisar. 2) Amar a Dios por definición es **[andar]**

**según sus mandamientos**. Si no es del todo exacto definir «verdad» y «amor» completamente en términos de comportamiento, es exacto decir que ninguno de los dos tiene un significado divorciado del comportamiento. Instintivamente, las personas entienden que palabras como «verdad», «amor» y «fe» no tienen sentido a menos que encuentren expresión en el comportamiento.

En el musical «El violinista en el tejado», el viejo judío ruso Tevye acababa de darle permiso al pobre joven Perchik para casarse con su hija Hodel. A su esposa Golde no le agradó el asunto. Tevye justificó su concesión de permiso diciendo que Hodel amaba a Perchik; y luego el anciano le preguntó a su esposa: «¿Me amas?». Golde se sorprendió. Era una pregunta tonta de hacer ahora, dijo. Ella prosiguió: «Durante veinticinco años, lavé tu ropa, cociné tus comidas, limpié tu casa, te di hijos, ordeñé la vaca, después de veinticinco años, ¿por qué hablar de amor ahora?». Tevye no se desanimaría. «Pero mi padre y mi madre dijeron que aprenderíamos a amarnos. Y ahora te pregunto, Golde, ¿me amas?».

«¿Lo amo?», preguntó Golde. «Durante veinticinco años, he vivido con él, peleado con él, sufrido hambre con él. [Durante] veinticinco años, mi cama es de él. Si eso no es amor, ¿qué es?». Los dos, Tevye y Golde, decidieron que, de hecho, se amaban. Al final, dijeron juntos: «No cambia nada; sin embargo, aun así, después de veinticinco años, es bueno saberlo».

Veinticinco años de matrimonio les habían enseñado a Tevye y Golde algo sobre el significado del amor. El amor no se puede invocar con un simple mandamiento, sin embargo, se les puede mandar a las personas que hagan cosas. Es más fácil hacer lo que se nos ha dicho que sentir como si se nos ha ordenado. Esto es lo que los cristianos no deben pasar por alto: las acciones a menudo incitan a las personas a experimentar ciertas emociones. El comportamiento es padre de los sentimientos al menos tan a menudo como los sentimientos son padre del comportamiento. El apóstol Juan les mandó a los cristianos que anduvieran en amor; les dijo que alimentaran a los hambrientos y vistieran a los desnudos. **Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio**. Juan sabía que andar en amor obedeciendo los mandamientos cuando era necesario tenía el poder de invocar el amor en la persona interior.

## Permanecer en las enseñanzas de Cristo

Para ser seguidores de Cristo, las personas tienen que obedecer el mandamiento de amarse unos a otros, sin embargo, el amor es una respuesta compleja. Puede querer decir alimentar y vestir a los pobres, sin embargo, también puede querer decir adoptar una postura a favor de lo que es verdadero y correcto. En los primeros versículos de su carta, Juan dejó claro que no estaba dispuesto a comprometer el mandamiento de Dios de que los creyentes se amaran unos a otros. Al mismo tiempo, ni los hombres ni Dios habían sido servidos cuando los creyentes respaldaban a aquellos que comprometían intolerablemente la confesión que une a los cristianos en un mismo cuerpo. Los versículos 7 al 11 de la segunda carta de Juan dirigen la atención a los anticristos. Era falsos profetas. El andar cristiano requiere que los creyentes amen a los necesitados. También les exige dejar claro que rechazan a quienes comprometen la verdad.

**<sup>7</sup>Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo. <sup>8</sup>Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo. <sup>9</sup>Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo. <sup>10</sup>Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! <sup>11</sup>Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras.**

**Versículo 7.** La necesidad de que Juan escribiera a «la señora elegida y a sus hijos» (v. 1a) había surgido porque el engañador, el anticristo, [había] salido por el mundo. El apóstol claramente

no tenía a nadie en mente. **Porque muchos engañadores**, dijo, «han salido por el mundo». Juan estaba escribiéndoles a sus contemporáneos. En la medida en que los engañadores y anticristos continúen acosando con sus mercancías, su mensaje proporciona advertencias para hoy. La Biblia desconoce por completo las teorías inventadas e instrucciones emocionantes sobre un rapto y un reinado milenarismo de Cristo al final de la era. Juan ya había escrito: «así ahora han surgido muchos anticristos» (1ª Jn 2.18). Ya había advertido: «muchos falsos profetas han salido por el mundo» (4.1). Según los cálculos de Juan, cualquiera que hiciera causa común con el diablo (3.8) negando **que Jesucristo [había] venido en carne era el engañador y el anticristo.**

Juan había escrito en positivo: «Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios» (4.2). En negativo, había dicho que cualquiera que no hiciera esa confesión era «del anticristo». El apóstol había aclarado aún más diciendo que el espíritu del anticristo ya estaba entre ellos (4.3). En 2ª Juan 7, más claramente que en cualquier parte de la primera carta, el apóstol expuso la postura doctrinal de los anticristos y cómo se desviaba del mensaje apostólico. Negaban que Jesús hubiera venido en carne.

En el versículo 7 se usan dos participios presentes: οἱ μὴ ὁμολογούντες (*hoi mē homologountes*, «los que no confiesan») y ἐρχόμενον (*erchomenon*, «viniendo»). La Reina-Valera traduce el primero, **que no confiesan**. Lo que no confesaban era que Jesucristo había venido en la carne. Es poco probable que la disputa de Juan con los anticristos fuera el resultado de no enseñar que Jesucristo vendría en la carne al final de los tiempos. El hecho de que Jesús estuviera en la carne cuando viniera nuevamente al final de los tiempos no era

un problema. Más probablemente, Juan acusó a los engañadores de negar que Jesús había estado en la carne durante Su ministerio terrenal. (Vea 1ª Jn 4.2.) Siendo ese el caso, su uso del participio presente *erchomenon* plantea algunas preguntas.

Un participio presente en griego considera la vida de Jesús en la carne de una manera dinámica. Su «venida» constituía un proceso continuo y en desarrollo. El problema es que, desde la perspectiva de Juan, la vida de Jesús estaba en el pasado. Se espera que el autor haya utilizado un aoristo o un participio perfecto. Jesús «había venido» en carne, o quizás «vino» en carne. ¿Por qué Juan habría usado un participio presente para referirse a la vida de Jesús, una vida de la que ya no se podía hablar como en desarrollo? El uso del participio presente, «venido», se vuelve más fácil de entender cuando se lee en estrecha conexión con el primer participio, los «que no confiesan». Los engañadores y anticristos se negaban a confesar que la vida de Jesús alguna vez había sido una en la que Su vivir había sido un proceso dinámico en la carne. Los anticristos negaban que el Hijo de Dios hubiera participado alguna vez de carne y sangre humana. Probablemente sostenían, incluso en esta fecha temprana, que Jesús solo pareció estar en la carne.

**Versículo 8.** Los lectores de Juan habían de guardarse contra la arrogante sensación de haber llegado a su destino espiritual. Se les advirtió: **Mirad por vosotros mismos.** Los cristianos siempre han de estar atentos en dos frentes. Primero, han de esperar el regreso del Señor. En segundo lugar, han de mirar por sus propios pasos para no apartarse de Él. Con la misma certeza de que los lectores de Juan habían «nacido de Dios» (1ª Jn 5.4), necesitaban enfrentar la posibilidad de que el diablo los reclamara. Juan los instó a cuidarse de **no [perder] el fruto de [su] trabajo.** Para recibir el **galardón completo**, era necesaria la perseverancia. Juan y su hermano Jacobo (Mr 13.3) habían estado entre un grupo de discípulos en el monte de los Olivos que habían escuchado a Jesús decir: «Porque se levantarán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si fuere posible, aun a los escogidos» (Mt 24.24).

A Juan le preocupaba que sus lectores no «[recibieran] galardón completo» de Cristo cuando Éste regresara. Por muy importante que sea para los creyentes reconocer que la vida en el reino de Dios ya ha comenzado, Juan también quería que se dieran cuenta de que se avecinaba algo más.

Las bendiciones del fin de los tiempos aún no se han cumplido por completo. Hacer la voluntad de Dios es vivir para siempre en otro mundo (1ª Jn 2.17); es tener vida eterna. El apóstol les recordó a sus lectores que, «cuando [Cristo] se manifieste», morarían con Él. «En su venida», habrá bendiciones que serían cumplidas (1ª Jn 2.28; 3.2).

La frase que Juan usó para bendiciones siendo cumplidas al final de los tiempos fue *μισθὸν πλήρη* (*misthon plērē*, «galardón completo»). Sin embargo, la palabra *μισθός* (*misthos*) quiere decir literalmente «salario». Es la palabra que se usa, por ejemplo, en Lucas 10.7: «el obrero es digno de su salario». (Vea Jn 4.36; Stg 5.4.) Los teólogos han sido reacios a equiparar la vida eterna, la salvación del pecado, con el salario. Han leído las epístolas de Pablo. La salvación, dicen, es por gracia. Por tanto, no puede ser el pago de un salario. Como resultado, cuando *misthos* se usa en la Biblia para la vida eterna prometida a los creyentes en la aparición del Señor, los traductores recurren a otra palabra que no sea «salario». En 2ª Juan 8 y en otros lugares, han elegido la palabra más suave «galardón».

Walter Bauer reconoció que *misthos* a veces quiere decir «pago por trabajo realizado», sin embargo, agregó una segunda definición. También quiere decir, dijo, «la recompensa dada (mayormente por Dios) por la calidad moral de una acción» y «galardón».<sup>1</sup> La distinción que hizo entre recompensa como «pago» y recompensa como «galardón» está finamente trazada, en el mejor de los casos. «Pago por trabajo realizado» parece ser lo mismo que «recompensa otorgada [...] por la calidad moral de una acción».

La palabra *misthos* aparece solo en 2ª Juan 8 en las cartas del apóstol. Sin embargo, en su aparición singular, Juan llamó a los lectores a reconocer que la gracia tiene que entenderse como incorporando alguna noción de ser galardonado por lo que uno ha hecho en la carne. (Vea Ro 2.13; 2ª Co 5.10.) La gracia incorpora la comprensión de que las obras que uno realiza durante su peregrinaje en el presente siglo tiene algo que ver con ser salvo del pecado en el siglo venidero. Con la gracia así entendida, Juan instó a sus lectores a estar siempre alerta para que pudieran «[recibir] galardón

<sup>1</sup> Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Léxico griego-inglés del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva), 4ª ed., rev. y ed. William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich (Chicago: University of Chicago Press, 1957), 525.

completo».

**Versículo 9.** La premisa sobre la que se basan los versículos 8 y 9 es la siguiente: En la aparición de Cristo al final de los tiempos, alguien que ha nacido de Dios podría recibir un galardón completo, o puede que pierda el salario que esperaba ganar. No andar en los mandamientos de Dios es perder el galardón, el galardón es la vida eterna (1ª Jn 2.25). Los falsos profetas, o alternativamente, los anticristos, no habían **[perseverado] en la doctrina de Cristo**. No habían reconocido que Jesús había venido en carne. Como resultado, ellos y aquellos a quienes influenciaban estaban en peligro de perder lo que habían logrado. Dios se había acercado a ellos por gracia en Cristo; sin embargo, para recibir un galardón, todavía les quedaba algo por lograr. Los anticristos **se habían [extraviado]**. No habían «[perseverado] en la doctrina de Cristo». Juan les advirtió a sus lectores que no los siguieran.

En lugar de «la doctrina [διδασχῆ, *didachē*] de Cristo», la NASB consigna la frase «la enseñanza de Cristo». Doctrina y enseñanza equivalen a lo mismo; sin embargo, «doctrina» es una palabra que ha caído en desgracia en algunos círculos de la iglesia hoy. Las doctrinas son lo que distinguen a los cristianos como pueblo de Dios. Es su enseñanza. Cuando la doctrina es separada de la enseñanza cristiana o del comportamiento cristiano, los creyentes corren el riesgo de perder su galardón.

Abrazar la doctrina o la enseñanza de Cristo y Sus apóstoles, dijo Juan, es tener a Dios. Permanecer en Dios quiere decir permanecer en Su enseñanza. Obedecer Sus mandamientos es tener tanto al Padre como al Hijo. Conocer al Padre es conocer al Hijo; **el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo**. Los anticristos se habían extraviado. La doctrina de Cristo, declaró Juan, no es infinitamente maleable. El reconocimiento de que Jesús de Nazaret fue divino mientras estuvo en la carne, que murió por el pecado humano, que vendrá nuevamente, estas doctrinas no están sujetas a negociación. La moral cristiana no está sujeta a adaptación. La iglesia necesita mantener un delicado equilibrio entre las costumbres que pueden ser cambiadas y la confesión que no.

**Versículos 10, 11.** En este versículo, el propósito de 2ª Juan es más evidente. Los maestros estaban haciendo exigencias a los cristianos. Esperaban ser recibidos en los hogares y apoyados en su enseñanza. Juan instruyó a esta iglesia a apoyar solo a aquellos que predicaban lo que los emisarios de Cristo habían predicado, el mensaje que habían

recibido desde el principio.

Cuando Juan escribió: **Si alguno viene a vosotros...**, se estaba dirigiendo a un escenario en el que los anticristos, falsos profetas, aparecían a las «puertas» de las iglesias. El «vosotros» es plural, a pesar de que estaba escribiéndole a una congregación en particular. «La señora elegida y sus hijos» abarcaba a todos en la iglesia (v. 1). Lo que era cierto para la congregación a la que se dirigía también lo era para otras iglesias.

Desde las primeras palabras de la carta, Juan había enfatizado el amor cristiano de unos por los otros (v. 5); sin embargo, ese amor por los hermanos en la fe había de obrar dentro de los parámetros de la verdad, la **doctrina** y la enseñanza que Cristo había revelado. Los anticristos que no «[perseveraban] en la doctrina de Cristo» (vv. 7, 9) no habían de recibir la misma hospitalidad y apoyo de la iglesia que los maestros que optaban por «perseverar en la doctrina» y que, en consecuencia, participaban en la comunión del «Padre y [el] Hijo» (v. 9). Como escribió J. W. Roberts, «la comunión cristiana unos con otros y con el Padre se basa en la recepción del mensaje del Señor encarnado (1ª Jn 1.1–4). Cualquiera que niegue que Jesucristo ha venido en carne no presenta esa base de comunión».<sup>2</sup> Si bien «comunión» es una palabra que no se encuentra en 2ª Juan, aparece cuatro veces en los primeros versículos de la primera carta de Juan (1ª Jn 1.1–7). Cuando el apóstol escribió sobre decirles «¡Bienvenidos!» en la segunda carta, aparentemente quiso decir lo mismo que quería decir comunión en la primera carta.

Juan ya les había advertido a «la señora elegida y a sus hijos» que «[miraran] por vosotros mismos» (v. 8), sin embargo, necesitaba ampliar la advertencia. Cuando Juan escribió acerca de un anticristo que aparecía sin ser invitado y no traía la enseñanza de Cristo, el apóstol dio esta instrucción: **no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido!** Pablo tenía palabras similares para la iglesia de Corinto con respecto a un hombre que había tomado a la mujer de su padre como suya (1ª Co 5.1). Pablo instó a la iglesia a «no [juntarse] con ninguno que, llamándose hermano, fuere fornicario, o avaro, o idólatra, o maldiciente, o borracho, o ladrón; con el tal ni aun comáis» (1ª Co 5.11). Ni las iglesias contemporáneas de Juan ni

---

<sup>2</sup>J. W. Roberts, *The Letters of John (Las cartas de Juan)*, The Living Word Commentary (Austin, Tex.: R. B. Sweet Co., 1968), 164–65.



las iglesias de hoy pueden extender la comunión a aquellos que comprometen la forma de vida que Cristo ha dado a Su pueblo o la confesión que Él desea que hagan.

Lo que para una iglesia signifique extender su comunión constituye un asunto difícil. Ciertamente incluye compartir la mesa. Pablo dijo que los creyentes no debían comer con tales personas, y Juan instó a que no fueran recibidos ni bienvenidos en los hogares. ¿Cómo ha de tratarlos la iglesia cuando se reúnen? La asamblea de la iglesia recibe a los incrédulos. La esperanza es que, en la asamblea, aprendan de Cristo y lleguen a la fe y la obediencia (1ª Co 14.23). ¿Aplica la misma regla a aquellos que son «supuestos hermanos», pero que comprometen la enseñanza cristiana o el comportamiento cristiano? Según Juan, no es así. Invitar a un anticristo a hablar o guiar a la iglesia en la adoración de alguna otra manera sería una expresión de respaldo al menos tan importante como saludarlo y compartir la mesa con él.

Con una breve declaración, Juan explicó por qué «la señora elegida y [...] sus hijos» no debían decirles **¡Bienvenidos!** a los falsos profetas. Cuando los cristianos reciben a otros con todo lo que implica recibirles, Juan dijo que un hermano o una hermana **participa en sus malas obras**, las obras de un anticristo. Es difícil escapar a la conclusión de que apoyar y animar a quien transige fundamentalmente las enseñanzas del Nuevo Testamento es ser partícipes de los frutos de su vida. Con brindar su apoyo indiscriminadamente, un cristiano podría deshonorar el nombre del Señor en quien espera y derribar el camino de vida que el Señor le pide que mantenga.

Lo que Juan no respondió es lo siguiente: ¿En qué punto la desviación de la doctrina cristiana y del camino de Cristo califica a alguien como anticristo? En 1ª Corintios 8 y Romanos 14, Pablo instruyó a los creyentes sobre cómo tratarse unos a otros cuando asuntos de conveniencia y asuntos de conciencia chocan. El no aplicar correctamente las enseñanzas de Pablo y Juan resulta a veces en una división innecesaria, y otras veces en un compromiso infructuoso y peligroso de las enseñanzas cristianas. La aplicación de las enseñanzas tiene que estar en manos de la sabiduría y el juicio de los dirigentes de cada iglesia.

---

(Viene de la página 8)

Al mismo tiempo, la palabra, o una similar, es necesaria para referirse al concepto de que Dios es uno; y al mismo tiempo, se ha manifestado como tres. «Trinidad» es una palabra que los creyentes han acuñado para expresar la realidad presentada en el Nuevo Testamento. El cristianismo no es una religión estrictamente monoteísta, al menos no en el orden del judaísmo o el islam. La Biblia enseña, y los cristianos creen, que Dios es tres. Al mismo tiempo, creen que Él es uno. Han tenido dificultades por aclarar cómo esto puede ser cierto. Al final, el atractivo es el misterio. La Trinidad es parte del misterio atemporal de Dios, un aspecto de Su Ser que sobrepasa el entendimiento humano. Los cristianos conocen lo divino sólo en la medida en que Él se ha revelado. A los creyentes pasados y presentes, Él se les ha revelado como el hijo de José y María, como el Espíritu empoderador y como Dios el Padre.

**Versículo 21.** A primera vista, el versículo final de 1ª Juan parece ser una declaración totalmente desconectada del contexto. Juan no había mencionado previamente a los ídolos. Sin embargo, es posible que el contexto del atractivo de Juan provenga del contexto social e histórico de sus lectores más que de la carta en sí. La declaración en 4.12, «Nadie ha visto a Dios jamás», podría ser una referencia indirecta a la idolatría. En el mundo de Juan y sus lectores, los paganos veían a sus dioses a su alrededor en las estatuas y templos que estaban por todas partes.

Habría sido más fácil para los primeros lectores de Juan tomar las palabras **Hijitos, guardaos de los ídolos** de manera literal que para los lectores modernos del mundo occidental. Sin embargo, es cierto que la idolatría en la Biblia abarca más que la adoración literal de imágenes. Ezequiel les advirtió a sus iguales judíos acerca de cómo Dios responde a un hombre de acuerdo con los ídolos que ha puesto «en su corazón» (Ez 14.4). Pablo advirtió contra la «avaricia, que es idolatría» (Col 3.5). Quizás, en sus palabras finales, Juan lanzó una acusación final contra los falsos profetas, los anticristos. Se habían hecho dioses a sí mismos, ídolos tan seguros como los dioses que adoraban los paganos.

## Conclusión

**<sup>12</sup>Tengo muchas cosas que escribiros, pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara, para que nuestro gozo sea cumplido.**

**<sup>13</sup>Los hijos de tu hermana, la elegida, te saludan. Amén.**

**Versículo 12.** «El anciano» parece haber conocido bien a la iglesia a la que se dirigió en la presente carta, «la señora elegida y [...] sus hijos» (v. 1). Dijo, **Tengo muchas cosas que escribiros.** Quizás tenía la intención de que la carta circulara más allá de la congregación a la que se dirigía principalmente. Su tono era casi de disculpa por su incapacidad para estar presente en la iglesia en persona. Tanto el autor como los lectores parecen haber valorado la presencia de una persona viva que dirá la palabra más que el **papel y [la] tinta.** Parece haber una suposición tácita de que una palabra pronunciada en persona tenía más valor que una escrita. «El anciano» anhelaba el momento en que pudiera **ir a vosotros y hablar cara a cara.**

Fue evidente una confianza similar en la palabra hablada en comparación con la palabra escrita cuando la iglesia de Jerusalén envió una carta a la iglesia en Antioquía de Siria (Hch 15.19, 20). La carta fue encomendada a Pablo y Bernabé, sin embargo, además de la carta, la iglesia de Jerusalén seleccionó a dos hombres, Judas y Silas, para enviarlos con ellos (15.22). Aparentemente, eran las voces vivas que iban a dar testimonio de la verdad de lo que estaba en la carta. La carta escrita servía para expresar la instrucción de los apóstoles en forma precisa. Las voces vivas testificaban que la carta no había sido falsificada ni modificada. Las

palabras de personas reales y vivas eran valoradas más que las palabras escritas en papel. La comunicación escrita era relativamente nueva y cara en el mundo antiguo. Una voz viva proporcionaba una seguridad y un toque personal que un papel no podía dar.

En una época en la que extraños sin rostro se comunican entre sí mediante el correo electrónico y las redes sociales, los insultos tajantes tienden a prevalecer. Pocos participantes en estos intercambios en los medios parecen estar preocupados de que el **gozo** [de alguien] **sea cumplido.** Segunda de Juan constituye una comunicación cuidadosa y reflexiva; sin embargo, el autor intuyó que, si estuviera presente con sus lectores, el matiz de su voz, su sonrisa y sus gestos suavizarían las palabras que había comprometido con «papel y tinta».

**Versículo 13.** La **hermana, la elegida,** aparentemente era la iglesia donde el mismo Juan era miembro. La referencia a una «hermana, la elegida» al final de la carta brinda apoyo para entender a la «señora elegida» en el primer versículo como una congregación específica a la que se dirigía el apóstol. Para Juan, ni «la señora elegida» ni su «hermana, la elegida» eran entidades que solo podían responder ante Cristo. Las iglesias muy separadas por el tiempo o la distancia se aman unas a otras y se apoyan unas a otras cuando surgen dificultades. Dependen unas de otras para la corrección y la enseñanza. Las iglesias del Nuevo Testamento no tienen una sede central para controlar la propiedad y distribuir regulaciones, sin embargo, tampoco son entidades completamente independientes que se ocupan únicamente de sus propios asuntos.

# Lecciones para hoy de 2ª Juan

### **La esencia del conocimiento (vv. 1, 2)**

Juan comenzó la presente carta diciendo: «El anciano a la señora elegida y a sus hijos, a quienes yo amo en la verdad; y no sólo yo, sino también todos los que han conocido la verdad, a causa de la verdad que permanece en nosotros, y estará para siempre con nosotros» (vv. 1, 2). En estos dos versículos, se refirió a la «verdad» tres veces. Para Juan, conocer la verdad era un componente esencial de la vida con Cristo.

*La verdad ha de ser creída y vivida.* Conocer la verdad es un proceso de toda una vida. Una persona no aprende la verdad en cinco sencillos pasos, como tampoco aprende a ser electricista o pianista en cinco sencillos pasos. Captar y vivir la verdad es un proceso de maduración. Así como un pianista aprende a encontrar satisfacción en lo que hace, un cristiano aprende a encontrar gozo en vivir la piedad.

El autor de Hebreos animó a sus lectores a ir más allá de los conceptos básicos del evangelio. También los reprendió por no madurar y crecer en su fe. «Porque debiendo ser ya maestros», escribió, «después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido» (He 5.12).

*Jesús les dijo a Sus discípulos que la libertad constituye el galardón para aquellos que conocen la verdad.* La libertad es parte del gozo que proviene del conocimiento. A medida que crecemos en nuestro conocimiento de Cristo y nuestro conocimiento de Su voluntad, maduramos. La madurez va acompañada de una vida satisfactoria y gratificante en Cristo. Jesús les dijo a Sus seguidores: «... y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Jn 8.32).

Juan se enfrentó a una compañía de maestros que habían invadido comunidades cristianas. Los llamó «anticristos». Habían comprometido la verdad. Su doctrina, sus enseñanzas, no profesaban que Jesús viviera en la carne. La verdad fue el tema de Juan cuando escribió: «Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo» (v. 9).

*Desde la perspectiva de Juan, la verdad no constituía una experiencia subjetiva.* Si una declaración era cierta, lo era para todos. La forma en que Cristo había sido revelado estaba allí para ser entendida. Una proposición no es necesariamente cierta porque las personas creen sinceramente que es verdad. El crecimiento, la madurez, la satisfacción y el gozo en la vida cristiana comienzan con la autodisciplina y el aprendizaje.

Algunas verdades son básicas para ser cristianos. Para ser salvo, hay algunas cosas que una persona tiene que saber. Tiene que saber que Jesús fue el Hijo de Dios. Tiene que creer que Jesús murió por el pecado y que resucitó de entre los muertos. Para ser salvo, una persona tiene que saber que el pecado lo separará de Dios. Tiene que arrepentirse del mal que ha hecho a otros. Tiene que convertirse en una persona honesta y decente. Tiene que obedecer al Señor siendo bautizado para la remisión de sus pecados.

Duane Warden

### **El amor nace del conocimiento (v. 6a)**

El conocimiento es el primer elemento esencial para una vida cristiana gozosa, sin embargo, tener conocimiento no es suficiente.

*Es un error pensar que ser cristiano consiste únicamente en aclarar algunos hechos.* Un creyente aprende a amar. Pablo dijo: «en parte conocemos» (1ª Co 13.9). Vivir como cristiano requiere el conocimiento

de hechos, sin embargo, también consiste en la aplicación del conocimiento al corazón.

*No es sólo la mente, sino también el corazón lo que tiene que pertenecer a Dios.* Si algún creyente ha de gozar del «galardón completo» de la vida cristiana, el corazón tiene que cambiar. De todas las emociones que conmueven los corazones humanos, Juan puso el amor en primer plano. Haciendo así, se hacía parte de lo convencional en lo que respecta el mensaje bíblico, desde Jesús hasta Pablo. En sus cartas, Juan enfatizó tanto la verdad como el amor. El apóstol no tenía un mandamiento nuevo incluso cuando insistió en que, en Cristo, la palabra «amor» había sido ampliada y redefinida. Llamó al nuevo mandamiento «el que hemos tenido desde el principio» (v. 5). El mandamiento nuevo era el antiguo que tenían los creyentes desde el principio. Decía que debían «[amarse] unos a otros». El apóstol continuó diciendo: «Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos» (v. 6a).

*El «galardón completo» que gozan los cristianos proviene de cultivar el poder del amor que sigue al conocimiento.* Ningún cristiano debe pasar por alto la importancia de cultivar el amor en su vida. Un creyente puede y tiene que crecer en amor todo el tiempo. El amor no es algo que algunas personas simplemente tienen de manera misteriosa. Conocer a Cristo es desear amar; es aprender a amar. El amor es tan amplio y esquivo como el conocimiento.

*Conclusión.* Los creyentes no se sientan en algún momento y dicen: «¡Listo! Lo he hecho. He amado. He obedecido el mandamiento de Dios. He dominado el conocimiento y el amor. Pasemos al siguiente mandamiento». Así como los creyentes «conocen en parte», también aman en parte. Los cristianos jamás amarán perfectamente; sin embargo, por la gracia de Dios, tal vez podrían decir que conocen más y aman más profundamente hoy que ayer.

Duane Warden

### **Conocimiento, amor y obediencia (v. 6b)**

El galardón completo de la vida cristiana era y es una cuestión de conocimiento siendo obtenido y de emociones siendo cultivadas. Aún así, hay un elemento más.

*Goza del galardón completo de estar en Cristo requiere que los creyentes acojan los mandamientos que han de ser obedecidos.* El apóstol escribió: «Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio» (v. 6b).

*La palabra «andar» se usa muchas veces en el Nuevo Testamento, sin embargo, rara vez quiere decir moverse*

*con los pies.* Consistentemente, se refiere al tipo de vida que llevan las personas. En su segunda carta, el apóstol les dijo a sus lectores, en resumen, «Han de andar en los mandamientos de Dios. Han de andar en la verdad. Han de andar en amor».

*Independientemente de lo que se piense acerca de los mandamientos de los hombres, los mandamientos de Dios son más fáciles de aceptar.* Dios no emite reglas arbitrarias. No da mandamientos porque desee aprovechar las debilidades o quitar los momentos alegres. Los mandamientos de Dios, como los mandamientos de buenos padres para sus hijos, son para nuestro beneficio. Los hijos necesitan mandamientos porque necesitan orientación.

Cuando las personas compran un artículo útil para la casa que requiere auto-ensamblaje, esperan ver un manual de instrucciones. La experiencia enseña que las cosas más complejas de la vida vienen sin folletos instructivos. Cuando un hombre y una mujer se casan, no se les proporciona un manual que les diga cómo tener una buena vida. Cuando llega un hijo, ningún manual les dice cómo ser buenos padres. La vida misma no tiene un manual de instrucciones, a menos que sea en la forma de la auto-revelación de Dios en la Biblia. Los mandamientos de Dios son Su manual de instrucciones.

*Conclusión.* Al obedecerle, los creyentes descubren lo que significa heredar un galardón completo. Primero, dijo Juan, está la verdad. Los seguidores de Cristo necesitan reconocer que la verdad es esencial para aquellos que desean gozar de las bendiciones de Dios. Después de la verdad, los creyentes han de cultivar y crecer en su amor los unos por los otros. Finalmente, la herencia de un galardón completo requiere que los creyentes acojan de corazón los mandamientos de Dios. En la verdad, la obediencia y el amor, hay vida.

Duane Warden

### **La madurez constituye el galardón completo (v. 8)**

Las cosas más valiosas y agradables de la vida requieren mucha paciencia y habilidad. Una persona toca el piano maravillosamente. Otros son carpinteros calificados o maestros. Personas que se enorgullecen de su trabajo, que encuentran satisfacción en lo que hacen, tropiezan y se esfuerzan durante décadas para perfeccionar sus habilidades. Con el tiempo, nadie completa una tarea de la manera exacta en que lo hacen los demás. Las personas que practican, que se esfuerzan

y que aprenden de sus errores se convierten en maestros en su oficio.

*Quienes hacen bien su trabajo tienen esto en común:* son maduros, no necesariamente en edad, sino en habilidades. No solo se les paga bien por lo que hacen, también encuentran satisfacción y gozo en ello. Pocas personas gozan haciendo lo que hacen mal. Ser cristiano no es exactamente lo mismo que hacerse electricista, un instalador de tuberías o un virtuoso músico; sin embargo, hay similitudes. La vida en Cristo es más que aprender una habilidad, sin embargo, existen algunos paralelismos entre quienes dominan un oficio y quienes se dedican a Jesús de Nazaret. Tiene lugar un proceso de maduración. El cristiano necesita aprender y crecer. Pedro terminó su segunda carta, diciendo: «Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo» (3.18).

*Los creyentes descubren que la madurez trae satisfacción y gozo a la vida cristiana.* Dios galardona a Su pueblo tanto en este mundo como en el venidero. Es notable la cantidad de veces que los autores del Nuevo Testamento usaron la palabra «gozo». En su segunda carta, Juan les recordó a sus lectores el «galardón completo» de estar en Cristo. Es un galardón que abarca el aquí y el ahora además de reposar con Cristo en el siglo venidero. «Mirad por vosotros mismos», escribió el apóstol, «para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo, sino que recibáis galardón completo» (v. 8).

Duane Warden

### **Nada más que la verdad (2ª Jn)**

A los testigos en los tribunales de justicia de los Estados Unidos se les pide que juren decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Las iglesias y los predicadores también tienen que decidir decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. El mundo actual tiene un problema con la verdad, un problema para el que el mensaje de 2ª Juan tiene la solución.

*El problema: falta de interés en la verdad.* La tendencia actual es minimizar la importancia de la verdad en el cristianismo. Una vez era posible conversar nuestras diferencias con nuestros vecinos religiosos; hoy, en cambio, los miembros de varios grupos religiosos parecen saber poco sobre cuestiones doctrinales. Si piensan en la verdad, es probable que su punto de vista sea «Cada quien tiene su propia verdad. Usted tiene su verdad, yo tengo mi verdad y otros tienen la suya. Lo único que importa es que usted esté satisfecho con su

verdad». La mayoría de las personas en el mundo occidental niega que exista la verdad absoluta.

Incluso en la iglesia, ha habido un menor énfasis en la doctrina y la importancia de la verdad. Algunos miembros de la iglesia no están dispuestos a reconocer que existe la verdad absoluta. A los predicadores de la iglesia del Señor se les ha advertido: «No condenen a las personas por no seguir la Biblia. Después de todo, están siguiendo su propia marca de verdad. Nuestra doctrina, nuestra verdad, es buena para nosotros; su verdad es buena para ellos».

En este tipo de atmósfera, muchos predicadores no están dispuestos a predicar «toda la verdad». Quieren matizar la enseñanza de la Biblia para que nadie se ofenda. Estos predicadores transigentes pueden tener sus propias versiones de pasajes bíblicos sobre cómo ser salvos, como los siguientes:

1. *Juan 8.24b* —Jesús dijo: «porque si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis». *Su versión:* «Es posible que, a menos que acepte la postura teológica correcta con respecto a Jesús, es decir, que Él es, o dice ser, Dios encarnado, usted morirá en sus fechorías y por causa de las mismas, o al menos es lo que Jesús parece decir».
2. *Lucas 13.3* —Jesús dijo: «No; antes si no os arrepentís, todos perecerán igualmente». *Su versión:* «Parece que una persona que se niega a arrepentirse está en peligro de sufrir graves consecuencias, aunque, por supuesto, esto podría no aplicar en determinadas circunstancias».
3. *Marcos 16.16* —Jesús dijo: «El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado». *Su versión:* «El que crea hasta cierto punto y sea bautizado, si así lo decide, será salvo, o al menos no será peor. El que no crea será condenado, en sentido figurado, a menos que tenga una buena excusa para no creer».

Puede que estos predicadores enfatizen el amor, la gracia, las actitudes cristianas y el hacer el bien. Sin embargo, no deben olvidar la importancia de predicar y enseñar la verdad y rechazar las enseñanzas falsas; en otras palabras, la necesidad de predicar la verdad, toda la verdad y nada más

que la verdad.

*La solución: el mensaje de 2ª Juan.* Segunda de Juan enfatiza la importancia de la verdad. Tres palabras dominan este libro. 1) La palabra «verdad» se encuentra cinco veces en los versículos 1 al 4. 2) La palabra «mandamiento(s)» aparece cuatro veces en los versículos 4 al 6. 3) La palabra «doctrina» («enseñanza»; NASB) se usa tres veces en los versículos 9 y 10. Doce veces en la carta, entonces, encontramos el concepto de «verdad», «mandamiento» o la importancia de una enseñanza precisa. El libro presenta tres desafíos que sugieren metas para la vida cristiana.

«El desafío de guardar los mandamientos». Después de que Juan expresó su gozo por encontrar a algunos de los hijos de la señora elegida «andando en la verdad», hizo una petición a aquellos a quienes estaba escribiendo: «Y ahora te ruego, señora, no como escribiéndote un nuevo mandamiento, sino el que hemos tenido desde el principio, que nos amemos unos a otros» (v. 5).

Juan instó a sus lectores a guardar el mandamiento de amarse unos a otros. No era un mandamiento nuevo porque Jesús mismo lo había dado (Jn 13.34, 35). A estos hermanos se les había enseñado su importancia desde el momento en que se hicieron cristianos.

Hizo hincapié en la necesidad de amarnos los unos a los otros mediante una especie de razonamiento circular: «Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos. Este es el mandamiento: que andéis en amor, como vosotros habéis oído desde el principio» (2ª Jn 6).

Si le preguntáramos a Juan: «¿Qué es amor?», respondería: «Guardar los mandamientos». Luego, si le preguntáramos: «Pero, ¿cuál es el mandamiento?», respondería: «Amarnos los unos a los otros». El argumento circular de Juan enfatiza la absoluta necesidad de amarnos unos a otros.

Es probable que la mayoría de las personas aprecien lo que Juan dijo sobre el mandamiento de amarnos los unos a los otros. Algunos, sin embargo, piensan que amarnos unos a otros es todo lo que realmente cuenta. La doctrina no les importa; no les importa lo que otros enseñen o crean, siempre y cuando todos nos amemos unos a otros. Ciertamente, amarnos unos a otros es importante, pero, ¿es el mandamiento a amarnos lo único que importa?

Puede que el versículo 6 sugiera que existen otros mandamientos importantes, así como el mandamiento de amarnos unos a otros, ya que

dice que tenemos que «andar conforme a sus *mandamientos*» —plural (énfasis agregado). «Amaos los unos a los otros» es solo un mandamiento; tiene que haber otros que hemos de obedecer. El siguiente versículo habla de «engañadores» y del «anticristo». Algunos eran falsos maestros y los cristianos habían de tener cuidado con ellos. En consecuencia, el mandamiento de amarnos unos a otros no es todo lo que hay en el cristianismo. De hecho, la importancia de la doctrina está relacionada con amarnos unos a otros: enseñar falsa doctrina o aceptar falsos maestros es mostrar cierta falta de amor por los demás al poner sus almas en peligro eterno.

Por lo tanto, tenemos algo que agregar a lo que hemos dicho sobre la meta del cristiano en la vida, a saber: el objetivo del cristiano debe ser andar en la verdad guardando los mandamientos.

¿Qué mandamientos? Obviamente, tenemos que obedecer el mandamiento de amarnos unos a otros. Además, tenemos que esforzarnos en la medida de lo posible por guardar todos los mandamientos de Dios que aplican a nosotros hoy. Si bien podemos tener muchos objetivos en la vida, nuestro primer objetivo tiene que ser guardar los mandamientos, hacer la voluntad de Dios.

«El desafío de andar en la verdad». Según el saludo, la presente carta fue escrita por «el anciano». Probablemente se trate de una referencia al apóstol Juan. Probablemente se identificó de esta manera para enfatizar su edad y autoridad. La carta está dirigida «a la señora elegida y a sus hijos» (v. 1). Si bien podría referirse a una señora cristiana en particular y sus hijos, parece más probable que «la señora elegida» fuera una congregación y «sus hijos» fueran los miembros de esa congregación. Sea que «la señora elegida» fuera un individuo o una iglesia, la enseñanza de la epístola sigue siendo la misma. Lo importante es la relación de los destinatarios con la verdad.

Juan dijo cuatro cosas acerca de ellos y la verdad: 1) Juan los amaba «en la verdad» (v. 1). 2) Otros que conocían la verdad los amaban a ellos (v. 1). 3) Juan envió saludos tanto del Padre como del Hijo «en verdad y en amor» (v. 3). 4) Juan se regocijó porque algunos de los hijos de la dama elegida estaban «andando en la verdad» (v. 4), una declaración que también podría sugerir que algunos no lo estaban haciendo.

¿Qué quiere decir «andar en la verdad»? Jesús habló de Sí mismo como «la verdad» (Jn 14.6), sin embargo, «la verdad» aquí tiene que referirse a

la enseñanza que vino de Jesús y de los hombres inspirados que envió. Respecto a Sus discípulos, Jesús oró al Padre, diciendo: «Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad» (17.17). Por lo tanto, «andar en la verdad» es seguir la Palabra de Dios. «Andar en la verdad» es más que conocer la verdad o conocer la Palabra de Dios; quiere decir vivir de acuerdo con ella, obedecerla y adorar de acuerdo con ella.

Necesitamos entender que andar en la verdad es importante. ¿Qué esperamos y cuál es nuestro objetivo? ¿Cuál es nuestro deseo para nuestras familias? ¿Cuál es nuestro deseo para nuestros hermanos y hermanas en la iglesia? ¿No debería ser que nosotros y ellos «andemos en la verdad»? Nuestro objetivo debe ser andar en la verdad. Si nosotros «andamos en la verdad», aquellos a quienes amamos «andan en la verdad» y nuestros hermanos cristianos «andan en la verdad», entonces nosotros, como Juan, tenemos motivos para regocijarnos y decir: «Mucho me regocijé» (2ª Jn 4).

«El desafío de permanecer en la enseñanza o doctrina de Cristo». Juan dijo: «Porque muchos engañadores han salido por el mundo, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne. Quien esto hace es el engañador y el anticristo» (v. 7).

¿Por qué instó Juan a estos hermanos a guardar los mandamientos? «Muchos engañadores» habían «salido por el mundo» (v. 7a). Enseñaban que Jesucristo no había venido en carne (v. 7b).

Además, Juan dio a entender que si no se cuidaban de los engañadores o de los falsos maestros, era probable que perdieran aquello por lo que habían trabajado, perderían su galardón (v. 8). Estos cristianos habían servido al Señor fielmente; puede que hayan permanecido leales a Cristo a pesar de que estaban siendo perseguidos. Si ahora eran descarriados por falsos maestros, perderían el galardón por su fidelidad. En otras palabras, se perderían.

¿Cómo podían evitar ser engañados? Entendiendo lo serio que es no permanecer en la enseñanza de Cristo. Dos hechos sugieren cuán importante es permanecer en la enseñanza de Cristo.

Primero, permanecer en la enseñanza de Cristo es tan serio que afecta nuestra relación con Dios. Juan dijo: «Cualquiera que se extravía, y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios» (v. 9a). Permanecer en «la doctrina de Cristo» es tan importante que la persona que no permanece en ella no tiene a Dios. No tiene comunión con Dios.

¿Cuál es esta «doctrina de Cristo» en la que

tenemos que permanecer? Algunos piensan que consiste únicamente en las creencias correctas acerca de Cristo: que Él es el Hijo de Dios, Dios encarnado, el Verbo hecho carne, Dios y hombre al mismo tiempo. Sin embargo, es más probable que la «doctrina de Cristo», si bien incluye hechos acerca de Cristo, también incluye toda la enseñanza que se originó con Cristo. Ciertamente, Juan quiso decir toda la verdad que vino de Cristo y fue transmitida por Sus discípulos a las personas de la iglesia primitiva. En otras palabras, la «doctrina de Cristo» probablemente comprende todos los elementos esenciales de la religión cristiana que se encuentran en el Nuevo Testamento. Si no permanecemos en esa doctrina, perderemos la comunión con Dios.

Segundo, permanecer en «la doctrina de Cristo» es tan serio que no debemos apoyar a los falsos maestros. Juan escribió: «Si alguno viene a vosotros, y no trae esta doctrina, no lo recibáis en casa, ni le digáis: ¡Bienvenido! Porque el que le dice: ¡Bienvenido! participa en sus malas obras» (vv. 10, 11).

«La doctrina en aquellos días» —¿Cómo habrían aplicado esta enseñanza los lectores de Juan? En la iglesia primitiva, las iglesias locales enviaban evangelistas en sus misiones. Viajaban de una congregación a otra, llevando consigo el mensaje de los apóstoles. Mientras iban de un lugar a otro, se quedaban con hermanos que les mostraban hospitalidad y luego los enviaban con dinero y provisiones para llegar a su próximo destino. En su tercera epístola, Juan exhortó a los cristianos fieles a apoyar a estos evangelistas viajeros. Dijo que, al apoyar a estos obreros, los hermanos se convertían en colaboradores de ellos (3ª Jn 8).

Sin embargo, junto con esos mensajeros fieles de Cristo que traían sana enseñanza, los falsos maestros también viajaban entre la hermandad. Ellos, por supuesto, no se anunciaban a sí mismos como falsos maestros; probablemente no se consideraban falsos maestros. Sin embargo, eran falsos maestros o «engañadores»; negaban que Jesucristo hubiera venido en carne (2ª Jn 7). Estos falsos maestros buscaban ser sostenidos por cristianos e iglesias, al igual que aquellos que predicaban la verdad.

El mensaje de Juan, en efecto, decía: «¡No le brinden hospitalidad a esa persona! ¡No dejen que se queden en sus casas!». No debemos decirles: «¡Bienvenido!» (v. 10) a un falso maestro, es decir, no debemos hacer nada para respaldar o apoyar la falsa enseñanza. Si Juan estaba dirigiendo esta

carta a una congregación, entonces el mensaje también sugiere esta instrucción: Tales hombres no deben ser recibidos como maestros ni apoyados por la congregación.

¿Por que no? Porque el que ayuda a tal maestro «participa en sus malas obras» (v. 11). El falso maestro es responsable de la pérdida de almas; si lo ayudamos en su labor, somos partícipes de la responsabilidad por esas almas perdidas. Qué tragedia sería si, en el Día del Juicio, escucháramos a alguien decir: «¡Estoy perdido porque apoyaste a un falso maestro! Le creí y perdí mi alma».

«La doctrina hoy» —¿Cómo hemos de aplicar esta enseñanza hoy? Ciertamente, la instrucción no nos obliga a negarnos a decirle «hola» si conocemos a alguien que enseña falsa doctrina. Especialmente, no nos impide encontrarnos con alguien que enseña falsa doctrina para que podamos enseñarle «más exactamente el camino de Dios» (Hch 18.26b).

La enseñanza de Juan requiere que tratemos de asegurarnos de que solo aquellos que enseñan la verdad puedan predicar y enseñar en la congregación local. También debemos tomar en serio esta enseñanza de forma individual.

Personalmente, no tengo la intención de ayudar a quienes están difundiendo doctrinas falsas. Cuando alguien venga a mi puerta difundiendo ideas o literatura denominacional, hablaré con él. Si creo que podría convertirlo, lo invitaré a entrar para intentar enseñarle. Sin embargo, me niego a ayudarlo a realizar su labor. Por ejemplo, tomaré material impreso de alguien a quien considero un falso maestro, sin embargo, no le daré dinero por ese material ni haré una donación a su causa. De

manera similar, todo cristiano debe resolver no apoyar la enseñanza de la falsa doctrina.

Las palabras de Juan en los versículos 10 y 11 contienen la solución a una de las mayores amenazas contra la vida cristiana: el peligro de la falsa enseñanza. La enseñanza falsa es un peligro real, y el Nuevo Testamento nos advierte constantemente que nos cuidemos de ella. La solución es doble: 1) Permanezcamos con la enseñanza de Cristo, y 2) asegurémonos de no apoyar ni alentar a quienes difunden enseñanzas falsas. Nuestro objetivo como cristianos debería ser andar en la verdad guardando los mandamientos de Cristo y permaneciendo en Sus enseñanzas.

*Conclusión.* Proclamar la verdad no es la única parte importante del cristianismo. Hemos de vivir lo que enseñamos; cultivar características cristianas; buscar un andar diario más cercano con Dios mediante la oración, el estudio de la Biblia y la adoración; y amar a nuestro prójimo y hacer el bien a todos cuando tengamos oportunidad (Ga 6.10). La Biblia abunda en advertencias contra el simple hecho de conocer o creer en la Palabra de Dios sin hacer lo que enseña. Condena a quienes se involucran en rituales religiosos, ofreciendo adoración a Dios y al mismo tiempo maltratando a otras personas.

Si bien enseñar la verdad no es todo lo que importa, ¡es extremadamente importante! En nuestro sistema legal moderno, si alguien no dice «la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad», puede ser condenado por perjurio. Asegurémonos de no ser culpables de perjurio religioso; enseñemos «nada más que la verdad».

Coy Roper



## Introducción a 3ª Juan

La tercera carta de Juan comienza de la misma manera que 2ª Juan. Una autoría común entre las dos epístolas es casi una certeza. Como en la segunda carta, el autor se identificó únicamente como «el anciano». Cuando se descubren las preocupaciones del autor y los lectores en la segunda y tercera cartas, las dos cartas parecen alinearse estrechamente con la primera. El vocabulario y la forma de expresión son similares. Raymond E. Brown escribió: «El hecho de que se estén combatiendo los mismos problemas doctrinales y morales en I y II Juan y que tanto II como III Juan se ocupan de la aceptación de maestros viajeros entrelaza las Epístolas».<sup>1</sup> Si bien no se da un nombre propio en el texto al autor de cualquiera de las cartas, la tradición primitiva de la iglesia las atribuía al apóstol Juan, hijo de Zebedeo, hermano de Jacobo. A falta de mejor información, consideramos que la tradición es precisa.

La primera y segunda carta de Juan se refieren a falsos profetas, anticristos, maestros itinerantes que iban de iglesia en iglesia. La situación todavía es evidente en 3ª Juan. Sin embargo, junto con los falsos profetas, había otros cuyos mensajes coincidían con los de los apóstoles, como Juan, el anciano, el autor de la carta. Es fácil entender por qué el autor de las tres cartas se habría sentido obligado a dar un espacio considerable a la identificación de los falsos profetas y a las advertencias sobre los caminos de los anticristos; sin embargo, es importante recordar que el autor también quería edificar iglesias. La tercera carta se relaciona menos con lo que enseñaban los falsos profetas o la forma en que eran recibidos por las iglesias que con la

hospitalidad que se ha de mostrar a los que decían la verdad. La verdad y el amor eran ingredientes clave de una vida fiel. Las iglesias habían de evitar alentar a los anticristos, sin embargo, habían de considerar como socios a los que proclamaban el mensaje apostólico. Los cristianos que apoyaban y alentaban a los enviados por Juan, participaban en sus obras.

De las tres cartas de Juan, 3ª Juan es la más personal. Nadie es nombrado en la segunda carta. En la primera, Caín es el único además de Jesús en ser nombrado (3.12). En la tercera carta, aparecen tres personas, dos de ellas con luz favorable y una con luz desfavorable: Gayo, Demetrio y Diótrefes.

Primero, Juan dirigió la tercera carta a «Gayo» (v. 1). Su nombre era uno de los nombres latinos más comunes. Normalmente, un hombre importante en la sociedad romana tenía tres nombres. El primero era casi sin importancia. Media docena de nombres, quizás algunos más, tendían a usarse una y otra vez como primer nombre.

Cuando un lector hoy se encuentra con nombres del mundo latino durante los siglos que rodearon el comienzo de la era cristiana, los nombres de pila tienden a ser abreviados. Por ejemplo, el nombre «G. Julio César» habría querido decir «Gayo Julio César». «Gn. Julio César» habría querido decir «Gnaeus Julio César». «Marco» se abrevia como «M.», «Publio» es «P.» y «Lucio» es «L.». El nombre real del emperador era Gayo Julio César. Gayo era su *praenomen* y Julio era el nombre del clan, su *nomen*. Además, era probable que un hombre importante tuviera un *cognomen*.

César era más importante que un apodo; sin embargo, a diferencia de sus otros dos nombres, probablemente fue adoptado y aplicado posteriormente en la vida. El nombre del emperador era Gayo (*praenomen*) Julio (*nomen*) César (*cognomen*).

<sup>1</sup> Raymond E. Brown, *The Community of the Beloved Disciple (La comunidad del amado discípulo)* (New York: Paulist Press, 1979), 94.

César no era su «apellido» en el sentido europeo. En comparación, el orador era M. Tulio Cicerón. Marco era su *praenomen*, Tulio su clan o apellido y Cicerón su *cognomen*. A menudo, alguna característica de una persona que se nota posteriormente en la vida le proporciona un *cognomen*. Según una escuela de pensamiento, «César» quiere decir algo en el orden de «velludo»; «Cicerón» quiere decir «garbanzo».

Como ya se mencionó, Gayo era un nombre muy común, algo parecido a Juan o José en nuestros países. En el Nuevo Testamento se pueden identificar al menos tres hombres con el nombre de Gayo: Gayo de Corinto (Ro 16.23; 1ª Co 1.14); Gayo de Macedonia, quien fue compañero de viaje de Pablo y Aristarco (Hch 19.29); y Gayo de Derbe (Hch 20.4). No hay razón para creer que a «Gayo, el amado» de 3ª Juan se le deba identificar con cualquiera de los otros tres. Es de suponer que vivía en algún lugar del oeste de Asia Menor, sin embargo, Juan no lo identificó por ciudad.

Además, Juan mencionó a un hombre llamado Diótrefes de una manera desfavorable. Había causado disturbios en la iglesia, aparentemente en la misma donde Gayo era miembro. Parece que una razón importante para escribir 3ª Juan era elogiar ante Gayo una tercera persona con el nombre de Demetrio. Este último recibió un buen testimonio de los fieles. Hombres como Demetrio habían de ser recibidos y apoyados; Juan escribió: «Nosotros, pues, debemos acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad» (v. 8). Cuando los lectores cristianos de Juan apoyaban a los anticristos que acudían a ellos, se hacían partícipes de las obras de los anticristos (2ª Jn 11). Apoyar a un hombre piadoso como Demetrio era colaborar con él en sus buenas obras (3ª Jn 8). Puede que

Demetrio haya llevado la carta de 3ª Juan a Gayo.

La preocupación por distinguir a hombres como Demetrio de los falsos profetas y anticristos es evidente tanto en la segunda como en la tercera carta de Juan. Diótrefes parece haber sido un hombre de la congregación que se negaba a recibir a cualquiera. Era parte establecida de la iglesia, no un predicador viajero. Si bien Diótrefes parece haber sido contencioso, no parece haber sido uno de los anticristos.

En 3ª Juan, «el anciano» probablemente abordó las luchas que eran comunes para muchas iglesias en el occidente de Asia Menor. Los asuntos interpersonales perturbaban la paz de algunas iglesias. Probablemente no estaban restringidos a la congregación donde «Gayo, el amado» era un líder. J. L. Houlden hizo la siguiente observación:

Si el conflicto se limita a una iglesia dependiente o no, es imposible estar seguro. Sin embargo, la disputa sobre «la verdad» constituye el meollo del asunto. En [1ª Juan] se prescriben y aplican los remedios doctrinales; en [2ª Juan] se agrega la acción. En [3ª Juan] hemos llegado al nivel de las personalidades.<sup>2</sup>

## EL BOSQUEJO

- I. CÓMO SOSTENER A LOS FIELES (vv. 1–8)
- II. LOS PELIGROS DE BUSCAR LA PREEMINENCIA (vv. 9, 10)
- III. EL TESTIMONIO DE LA VERDAD (vv. 11, 12)
- IV. CONCLUSIÓN (vv. 13–15)

---

<sup>2</sup>J. L. Houlden, *A Commentary on the Johannine Epistles (Un comentario sobre las epístolas de Juan)*, Harper's New Testament Commentaries (New York: Harper & Row, 1973), 151.

## Cómo sostener a los fieles

El amor y la buena voluntad deben funcionar en la comunidad del pueblo de Dios ante todo a nivel congregacional. Sin embargo, no hay lugar en el Nuevo Testamento para políticas aislacionistas por parte de las iglesias locales. La iglesia en el sentido más amplio es el cuerpo total de creyentes en todo el mundo (1ª P 5.9). Los predicadores y maestros han de animar a las iglesias. Las iglesias necesitan aprender unas de otras; a veces necesitan ser corregidas entre sí.

El inconveniente de tal sistema es que deja a las congregaciones vulnerables ante aquellos que buscan su propia gloria, incluso ante aquellos que buscan su propia riqueza material. Las iglesias que Juan buscaba enseñar tenían problemas para distinguir entre un Demetrio y aquellos que distorsionaban la verdad. Incluso con el beneficio de un canon completo del Nuevo Testamento, las iglesias modernas continúan luchando por equilibrar las enseñanzas de las Escrituras con interpretaciones que a veces entran en conflicto. ¿Cuándo estaba trayendo un maestro viajero la corrección que tanto se necesitaba y cuándo simplemente estaba exigiendo una audiencia? La tercera carta de Juan les ayuda a los cristianos hacer las distinciones necesarias.

<sup>1</sup>El anciano a Gayo, el amado, a quien amo en la verdad. <sup>2</sup>Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud, así como prospera tu alma. <sup>3</sup>Pues mucho me regocijé cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad, de cómo andas en la verdad. <sup>4</sup>No tengo yo mayor gozo que este, el oír que mis hijos andan en la verdad.

<sup>5</sup>Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos, <sup>6</sup>los cuales han dado ante la

**iglesia testimonio de tu amor; y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios, para que continúen su viaje. <sup>7</sup>Porque ellos salieron por amor del nombre de El, sin aceptar nada de los gentiles. <sup>8</sup>Nosotros, pues, debemos acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad.**

**Versículo 1.** Como en 2ª Juan, cuando el autor se identificó como **el anciano**, asumió que el título era suficiente. Fue a la vez la certificación de su derecho a instruir a **Gayo** y a la iglesia donde era un dirigente (v. 10), y una apelación a los muchos años de servicio de Juan. La segunda carta parece haber sido dirigida a una congregación identificada figurativamente como «la señora elegida». El hecho de que 3ª Juan fuera dirigida a un individuo llamado Gayo es una consideración que tiene alguna relación con la identificación de «la señora elegida». Quizás, después de todo, el anciano dirigió la primera carta a una mujer cuyo nombre era *Kuria* o *Eklektē*. (Vea introducción a la segunda carta.)

El anciano no solo se dirigió a Gayo como **el amado**; también agregó, **a quien amo en la verdad** (ἐν ἀληθείᾳ, *en alētheia*). No está claro si el autor quería decir que verdaderamente amaba a Gayo o que su amor por Gayo estaba en el ámbito en el que compartían la verdadera confesión de que Jesús había venido en carne. La presencia o ausencia del artículo «la» antes de «verdad» no proporciona evidencia de una u otra forma. El hecho de que acabara de hablar de Gayo como «el amado» sugiere que tenía algo que agregar. La idea es que su amor por Gayo se expresaba en el ámbito donde la verdad importaba. Tanto el anciano como el amado Gayo eran partícipes de una confesión que expresaba la verdad que el

apóstol Juan había recibido de Dios. La base del amor que los cristianos tienen el uno por el otro es su comunión compartida en la verdad.

**Versículo 2.** El comienzo de la carta emplea la convención que se encuentra comúnmente en las cartas tanto antiguas como modernas: **yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas, y que tengas salud** es a la vez un deseo y una indagación sobre la prosperidad y la salud del destinatario y sus seres queridos. F. F. Bruce tomó nota de que tales indagaciones eran comunes en las cartas latinas. Los escritores frecuentemente comenzaban una carta casual con la abreviatura S V B E E V (*si uales, bene est; ego ualeo*). Se traduce: «Si estás bien, eso es bueno; yo estoy bien».<sup>1</sup>

El deseo de Juan era genuino; sin embargo, con la orientación materialista del capitalismo moderno, algunos han leído el versículo en el sentido de que se espera que «la salud y la riqueza» sean favores que Dios concede a los salvos. Tal implicación no es de ninguna manera segura. Se podría desear prosperidad y buena salud para aquellos a quienes ama sin la implicación de que las bendiciones físicas necesariamente acompañan una vida piadosa. El Libro de Job ha desengañado para siempre a los creyentes de la convicción de que solo recaen cosas buenas en la suerte de los justos. (Vea Mt 5.10–12; 2ª Ti 3.12.)

El deseo de Juan por la prosperidad y la salud de Gayo era que pudiera prosperar en esos asuntos **así como prospera tu alma**. La implicación es que la familiaridad de Juan con el amado Gayo era más que pasajera. Juan ya había llamado a su amigo «Gayo, el amado». El apóstol se repitió en el segundo versículo. Comenzó una nueva oración con «Amado». La mayoría de los predicadores no tardan mucho en darse cuenta de que la instrucción y la amonestación son más eficaces cuando se basan en una relación duradera de amor y respeto mutuos.

**Versículo 3.** Al parecer, Juan había recibido un informe de las cosas buenas que estaban haciendo Gayo y sus compañeros cristianos. **Pues mucho me regocijé, escribí, cuando vinieron los hermanos y dieron testimonio de tu verdad**. Gayo y otros cristianos a quienes el apóstol se dirigía no solo se comportaban de acuerdo con las normas éticas del Evangelio, sino que basaban su comportamiento

en una comprensión adecuada de la persona y la obra de Jesús de Nazaret. Se habían involucrado en la comunión de la iglesia, la comunidad de los discípulos de Jesús. Juan no identificó a los hermanos que testificaban de la verdad en la que Gayo y otros se afirmaban y andaban, sin embargo, probablemente eran los mismos que mencionaría en el versículo 6. Los lectores probablemente habrían adivinado que Juan se enteró de su testimonio de evangelistas viajeros como Demetrio, a quien el apóstol encomendó a Gayo y elogió por su labor.

El autor habló de la verdad casi como si fuera algo tangible o una persona. Era una compañera que acompañaba a los lectores de Juan en su andar cristiano. Era una verdad que los lectores reclamaban como propia. «Tu verdad» es igual a la verdad que Juan y otros testigos apostólicos habían proclamado acerca de Jesucristo, sin embargo, no era una mera abstracción. Gayo y sus compañeros de creencia la habían absorbido de manera personal. La verdad tiene que ver con la vida; la verdad no pertenece a nadie que rehúse la tarea de **[andar]** en ella. El aprendizaje y la sofisticación tienen una forma particular de fomentar una reserva acerca de reclamar la verdad de lo que se enseña. El mensaje de Jesús prospera cuando Sus seguidores confían en su afirmación acerca de Jesús, afirmando quién era Él y qué hizo.

**Versículo 4.** Sea como reprensión o elogio, es más probable que las palabras basadas en la amistad y la cortesía sean bien recibidas. Quizás Gayo había sido conducido a Cristo por Juan, y por eso estaba entre aquellos a quienes Juan designaba como **mis hijos**. Entre sus hijos también se encontraban maestros itinerantes como Demetrio, que proclamaba el mismo mensaje que Juan había anunciado al mundo. El avance de las fronteras del reino de Dios se producía mediante la comunicación de un mensaje, no mediante la violencia y la compulsión.

El autor asumió la posición de padre espiritual de Gayo y otros que eran partícipes de la salvación con él. La verdad los unía a todos. El placer del anciano predicador provenía no solo de la aceptación por parte de sus lectores de la confesión de que el Cristo de Dios había venido en carne, sino también porque sus hijos **[andaban] en la verdad**. Los predicadores concienzudos del evangelio no encuentran **mayor gozo** que escuchar informes de que aquellos a quienes han proclamado a Cristo crecen en fe, obediencia, esperanza y amor. El participio presente «andan» sugiere «seguir andando».

---

<sup>1</sup> F. F. Bruce, *The Epistles of John: Introduction, Exposition and Notes (Las epístolas de Juan: Introducción, exposición y apuntes)* (Old Tappan, N.J.: Fleming H. Revell Co., 1970), 147.

«Mayor gozo» (μειζοτέρων... χαράν, *meizoteran... charan*) comunica algo así como un doble énfasis. «Grande gozo» en Mateo 2.10 es χαράν μεγάλην (*charan megalēn*). La palabra para el adjetivo comparativo «mayor» es μείζων (*meizōn*). Se espera que μείζονα χαράν (*meizona charan*) sea igual a «mayor gozo» en 3ª Juan 4. (Compare con Jn 15.13, «mayor amor», μείζονα ... ἀγάπην, *meizona... agapēn*.) En su lugar, Juan agregó una segunda terminación comparativa (-τερον, *-teran*) al adjetivo comparativo, produciendo algo como «mayor-y más». La combinación está solo aquí en el Nuevo Testamento. Juan quería enfatizar su punto.

**Versículo 5.** El apóstol reforzó su afecto por Gayo. Por segunda vez, se dirigió a su amigo llamándole **Amado**. Juan elogió a Gayo por su hospitalidad con los maestros o profetas viajeros que se habían presentado en la iglesia de su ciudad. **Fielmente te conduces**, le dijo Juan a Gayo, **cuando prestas algún servicio a los hermanos**. Algunos de los hermanos que aparecían de la nada eran, al parecer, **desconocidos** de cara para Gayo; los había ayudado de todos modos. Los predicadores itinerantes eran tanto la perdición como la fuerza de las primeras iglesias. Los que eran fieles al mensaje apostólico edificaban a los creyentes, sin embargo, entre ellos había anticristos, falsos profetas, que distorsionaban la verdad. En esta carta, Juan parecía tener en mente a misioneros que eran sus aliados. Los anticristos en 1ª y 2ª Juan no parecían ser personas sobre las que escribió en la tercera carta.

Aunque Gayo había actuado fielmente, lo que dejan ver las palabras de Juan era que él no era la única fuerza que laboraba en la iglesia donde vivía. A medida que se desarrollaba la carta, quedó claro que algunos cristianos que formaban parte de la iglesia donde servía Gayo despreciaban a los misioneros viajeros. Algunos se negaban a brindarles apoyo. Juan elogió a Gayo por su disposición a ofrecer aliento y ayuda a todos los hermanos que eran misioneros viajeros. Quizás Gayo tenía una casa y los medios para actuar como anfitrión. Cualesquiera que fueran las circunstancias, Juan tenía una palabra especial de elogio para su amigo cada vez que se mostraba hospitalario con los misioneros a los que no había conocido de manera personal.

**Versículo 6.** Cuando Juan escribió, **los cuales han dado ante la iglesia testimonio de tu amor**, «los cuales» eran los «desconocidos» del versículo anterior. Gayo no conocía de cara a algunos de los

evangelistas viajeros; sin embargo, los recibió en su casa, los presentó a la comunidad de la iglesia y les proporcionó fondos para su viaje. Presumiblemente, se había convencido de que los «desconocidos» estaban diciendo la verdad, el mensaje apostólico. Aquellos que habían sido desconocidos para Gayo finalmente le informaron a Juan sobre la hospitalidad que habían gozado de Gayo. El anciano le informó a su amigo que había hecho lo correcto cuando había apoyado y alentado a los profetas que hablaban la verdad.

Tercera de Juan es el único lugar en el Evangelio y las cartas del apóstol donde aparece la palabra «iglesia». Desde el versículo 6 al versículo 10, Juan se refirió a «la iglesia» tres veces. En los tres casos, parece haber usado la palabra para referirse a una congregación local, no al cuerpo mundial de Cristo. En el versículo 6, los maestros viajeros habían testificado del amor de Gayo ante la iglesia. Aparentemente, testificaban ante la iglesia local donde Juan era miembro. En el versículo 9, mencionó una carta que había enviado «a la iglesia», aquella en la que tanto Gayo como Diótrefes eran miembros. Juan agregó en el versículo 10 que Diótrefes lo había acusado (al apóstol Juan) de palabras malvadas. No solo se había negado a recibir misioneros enviados por Juan, también había «[expulsado] de la iglesia» a los que los habían recibido. El hecho de que Juan dio instrucciones a las iglesias más allá de la congregación de la que era miembro, y de que elogió a Gayo por su hospitalidad con los misioneros, daba testimonio de que el apóstol tenía una concepción de la iglesia universal. Aún así, el apóstol no tenía una visión de una jerarquía que quisiera promover. Para bien o para mal, tanto Gayo como Diótrefes actuaron dentro de los límites de la congregación a la que pertenecían.

La relación entre la iglesia universal y la local es más asumida que definida en 3ª Juan. En abstracto, la verdad era la esfera en la que vivían Juan y sus lectores, sin embargo, la verdad llegó a expresarse en la práctica en el amor que los cristianos demostraban unos a otros. Era amor lo que requería que los creyentes de las iglesias locales enviaran misioneros cristianos a otros lugares con el apoyo y el aliento que necesitaban. Juan escribió: **y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios**. Dentro de límites establecidos, los misioneros, maestros y predicadores cristianos funcionan para apoyar la misión de la iglesia universal. Al escuchar primero la revelación que

Cristo ha dado a la iglesia universal, todas las congregaciones y todos los cristianos dentro de las congregaciones han de ser partícipes de la misión de llevar el evangelio al mundo. Todos tienen la responsabilidad de llamar a otros de regreso a la doctrina y la ética de Cristo cuando se produzcan desviaciones en cualquiera de las dos, la iglesia local o la iglesia universal. Cada uno tiene la responsabilidad de dejarse corregir por las Escrituras. Además, cada uno tiene la responsabilidad de corregir según sea necesario. Todos han de contribuir; nadie ha de dominar.

**Versículo 7.** Juan dirigió su atención al estilo de vida y las enseñanzas de los profetas o misioneros a quienes Gayo había apoyado. Estos hombres, dijo Juan, no estaban a la venta al mejor postor. No habían recibido **nada de los gentiles**. ¿Quiénes eran «los gentiles»? En los Evangelios, los gentiles no eran judíos. Pertenecían a las naciones. Los judíos tenían una forma especial de hablar mal de los «gentiles». Eran personas ignorantes que adoraban ídolos, que se revolcaban en la sensualidad, que mentían y robaban. Jesús mismo parecía tener una visión especial de los gentiles. En una ocasión, dijo: «también [...] los gentiles» aman a sus hermanos (Mt 5.47). Incluso ellos tenían algo de decencia, estaba diciendo.

Sin embargo, Jesús también habló bien de los gentiles. Por medio de Jesús, los judíos aprendieron que ellos también estaban perdidos en el pecado (Ro 2.3; 3.23). Con el tiempo, dentro de los círculos cristianos, la referencia «gentiles» cambió de significado. Llegó a querer decir, no personas no judías, sino personas no cristianas. Juan se refería a no cristianos cuando escribió sobre los gentiles. Los misioneros a quienes Gayo fue hospitalario no habían recibido nada de personas no cristianas.

Las implicaciones de las palabras de Juan no han de pasarse por alto sin darles consideración. Parecía adelantar el principio de que los cristianos deben apoyar la obra de Cristo con sus propias ofrendas voluntarias. Dicho en negativo, no es conveniente que los cristianos patrocinen eventos de recaudación de fondos o apelen a no creyentes para que contribuyan a la benevolencia o la obra misionera de la iglesia. Cuando los creyentes se entrelazan con los grandes impulsos financieros y políticos del mundo, están sujetos a ser comprometidos por quienes los apoyan. Los cristianos mismos apoyarán materialmente la misión que Cristo le ha dado a la iglesia. En la medida en que los cristianos logren o fracasen en apoyar las

buenas obras con recursos materiales, la causa de Cristo avanza o sufre. La obra de los profetas a quienes Juan elogió era una bendición para Gayo y sus hermanos en la fe. Hacían bien en apoyarlos.

Estos maestros misioneros, dijo Juan, **salieron por amor del nombre de El**. ¿De qué y de quién se estaba hablando? La Reina-Valera escribe «El» con una letra mayúscula, sin embargo, el griego no tiene letra mayúscula. Aun así, ¿qué nombre habría querido decir Juan a menos que fuera el nombre de Jesús? El Señor les había advertido a Sus discípulos: «Mas todo esto os harán por causa de mi nombre» (Jn 15.21). Después de que los apóstoles fueron azotados, se regocijaron de haber sido considerados dignos de sufrir por Su nombre (Hch 5.41). Pedro había escrito que los creyentes deberían ofrecer gloria a Dios «por ello» (1ª P 4.16). Santiago había dicho que algunos blasfemaban «el buen nombre que fue invocado sobre vosotros» (Stg 2.7). No cabe duda de que los misioneros a quienes Gayo había apoyado habían salido por el nombre de Jesucristo. Su único apoyo provenía de los creyentes que eran partícipes de la misión con ellos.

**Versículo 8.** Así como se participa en las obras de los falsos profetas cuando se les da apoyo (2ª Jn 11), se participa en las obras de los verdaderos profetas cuando se les apoya. Juan escribió: **No nosotros, pues, debemos acoger a tales personas, para que cooperemos con la verdad**. Después de que Jesús le dio a Su iglesia la Gran Comisión (Mt 28.19, 20; Mr 16.15, 16), algunos cristianos se fueron lejos de casa a predicar el evangelio (Ro 16.23). Otros les proporcionaron apoyo material (1ª Co 9.14). Después de que los cristianos hubieran determinado que los misioneros hablaban «por amor del nombre de El», debían haberles dado todo el apoyo y el aliento que necesitaban. Apoyar a quienes van al extranjero con el evangelio no era un asunto opcional.

A diferencia de los devotos de los ídolos, el apóstol Pablo se complació en decir: «Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo» (2ª Co 2.17). El apóstol prefirió trabajar con sus propias manos en lugar de ofrecerlas para pedir limosna en los mercados (1ª Ts 2.9). Apoyar la obra de los misioneros implica más que escribir un cheque ocasional. En cierto sentido, todo cristiano es un misionero; sin embargo, no todo  
(Continúa en la página 50)

## Los peligros de buscar la preeminencia

Hombres y mujeres podrían procurar que sus buenas obras sean conocidas por motivos buenos o malos. A una persona le va bien cuando espera inspirar a otros mediante un buen ejemplo. Los apóstoles Pablo y Juan, con sus ejemplos, han inspirado a miles a llevar el nombre de Cristo a los perdidos mucho más allá de los límites de sus lugares de origen. Por otro lado, algunos se pararon en las esquinas de las calles para orar o tocar trompeta cuando dan limosna para poder darse a conocer. En Mateo 6.2, 5, Jesús habló de aquellos que usaban la religión para promocionarse. Juan se enfrentó a una persona así en Diótrefes. En esta tercera carta, Juan acusó a Diótrefes de buscar su propia preeminencia, sin embargo, solo elogió las buenas obras realizadas por Demetrio.

**9Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. 10Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras que hace parlotando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia.**

**Versículo 9.** La KJV consignó de **Diótrefes** que era uno «que ama tener la preeminencia entre ellos». Es una buena traducción, sin embargo, la Reina-Valera ha traducido la frase ὁ φιλοπρωτεύων αὐτῶν (*ho philoprōteuōn autōn*) más literalmente: **al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos.** Diótrefes parece haber procurado el primer lugar entre aquellos que buscaban liderazgo en él. Juan usó una palabra inusual. Se traduce como «desear ser el primero».<sup>1</sup> Se encuentra aquí por primera

vez en la literatura griega, aunque formas similares eran bastante comunes en el mundo contemporáneo de Juan.

El apóstol no ofreció ninguna indicación de que Diótrefes fuera un hereje gnóstico, ni siquiera un gnóstico incipiente. Juan no dijo que abrigara inclinaciones docéticas (2ª Jn 7). El pecado de Diótrefes era de tipo social, no un desorden doctrinal. Como muchos otros que han participado de la vida comunitaria de la iglesia, a Diótrefes le encantaba ser el primero. Se negaba a aceptar la instrucción del apóstol Juan. No practicaba la hospitalidad con los misioneros cristianos que viajaban de un lugar a otro para edificar iglesias.

Diótrefes no solo no ofrecía hospitalidad, también se molestaba cuando otros lo hacían. Era un adversario de Gayo, de Juan y de otros que estaban edificando el cuerpo de Cristo. Cuando Juan escribió a la iglesia donde gobernaba Diótrefes, este último rechazó la carta. Aparentemente, se negó a leerla en la iglesia. Sea en tiempos antiguos o modernos, los cristianos a veces permiten que un hombre agresivo e insensible domine y reprima la labor de la iglesia porque se necesita de demasiada energía para resistirlo. La iglesia donde trabajaba Gayo podría haberse beneficiado si Diótrefes se hubiera llevado su actitud contenciosa a otra parte.

El apóstol dijo de Diótrefes que **no nos recibe** lo que él decía, específicamente, lo que le había escrito **a la iglesia.** Sin embargo, Juan no se explicó. ¿Qué habría dicho o hecho que Diótrefes se negaba a recibir? En la primera y segunda carta, Juan dijo que los anticristos habían negado que

(Continúa en la página 49)

<sup>1</sup> Walter Bauer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament and Other Early Christian Literature* (Léxico griego-inglés

*del Nuevo Testamento y demás literatura cristiana primitiva*), 3ª ed., rev. y ed. Frederick W. Danker (Chicago: University of Chicago Press, 2000), 1058.

## El testimonio de la verdad

En este punto de su carta, Juan desvió su atención de Diótrefes. Su contienda había sido una especie de nota a pie de página. El apóstol había escrito para animar a Gayo a recibir y apoyar a evangelistas o misioneros viajeros. Había dicho que el ánimo de tales hombres hizo que Gayo y otros cristianos fieles fueran partícipes de sus obras (v. 8). Juan tenía un misionero en particular en mente. Su nombre era Demetrio, sin embargo, Juan lo elogió solo de manera general. No describió el alcance de su obra misional (v. 12). El apóstol estaba terminando su carta. Quizás la hoja de papiro que estaba usando solo permitía un espacio limitado.

<sup>11</sup>**Amado, no imites lo malo, sino lo bueno. El que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios.** <sup>12</sup>**Todos dan testimonio de Demetrio, y aun la verdad misma; y también nosotros damos testimonio, y vosotros sabéis que nuestro testimonio es verdadero.**

**Versículo 11.** El apóstol incluyó la amonestación de que Gayo no imitara **lo malo, sino lo bueno**. La advertencia servía para subrayar la confianza que Juan tenía en su querido amigo; el apóstol no tenía ninguna duda sobre la fe y la lealtad de Gayo. De manera similar había animado a la «señora elegida y a sus hijos» con «Mirad por vosotros mismos, para que no perdáis el fruto de vuestro trabajo» (2ª Jn 8). Las palabras **El que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios** son de un tipo a veces llamado «parénesis». Es una palabra griega que los filósofos morales de la era cristiana primitiva usaban para «estímulo» o «exhortación». Ya Juan había dicho de Gayo que los hermanos (una aparente referencia a los misioneros enviados por Juan) habían dado testimonio de la verdad que él abrazaba y en la

que andaba (v. 3). El mismo Juan le había dicho a Gayo: «fielmente te conduces» (v. 5).

Por tercera vez, Juan se dirigió a Gayo cariñosamente como **Amado** (vv. 2, 5). El amigo de Juan y los hermanos que le dieron testimonio estaban comprometidos con hacer el bien, sin embargo, algunas fuerzas en la iglesia carecían de un compromiso similar. Hombres como Diótrefes rechazaban la autoridad apostólica de Juan. Estaban decididos a establecer sus propias agendas para su propia gloria. Diótrefes y sus seguidores hacían lo malo cuando se negaban a recibir a los evangelistas enviados por Juan. Agravaban el mal cuando echaban de la iglesia a los creyentes que deseaban recibir evangelistas enviados por el apóstol.

El hecho de que la disputa entre Juan y Gayo, por un lado, y Diótrefes y sus seguidores, por el otro, era en gran parte un asunto de personalidades, no de persuasión doctrinal, se vuelve cada vez más claro. Sin embargo, sería error concluir que cierta disputa resultante de los choques de personalidad cae en el ámbito de lo trivial. Era característico de Juan que el bien y el mal pasaran de las esferas hipotéticas a la de la conducta. Era cuando se hacía el bien donde había de medirse a un seguidor de Cristo como Gayo. (Vea 1ª Jn 3.9.)

**Versículo 12.** Por primera vez, una tercera personalidad entra en escena, un hombre llamado **Demetrio**, y es la única vez en las Escrituras que aparece. Claramente, era un misionero del tipo que Diótrefes se había negado a recibir. Juan solo tenía elogios para Demetrio. Los lectores no han de inferir nada de la relación entre su nombre, Demetrio, y la diosa griega del maíz. «Demetrio» era solo un nombre, un punto de referencia.

Muchas personas en la iglesia primitiva, algunas de origen judío y otras gentiles, tenían nombres asociados con la mitología religiosa grecorromana.



Silas, por ejemplo, parece haber sido un judío cristiano, sin embargo, recibió su nombre de Silvano, un dios romano cuyo dominio era la región boscosa en el límite de las tierras cultivadas. Tíquico (Col 4.7) aparentemente recibió su nombre de Tique, una deidad griega menor que supuestamente traía buena fortuna. Los nombres en Romanos 16 incluyen varios que provienen de dioses grecorromanos. No se debe dar más importancia a la asociación de Demetrio y Demeter, la diosa griega del maíz, que a una niña llamada Diana y la diosa romana con ese nombre cuyo dominio incluía el parto, la luna y los animales del bosque. Juan no necesitaba apoyar la confiabilidad de Demetrio debido a las asociaciones paganas con su nombre.<sup>1</sup>

El elogio de Juan a Demetrio provenía del buen **testimonio** que recibía de **todos [...] y aun [de] la verdad misma**. Es posible, incluso probable, que Demetrio entregara personalmente la carta de 3ª Juan del apóstol a Gayo. Al parecer, Diótrefes tenía algo que ver con la desaparición de una carta anterior (v. 9). La verdad le daba su testimonio a Demetrio. Juan escribió sobre la verdad casi como si fuera una fuerza personal. Debido a que la verdad daba testimonio de Demetrio, la iglesia debía recibirlo gustosamente. Juan fue más lejos, **también nosotros damos testimonio**, dijo el apóstol, **y vosotros sabéis que nuestro testimonio es verdadero**.

Al final del día, la verdad se verifica confiando en la persona que testifica. Los cristianos creen que Jesús era el Cristo de Dios por el testimonio dado (Jn 14.11; 16.28). Las personas creen en científicos y políticos en quienes confían. Creen que la tumba quedó vacía porque confían en los que la presenciaron (Lc 24.8, 9). Juan, como miríadas que lo precedieron y lo siguieron, garantizó sus palabras sobre Demetrio apelando a la confiabilidad de su propio testimonio. «Ustedes me conocen», dijo Juan. «Digo la verdad. Si digo que Demetrio es una buena persona, pueden contar con ello».

---

<sup>1</sup> Así lo sugiere Stephen S. Smalley, *1, 2, 3 John (1ª, 2ª, 3ª Juan)*, Word Biblical Commentary, vol. 51 (Waco Tex.: Word Books, 1984), 361.

---

(Viene de la página 47)

Jesús apareciera como una persona de carne y sangre (1ª Jn 4.2, 3; 2ª Jn 7). De haber existido ciertas áreas en las que Diótrefes se hubiera apartado de la verdad, dado el énfasis de Juan en la verdad

(3ª Jn 1-3), podría haberse esperado que el apóstol la mencionara. A falta de tales detalles, parece que la postura de Diótrefes contra Juan era a un nivel personal, no doctrinal. Su objeción era que nadie, Juan personalmente o los misioneros que venían de él, debía interferir con su esfera personal de control. El pecado de Diótrefes era su falta de respuesta a la autoridad apostólica. Los intentos por ser más específicos sobre lo que creía Diótrefes son especulaciones.

**Versículo 10.** Juan parecía no estar seguro en cuanto a si las circunstancias le permitirían ir en persona a la iglesia donde Gayo era dirigente. Cuando el apóstol escribió **si yo fuere**, generaba interrogantes. ¿Qué tan lejos estaba la iglesia donde se enfrentaban Diótrefes y Gayo de la base de operaciones propia de Juan? ¿Cuál era el estado de salud de Juan? ¿Podía viajar? ¿Qué otros asuntos ocupaban sus esfuerzos y atención? La creciente influencia de aquellos que negaban la aparición de Jesús en la carne podría haber llamado la atención de Juan más de lo normal. En efecto, Juan le dijo a su amigo Gayo: «Si puedo hacer arreglos, iré a la iglesia donde Diótrefes exige el primer lugar. Si lo hago, le **recordaré las obras que hace**».

Juan no pensó en las palabras malignas de Diótrefes como si constituyesen una categoría menos importante que sus hechos. Las palabras son hechos. Cuando Diótrefes calumniaba a Juan y Gayo, se convertía en enemigo de la verdad. Se convertía en enemigo de Cristo cuando negaba la autoridad de los emisarios ordenados por Cristo. Juan escribió que Diótrefes estaba **parloteando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia**. Las ofensas de Diótrefes incluían 1) acusar a Juan el apóstol de hechos y palabras malignas, 2) su negativa a aceptar misioneros enviados para edificar nuevas iglesias en dificultades, y 3) expulsar de la iglesia a cristianos que querían animar a los misioneros. La última ofensa, presumiblemente, incluía a personas como Gayo.

Desde los primeros días de la iglesia, los herejes se han impuesto a la bondad del pueblo cristiano para afirmar su propio poder y control. La autoridad apostólica estaba afianzada en la persona de Juan, hijo de Zebedeo. Para la iglesia hoy, esa autoridad ha sido preservada por medio del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento (1ª Co 2.13; 2ª Ts 3.4).

## Conclusión

<sup>13</sup>Yo tenía muchas cosas que escribirte, pero no quiero escribírtelas con tinta y pluma, <sup>14</sup>porque espero verte en breve, y hablaremos cara a cara.

<sup>15</sup>La paz sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda tú a los amigos, a cada uno en particular.

**Versículo 13.** Juan terminó su tercera carta de manera similar a como había terminado la segunda. Todavía había **muchas cosas** que necesitaba decir, sin embargo, la **tinta y [la] pluma** no eran el medio apropiado. Al final de 2ª Juan, el apóstol se había referido a «papel y tinta», mientras que en 3ª Juan, mencionó el instrumento de escritura, «tinta y pluma». No quiso decir nada diferente con la variación. Los comentarios sobre el versículo 12 al final de 2ª Juan son igualmente aplicables para el final de la tercera carta.

**Versículo 14.** Tanto para la segunda como para la tercera carta de Juan, el apóstol concluyó diciendo que las palabras en papel no sustituían la comunicación persona a persona (*στόμα πρὸς στόμα*, *stoma pros stoma*, literalmente, «boca a boca»). ... **porque espero verte en breve, y hablaremos cara a cara**, escribió. En persona, Juan suavizaría sus palabras y pondría los asuntos de la iglesia en el rumbo adecuado (v. 9).

**Versículo 15.** Juan ofreció un par de cambios al firmar la tercera carta cuando se le compara con la segunda. A Gayo le escribió: **La paz sea contigo**. El apóstol había comenzado su segunda carta con una oración por la «señora elegida». Había escrito: «Sea con vosotros gracia, misericordia y paz» (2ª Jn 3). Quizás su deseo por Gayo tomó más fuerza en el sentido de que Gayo tenía que lidiar con el contencioso Diótrefes, sin embargo, «paz» en 3ª Juan no está sola.

El apóstol terminó la carta con una extensión adicional de saludos refiriéndose a los que estaban con él y sus primeros lectores como **los amigos**. Los cuáqueros han optado por referirse a los miembros de su denominación como «los amigos». Parece que «el camino» y «los amigos» eran dos designaciones, entre otras, que los primeros cristianos usaron para sus compañeros de creencia. Jesús se había referido a Sí mismo como «el camino» (Jn 14.6; vea Hch 9.2; 19.9, 23; 22.4; 24.14, 22). De manera similar, el Señor les había llamado a Sus discípulos «amigos» (Jn 15.13–15). Ambos términos, «el camino» y «los amigos», parecen haber sido designaciones frecuentes que el cuerpo de creyentes usó entre sí.

Cualesquiera que sean las implicaciones más amplias del amor fraternal en el reino de Dios, es seguro decir que los cristianos deben compartir lazos de amistad. Sea por el amor fraternal que los miembros de una iglesia se tienen entre sí o por el amor que une a un esposo y una esposa, el lugar de inicio es la confianza y el respeto mutuo que los amigos se tienen el uno por el otro. No hay nada misterioso en amar al prójimo como a uno mismo. Comienza con la cualidad mundana llamada «amistad».

---

(Viene de la página 46)

cristiano se prepara con años de estudio para viajar a lugares desconocidos y lejanos. Todo cristiano vive entre los perdidos; el amor requiere hablar de Jesús a todos. Al mismo tiempo, todo cristiano se da cuenta de que un mundo grande más allá de su vista necesita de la salvación que da Jesús. Todos necesitan apoyar a los que van al mundo a predicar.

---

(Viene de la página 2)

aviso. Aún así, las diferencias entre los dos no son grandes.

*La hospitalidad es una marca distintiva de los cristianos.* La hospitalidad no es una cualidad introducida repentinamente en las cartas de Juan cuando le escribió a Gayo. La palabra sugiere más que darle sopa a un hombre o mujer hambrientos. La hospitalidad era el tema del apóstol cuando preguntó: «Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?» (1ª Jn 3.17), o cuando escribió: «Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios» (4.7), o «Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso» (4.20).

La iglesia nació el día de Pentecostés en Hechos 2. Los cristianos vieron que había pobres y necesitados entre ellos. Llegaron a vender sus propiedades y tener sus bienes en común. Se les distribuyó a quienes los necesitaban. Los que tenían más ofrecían hospitalidad a los que tenían menos. Cuando Pablo escribió sobre la iglesia, usó comparaciones que enfatizaban la forma en que los creyentes velaban unos por otros. Una congregación de cristianos, dijo, es como un cuerpo donde cada parte contribuye al bienestar del todo. El todo está formado por partes. La hospitalidad es un evento comunitario. Pablo escribió: «Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo» (1ª Co 12.12).

*Ayudarse unos a otros es ser hospitalario.* La muestra de hospitalidad es de lo que trata de ser un seguidor de Cristo. Algunos son débiles en la fe. A veces falla una mano o un pie en el cuerpo. Algunos cristianos necesitan un estímulo constante, sin embargo, de eso trata la obra de Cristo. No debemos quejarnos de que algunos cristianos contribuyen poco a la obra del Señor. Cuando los creyentes nacieron de Dios, nacieron en una familia. Los cristianos se apoyan unos a otros sin esperar que nadie esté libre de faltas. Sería bueno si todos se transformaran en un ángel que no tuviera faltas en el momento en que se vistió de Cristo, sin embargo, no es así. Parte de la vida cristiana es halarse unos a otros.

*Cuando los cristianos ven bondad en unos y otros, es correcto que hablen de ella y la alienten.* En su

tercera carta, Juan le aseguró a Gayo que tanto él como los demás hablaban bien de su hospitalidad y amabilidad. Esta es la forma en que el cristiano debe actuar. No hay forma más eficaz de edificar el cuerpo de Cristo que ofreciendo palabras de alabanza a los que están haciendo lo correcto. A su amigo, el apóstol escribió: «los cuales han dado ante la iglesia testimonio de tu amor; y harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios» (3ª Jn 6).

Existe una gran diferencia entre elogiar y dar cumplidos a las personas y adularlas. La adulación es solo superficial. Las personas adulan a los demás para manipularlos. Por lo general, podemos adivinar las intenciones de los elogios artificiales; no valen nada. Tanto Jesús como los apóstoles después de Él estuvieron pendientes de cosas buenas en los cristianos. Cuando vieron lo bueno, hablaron de ello. Sus oyentes no se habían despojado de todas sus faltas cuando Jesús dijo de ellos: «Vosotros sois la sal de la tierra» y «Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5.13, 14).

*Conclusión.* ¿Sabe usted de las cosas buenas que hace la iglesia de la que forma parte? ¿Ha visto a hermanos y hermanas dando y sacrificándose por ayudar a otro? Hable de eso. Recuerde cómo se sintió la última vez que alguien notó algo bueno en usted y se lo dijo. Haga lo mismo con los demás. Los creyentes tienen que afrontar las faltas con valentía, sin embargo, no deben descuidar la alabanza.

Duane Warden

### **Sobre ser líder (3ª Jn)**

A todo el mundo le agrada tener una buena influencia sobre los demás. Sin embargo, algunas personas malinterpretan el significado real del liderazgo y dicen que no quieren ser líderes en la iglesia. Ser líder implica más que dirigir el canto, dirigir una oración o ser un anciano o un diácono. El liderazgo es mucho más que cumplir uno de estos roles. Los líderes influyen en otros para el cristianismo guiándolos durante sus relaciones cotidianas.

Pablo dijo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Ga 2.20). También dijo a los colosenses: «Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias» (Col 2.6, 7). Ser una influencia para Cristo constituye el desafío y la meta de todo cristiano. ¿Cómo

alcanzamos este objetivo?

1. *No se proponga encontrar la felicidad.* Cuanto más nos esforzamos por ser felices, menos felicidad tenemos. Las personas más felices del mundo son aquellas que no se preocupan por ser felices. Estas personas se preocupan por hacer lo correcto, ayudar a los demás y hacer su trabajo. En este proceso, encuentran la felicidad.

2. *Trabaje duro en lugar de depender de sus talentos y habilidades.* Las personas que son los mejores líderes son aquellas que simplemente hacen su trabajo. Cuando era estudiante de pregrado en la Universidad Cristiana de Abilene, varios jóvenes estaban aprendiendo a ser predicadores. En ese grupo, algunos eran hombres dotados con tremendas habilidades. También hubo algunos que no tenían mucha habilidad, sin embargo, sabían trabajar duro. De aquellos que eran muy talentosos y capaces, unos pocos ni siquiera son cristianos fieles. Si nos proponemos convertirnos en líderes, es posible que no lo alcancemos. Si nos proponemos seguir a Cristo y hacer lo correcto, podemos convertirnos en el tipo de líderes que Dios desea en la iglesia.

3. *Sea un siervo como Gayo.* En 3ª Juan, encontramos un contraste entre dos hombres. La carta va dirigida al amado Gayo. Juan menciona en su introducción (vv. 1-3) que oró por Gayo y se regocijó por él porque obraba en la verdad. En los versículos 5 al 8, habló de por qué estaba tan agradecido por hombres como Gayo. El versículo 5 dice: «Amado, fielmente te conduces cuando prestas algún servicio a los hermanos, especialmente a los desconocidos».

El versículo 6 tiene una frase que es difícil de entender: «han dado ante la iglesia testimonio de tu amor». Estaba diciendo que las personas a las que Gayo ayudó dieron testimonio de que él los ayudó. Continuó en el versículo 6 diciendo: «harás bien en encaminarlos como es digno de su servicio a Dios». «Encaminarlos» es una palabra coloquial en el idioma griego. Estaba diciendo: «Cuando estas personas emprendan su jornada de predicación, ayúdelas a hacerlo. Haz lo que sea necesario para ayudarlas a hacerlo». La implicación es que

Gayo había hecho algo por los demás a su manera callada. Los hermanos fueron los que lo dieron a conocer. Juan les dijo que siguieran sirviendo a los demás (vs. 7, 8). No queremos que los que salen dependan del mundo. Ejercer liderazgo e influencia no equivale a ser mandón. El liderazgo cristiano es la actitud de que juntos somos colaboradores y compañeros. Conseguimos que las personas sirvan porque les hacemos saber que vamos a trabajar con ellos y les damos nuestro apoyo. Si queremos tener influencia, es la forma de hacerlo. Ese era el tipo de persona que era Gayo.

4. *No sea un «sabelotodo» como Diótrefes.* La forma en que Diótrefes ejercía su influencia era completamente diferente a la de Gayo. Juan dijo: «Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe» (v. 9). Diótrefes no los escuchaba porque quería ser el «líder». La forma de convertirnos en líderes es entregarnos a los demás. Nos convertimos en líderes mediante el servicio.

Juan dijo: «Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras que hace» (v. 10a). Juan era una persona cariñosa y amable, sin embargo, nunca se comprometería. Dijo que recordaría lo que había hecho Diótrefes y lo reprendería por el bien de la iglesia. Diótrefes no se conformó con oponerse a los demás cristianos; quería expulsar a los que los escuchaban.

5. *Siga el bien, pase lo que pase.* Juan hizo la siguiente observación en el versículo 11 antes de concluir su epístola: «Amado, no imites lo malo, sino lo bueno. El que hace lo bueno es de Dios; pero el que hace lo malo, no ha visto a Dios». Este principio es cierto en todas las eras. Siga el bien y no se preocupe demasiado por lo que hacen los demás. Si alguna acción es buena, adelante, hágalo, incluso si es el único que lo hace. Si la acción es mala, déjela, incluso si todos los demás participan en ella. Ese es el secreto para vivir la vida cristiana.

*Conclusión.* A Juan le preocupaba el crecimiento espiritual. Necesitamos modelar nuestras vidas según personas como Gayo, personas que están interesadas en hacer lo correcto y usar su influencia para Cristo.

Richard Pectol

---

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).